

**UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL**

Unidad UPN 14 - A Guadalajara



✓  
"Pies de Lana" Como Recurso Didáctico en la  
Enseñanza del Lenguaje en la Educación Básica

**ENSAYO**

PARA OBTENER EL TITULO DE

Licenciada en Educación Básica, Plan de Estudios  
1975

P R E S E N T A :

María de Jesús Barrera Vázquez

GUADALAJARA, JAL., OCTUBRE DE 1994.

UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL

*PIES DE LANA* COMO RECURSO DIDACTICO  
EN LA ENSEÑANZA DEL LENGUAJE EN LA  
EDUCACION BASICA.

ENSAYO PARA OBTENER EL TITULO DE LICENCIADA  
EN EDUCACION BASICA, PLAN DE ESTUDIOS 1975,  
PRESENTA.

MARIA DE JESUS BARRERA VAZQUEZ.

GUADALAJARA, JALISCO. OCTUBRE DE 1994.

## DICTAMEN DEL TRABAJO PARA TITULACION

GUADALAJARA, JAL., 11 DE OCTUBRE DE 1994.

C. PROFR. (A) MARIA DE JESUS BARRERA VAZQUEZ  
P R E S E N T E

En mi calidad de Presidente de la Comisión de Exámenes Profesionales de esta Unidad y como resultado del análisis realizado a su trabajo, intitulado: "PIES DE LANA" Como recurso didáctico en la enseñanza del lenguaje en la educación básica.

opción: ENSAYO, a propuesta del asesor pedagógico C. PROFR. ARMANDO MARTINEZ MOYA, manifiesto a usted que reúne los requisitos académicos establecidos al respecto por la Institución.

Por lo anterior, se dictamina favorablemente su trabajo y se autoriza a presentarlo ante el H. Jurado que se le designará, al solicitar su Examen Profesional.

A T E N T A M E N T E



PAULINA CAMARENA DE OBESO  
PRESIDENTE DE LA COMISION DE EXAMENES  
PROFESIONALES DE LA UNIDAD UPN 141 GUADALAJARA

S.E.P.  
UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL  
UNIDAD 141  
GUADALAJARA

C.c. Departamento de Titulación de LEPEP.

## I N D I C E

	Pág.
INTRODUCCION ENSAYISTICA -----	I
A).- EL REALISMO MAGICO DE AMERICA LATINA, COMO MEDIO NARRATIVO DE ABORDAR LA HISTORIA -----	V
B).- EL REALISMO MAGICO COMO CARACTERISTICA DE PIES DE LANA -----	VI
C).- CARACTERISTICAS DEL REALISMO MAGICO EN PIES DE LANA -----	VIII
D).- ESTILOS NARRATIVOS QUE SE ENTRECROZAN EN PIES DE LANA EN SU CONFORMACION MAGICA -----	VIII
E).- EL PROCEDIMIENTO NARRATIVO EN PIES DE LANA -----	IX
F).- DESARROLLO DEL TRABAJO -----	XII
G).- INVESTIGACION DE CAMPO -----	XIII
H).- FASES DE LA ENTREVISTA -----	XIV
I).- CLASIFICACION DE LAS ENTREVISTAS EMPLEADAS-----	XV
J).- FUENTES CONSULTADAS -----	XXII
K).- CRONICA -----	XXIII
L).- SINTESIS -----	XXVI
M).- CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS-----	XXVII
 PIES DE LANA -----	 1
A).- PRIMERA PARTE -----	6
B).- SEGUNDA PARTE -----	55
C).- TERCERA PARTE -----	168

## DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS.

A MI MADRE, DARITA VAZQUEZ DE BARRERA:

Por el inmenso amor que nos brindó siempre y que hoy,  
lo derrama desde el cielo.

A MI ESPOSO, HUMBRETO GOMEZ GARCIA.

A MIS HIJOS:

HUMBERTO,  
ROBERTO Y  
MA. LILIANA.

A MIS HERMANOS:

JUAN DE DIOS,  
MATIAS GORGONIO,  
ROBERTO ENRIQUE Y  
DORA OFELIA.

Con mi agradecimiento a quienes dedicaron su tiempo y esfuerzo  
para la realización de la presente tesis profesional:

PROFRA. PAULINA CAMARENA DE OBESO,  
PROFR. ARMANDO MARTINEZ MOYA,  
PROFRA. AMPARO SANCHEZ GARCIA Y  
PROFR. HUGO ADRIAN MEDRANO HERNANDEZ.

## INTRODUCCION

El propósito de este trabajo es transitar senderos originales en el proceso de titulación de la Universidad Pedagógica Nacional que permitan subrayar la vinculación: educación, investigación y creatividad. De todo ello surge *Pies de Iana*, novela que, rastreando orígenes, sistematizando trayectorias y proyecciones, metodizando conceptos epistemológicos, fui llenado las hojas en blanco para hacer literatura. Pero, se trata de un trabajo educativo y, ¿qué está haciendo aquí la literatura? ¿Qué acaso la literatura no interpreta la naturaleza, funciones y usos, obedientes al sentido dinámico del ser humano?

En la actualidad, el escaso consumo de literatura, tanto de educadores como educandos, es un problema que reviste varios factores relevantes ya que la televisión, en especial, ha sustituido al hábito de la lectura. Esto, no le permite al alumno un crecimiento más completo, más armónico, más sensible; y por ende, más crítico de la sociedad que le rodea y capaz de, a través de la investigación histórica, ser creativo-literario.

La palabra literatura proviene del latín litteratura y de la raíz griega littera (letra). Hablamos o escribimos de literatura en tanto está escrita, en tanto que existan las letras que representan a las palabras y en *Pies de Iana* se utiliza la investigación de hechos históricos para, creativamente, hacer literatura. Desde el mito, la leyenda, el relato; hasta el sueño y la pesadilla, pasando por sucesos veraces y la anécdota.

La literatura es la función lúdica del espíritu y el niño la hace, a través de cuentos orales, desde antes de aprender a leer y a escribir. Después, en el proceso de la lectro-escritura viene su primer contacto con la enseñanza más ordenada de la palabra que de tan gastada por la cotidianidad, hemos hecho de ella una herramienta más de sobrevivencia y no de deleite. Sin embargo, nuestro primer contacto con la palabra escrita son cuentos leyendas, cantos, poesías...

La literatura desde sus orígenes, estuvo ligada a toda manifestación ritual o religiosa, en ambas el hombre expresa a su divinidad y/o canta sus gestas colectivas, sus pesares, rehace su alegría, su amor, su muerte... La literatura así, se dirige no sólo hacia la comprensión con otros hombres, sino que también invita a la interioridad y conlleva en esto una eficacia sensorial, estética. Es pues, una experiencia múltiple, un haz, un abanico...

La escuela primaria como lugar privilegiado por el proceso de la enseñanza-aprendizaje, es una institución determinada por diversos factores: intereses de clase, ideologías, conocimientos... Pero su función no se restringe a la mera reproducción de un sistema social, sino que debe estar presente su función transformadora. El alumno y el maestro deben ser concebidos como sujetos históricos y creativos que enriquecen los conocimientos que la escuela legitima y que la sociedad valida a través de actividades complementarias, donde la información que la escuela proporciona, no se reciba pasivamente, sino por el contrario, la recreen, la interpreten y la adecúen a sus propias condiciones culturales a través de la literatura. *En Pies de lana* se cuentan historias que, además de favorecer la expresión oral y escrita, emplea un sistema

lingüístico donde opera lo:

- \* Fónico.
- \* Optico.
- \* Referencial.
- \* Representativo.
- \* Figurativo.
- \* Físico.
- \* Material.
- \* Espiritual.
- \* Etc.

Con este trabajo procuro dar respuestas posibles para aquellos maestros que enseñan y consumen literatura. El proceso obliga, primero a: delinear una actitud filosófica concerniente al hecho creación-literaria. ¿Servirá esto en la praxis docente en la escuela primaria? La creación artística por la palabra debe ir más allá que la fijación escrita; debe trazar una ontología literaria.

Los participantes de la enseñanza deben usar la literatura en su práctica docente como un asunto vivencial que posibilite al maestro asumir su importante función formadora, así como comprender la importancia de esta práctica donde se destaca la integración establecida entre los sujetos cognoscentes y los contenidos didácticos culturales como objetos de ser aprehendidos a través de una relación pedagógica donde la escuela se convierta en el escenario de la representación de la vida, donde los niños, como actores principales escriban el libreto de su propio aprendizaje y el maestro asuma el papel de director de esta representación que con respeto, habilidad y delicadeza, desarrolle la capacidad oral y escrita de sus alumnos atendiendo a que:



\* La literatura, concebida como un instrumento didáctico que apoya la práctica docente del maestro, debe ser revalorada en sus alcances; asimismo debe ser enriquecida con la participación conjunta y creativa.

\* La literatura es dinámica, en continuo realizarse y problematizarse; en permanente transformación, superando toda uniformidad, le permitirá al alumno describir su propia realidad a través del lenguaje oral y del lenguaje escrito.

\* Tanto el maestro como el alumno son capaces de producir literatura en su tarea didáctica cotidiana.

Dentro de los contenidos académicos que se presentan en la escuela primaria, está la Iniciación a la Literatura, Lingüística o Español. Tienen formas concretas identificables; elementos gráficos, formas de proceder o de hablar, actitudes específicas. Sin embargo, existe también el fenómeno literario que abordo desde el punto de vista estructural:

1o.- Parcialmente, como sistemas interdependientes -prosa, ritmo, verso, diálogo, exposición, descripción, etc.

2o.- Básicamente, como un sistema total: la lengua literaria a la que concurren otros sistemas subsidiarios: palabra, sonido, símbolo, paradigmas; concurrencias que no son exclusivas y excluyentes sino que, a su vez, pueden funcionar en otros sistemas -la simple comunicación, pongo por caso.

3o.- Como conjunto de sistemas concatenados, de los que surgen por ejemplo, una novela, un drama, un cuento..., donde se pueden emplear estructuras ficcionales, verídicas, históricas, anecdóticas -pongo por caso *Pies de lana*.

## EL REALISMO MAGICO DE AMERICA LATINA, COMO MEDIO NARRATIVO DE ABORDAR LA HISTORIA

Por sus múltiples lecturas, el escritor está unido, por alguna influencia voluntaria o involuntaria, a otros escritores. Pero la forma de contar una historia implica fantasía inagotable, envolvente: la distancia entre realismo y fantasía en el cuerpo mismo de la novela, presenta la "verdad" narrativa de lo que viven y sueñan sus personajes.

El mito y la historia sólo alcanza plena coherencia al examinarse como una estructura lingüística-narrativa, sin olvidar los contenidos de perdurable importancia y, atendiendo a la forma estructural del relato. *Pies de lana* plantea el problema donde lo real llega a tal punto que en algunas ocasiones realidad y fantasía son prácticamente indiscernibles. Es decir, sustituye la historia por el mito, pero un mito creído y creíble; un mito que es la verdad de la historia presentada en una estructura narrativa y en planos diversos, una rememoración de sucesos con voces participativas que, en sus respectivos tonos, van narrando la microhistoria de un pueblo, un hombre y una mina durante el siglo XIX, incluyendo al ser humano que tiene la manía de soñar y pensar y ésta es infinita. E, incluye, el obligado desarrollo de todos los imperios con su consabido inicio, la consolidación a través de la explotación del oprimido, y el derrumbe. En América Latina toda la realidad, incluso la visible, aún está por descubrirse.

La historia crítica podría llamarse conocimiento activo del pasado. «Si desde los primeros tiempos -escribe Diderot-, la

historiografía hubiese tomado por los cabellos y arrastrado a los tiranos civiles y religiosos, no creo que éstos hubieran aprendido a ser mejores, pero habrían sido más detestados y sus desdichados súbditos hubieran aprendido tal vez a ser menos pacientes.»

*Pies de lana* va guiando al lector por los vericuetos de la historia: las penurias de los mineros y el abuso sin medida del opresor. Hechos que suceden o han sucedido en cualquier parte del mundo y en especial en Latinoamérica. Ya que, lo acontecido en el Mineral de Real de Catorce, bien puede ubicarse en Venezuela, Colombia, Argentina o cualquier rincón de América Latina en el pasado o en el presente. *Pies de lana* se ajusta a la historia crítica de liberación no de dominio como la de bronce y denuncia los recursos de opresión de opulentos y gobernantes: dibuja tiranos; pinta patronos crueles de empresa capitalista; refiere movimientos de trabajadores reprimidos y bosqueja intervenciones nefastas de países imperialistas en nuestra frágil nación. Existe pues, un paralelismo entre lo sucedido y lo que está sucediendo, históricamente hablando.

#### EL REALISMO MAGICO COMO CARACTERISTICA ESTRUCTURAL DE *PIES DE LANA*

México forma parte de América Latina, pero, ¿por qué Latina? La latinidad comenzó en Lacio, territorio adyacente a la ciudad de Roma, y fue creciendo a lo ancho de la historia: 1o.- a Italia, 2o.- a la parte de Europa colonizada por el Imperio Romano, 3o.- a los países que hablaron lenguas derivadas del latín y 4o.- los europeos la transportaron al continente americano donde lo descubrieron y colonizaron. Sin embargo, el hombre americano tiene

su propia manifestación cultural impresa en su unidad histórica y geográfica ajena a la europea, donde resaltan los rasgos más sobresalientes de la originalidad de América Latina:

\* Su fauna y su flora.

\* Homogenidad cultural, política, social y religiosa prehispánica.

\* Civilizaciones precolombinas ricas en arquitectura, escultura, música, literatura.

\* Mistisimo misional católico de la conquista.

\* La codicia de oro, esclavos, mujeres del conquistador, que los hace dependientes de una potencia exterior pero que integra a América Latina con la mitad que de ella faltaba.

\* El asombro del conquistador: «Hombres y mujeres pasean fumigándose con un tizón encendido.» La maravilla del conquistado al ver a los españoles montando caballo: «¡Un ser que se divide en dos!» De ese asombro recíproco sale la cultura latinoamericana con todo su arte creativo.

\* Dicotomía: por un lado la supervivencia cultural de las grandes civilizaciones que preexistían a la conquista y por el otro, la cultura europea traída por el conquistador.

\* Mezcla de razas: española, americana, africana y los variados inmigrantes ulteriores a la conquista.

\* Simbiosis de razas a que obligó la ausencia de mujeres blancas en las expediciones españolas. Hecho que motivó la union de españoles con mujeres naturales. Ambos dieron una interpretación mental a sus respectivas culturas buscando la comprensión reciproca que exigía la situación.

Lo anteriormente mencionado, es un retrato del mundo americano, donde más allá de las razas y las culturas, el hombre será uno por el sentido mágico que lo caracteriza en la búsqueda de su propia expresión. De allí surge el realismo mágico en la literatura.

#### CARACTERISTICAS DEL REALISMO MAGICO EN *PIES DE LANA*:

\* Alegoría trágica sobre la condición humana.

\* La creación de un lugar mítico. Centro del mundo como en toda historia mágica.

\* La presencia de la mujer. Mujer-madre, mujer-fundación.

\* La magia hecha de la tierra y sueño que es también mito y leyenda.

\* La caída de los hombres; la explotación y la corrupción de un pueblo concreto.

\* Transforma la realidad en leyenda sin que la leyenda pierda bulto de realidad.

\* A través del realismo mágico, descubre "otra" realidad imaginaria, fantásitica, suprarreal.

#### ESTILOS NARRATIVOS QUE SE ENTRECROZAN EN *PIES DE LANA* EN SU CONFORMACION MAGICA

La conformación de esta novela es presentada por una estructura narrativa de diversos planos; una rememoración de sucesos con diferentes voces participativas y en sus respectivos tonos, ya que, lo repito, la literatura debe reconocerse dinámica, en continuo realizarse y problematizarse; en permanente transformación. Este

hecho lo registran quienes especulan sobre la obra realizada: analistas, críticos, historiadores.

Comúnmente, se dice que literatura es la vida misma. Pero, ¿qué vida? ¿En sentido biológico o espiritual? Entonces aparece la discusión de si los personajes literarios son seres vivientes. Aquí es importante relacionar la literatura con una atmósfera vital y en *Pies de lana* la atmósfera vital es dinámica, donde las diversas voces -humanas, espectáculos, vida y leyendas populares, nostalgias, etcétera-, se apoyan mutuamente como haz de tendencias que recrean esa atmósfera vital. Ya que, conforme el hombre fue "adueñándose" de su entorno y sus inventos por medio de la palabra, fue creándose lo que más tarde se llamaron formas literarias.

Algunas de las formas literarias existentes en *Pies de lana* son material plausible para usar con nuestros alumnos, tanto su utilización formal como algunas de rescate cultural: mito, leyenda, hechos históricos... Todas estas formas tienen la huella del humano: el imaginismo. Esto correspondería, de manera funcional, al desarrollo de la narrativa de *Pies de lana* donde empleo mis propias formas de historiar, relatar, contar.

## EL PROCEDIMIENTO NARRATIVO EN *PIES DE LANA*

En *Pies de lana*, el realismo tradicional es la mirada realista la que analiza la narración atendiendo a lo exterior: lo ordena, lo jerarquiza y le da sentido. El que habla -el narrador-, cubre varios planos simultáneamente, se mete en todas partes. El narrador asume la capacidad de intromisión; la "omnisciencia" para dar forma a un mundo imaginario a partir de hechos reales.

A).- Esta mirada se deposita en un narrador que cuenta en tercera persona del pretérito indicativo: «Entonces, Lorenzo buscó a Baldomero. No está, informó Angela, lo pasó y lo sentó en un sillón de la sala...» pág. 81.

El narrador, en *Pies de lana*, comunica los dos ámbitos; el real y el imaginario; su diferencia con el autor consiste en que es él quien narra desde el interior del relato mientras que el autor escribe, realiza un trabajo, una actividad real.

B).- La otra mirada ordenadora que, a su vez, se sitúa en una perspectiva para reordenar el tiempo y el espacio es otro narrador en primera persona del presente indicativo. Ejem: «Veo cómo cuentas, papá, las seis campanadas de la Iglesia de San Francisco...» pág. 7

C).- En el relato, hay otro narrador que emplea la primera persona del presente de indicativo. «Echo a volar los sueños dentro del tren México-Laredo. Pienso en un sitio fantástico a casi tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. Entre Toluca y San Miguel Allende, mis manos están húmedas. ¿Hacia dónde voy?...» págs. 56-57.

D) En *Pies de lana* empleo el diálogo, cuyas características en la novelística actual se ofrecen como un indicio de efectos más generales. El diálogo es una estructura corriente en la narrativa, por medio de lo cual pretendo mencionar conflictos o situaciones vinculadas con el relato como claves de comprensión. El esquema es este: dos o más personajes hablan a partir de una circunstancia cualquiera y las preguntas y respuestas formuladas, urden nuevas situaciones. Ejem:

«\_\_Esta publicación costó una fortuna -juízo.

\_\_Lo que sobra en Catorce es plata, amigo.

\_\_¿Eres de ahí? -el tuteo nace espontáneo.

\_\_Me llamo Andrés Secundino -Extiende su mano recia, cálida-.  
Recién terminé mis estudios de abogado y por fin, regreso en definitiva. ¿Y tú?

\_\_Soy Ignacio Adalid -digo-. Vengo como Maestro de Instrucción Primaria.

\_\_¡Bienvenido! ¿Tienes a dónde llegar?

\_\_No. Mañana veré al municipe, él dirá. Oriéntame sobre algún mesón.

\_\_Hay uno al lado de La Casa del Diezmo. Es caro.

\_\_Por ahora, tengo para pagar...» pág. 58

E) Monólogo interior es la forma literaria que permite reconstruir un hecho o dar puntos de vista sobre el mismo a partir del pensamiento del personaje. Ejem: «¿De qué sirvió? Santos, sus hermanos, sobrinos, Gregorio y Santiago embarcaron la plata en Tampico...» pág. 174.

En *Pies de lana* la historia deja de ser algo que se cuenta para ser algo que se construye a través de 3 aspectos fundamentales en la literatura:

1o.- Interpretación del arte entendido como función lúdica del espíritu.

2o.- La literatura considerada a sí misma como juego.

3o.- La relación existente entre literatura y juego.



La idea del arte interpretado como juego procede de muy lejos; ya en Platón se le rastrea. Pero el enfoque moderno arranca de Kant cuando, hablando del oficio y del arte, anota que el primero se entiende como ocupación desagradable y provechosa y el segundo como un juego con finalidad en sí mismo.

El arte entraña una actividad más compleja que el juego; y tanto en uno como en otro se experimenta la alegría de crear, la creación del juego es momentánea, mientras que la del arte aspira a permanecer.

## DESARROLLO DEL TRABAJO

Este trabajo me impuso un rigor documental ya que, a través de la literatura y todo el formalismo que ella implica, quise hacer un paralelismo o símil entre los sucesos del pasado y del presente. Partiendo de una escala para medir la historia de México, afirmo que ésta se ha escrito en hojas sueltas, acomodables, perfectamente, en diversas épocas ya que, salvo en mínimos espacios temporales, los problemas sociales, económicos, políticos y educativos, son los mismos: deficiente calidad de vida de la mayoría de los mexicanos; nula realización personal mediante el trabajo; injusta distribución de los bienes convenientes para satisfacer las necesidades humanas; carencia de justicia social, democracia e igualdad y programas educativos encaminados a condicionar a los educandos -del sistema educativo oficial- convirtiéndolos, en su edad adulta, en simples instrumentos de producción sin ningún aliento crítico, cultural o creativo que le permita trascender a su momento.

Para saber qué hacer y cómo superar el saldo de problemas enumerados, es importante remitirnos a la historia de México y utilizar una gran pluralidad de interpretaciones pragmáticas que la misma nos ofrece. En ese afán y haciendo uso de la literatura, presento a México en un mineral que en el pasado fuera de gran riqueza y, en la actualidad está en ruinas: Real de Catorce, San Luis Potosí. Es ahí donde inicio la narración a partir del año de 1777 para, a través de mis personajes recrear etapas significativas en la vida de nuestra Nación:

- a) Colonialismo.
- b) Independencia.
- c) Santanismo y Dictadura.
- d) Imperio.
- e) Juarismo.
- f) Porfiriato.
- g) Revolución.

Los elementos principales que me permitieron ambientar los diversos momentos, fueron: el lenguaje, la cotidianidad de vida, la forma de vestir de los personajes, las descripción de paisajes, comercios, costumbres, movimientos sociales, etc. Basándome en la investigación de campo y documental.

#### INVESTIGACION DE CAMPO

En repetidas ocasiones he viajado a Real de Catorce y en mis estancias en ese Mineral, las autoridades eclesiásticas y de

gobierno, me han permitido el acceso a los archivos del Palacio Municipal y de la Parroquia de San Francisco de Asís. De igual manera, me he entrevistado con personas -pocas y de edad avanzada- que, anecdóticamente, compartieron conmigo sus recuerdos y las pláticas de sus antepasados. Además, en San Luis Postosí, S. L. P., tuve la fortuna de localizar a dos descendientes directos de personas que contribuyeron grandemente, y una después de la otra, desde el Santanismo hasta el Porifiriato, a la época del mayor auge de Real de Catorce: el Conde Santos de La Maza y José M. Coghlan. El primero, español a quien respeto su nombre mas recreo su personalidad; el segundo, inglés, a quien modifíco su nombre y sólo en algunos casos menciono sus hechos. Este trabajo realizado lo estructuré a través de entrevistas. Si bien, la entrevista tiene un uso generalmente establecido para concretar en gráficas o diagramas, yo la empleé como fuente de información alrededor de la semblanza de un pueblo y su gente.

#### A) FASES DE LA ENTREVISTA:

- \* Preparación.
- \* Realización.
- \* Examen de datos.
- \* Redacción.

## B) CLASIFICACION DE LAS ENTREVISTAS EMPLEADAS:

- 1o.- Entrevista propiamente dicha: diálogo entre un personaje y la entrevistadora.
- 2o.-. Entrevista colectiva: entrevisté a varios personajes a un mismo tiempo.
- 3o.- Entrevista de semblanza.

Ejemplo de la fase final de la primera entrevista de semblanza con don Isabel Blanco, oriundo de Real de Catorce, S. L. P.:

*Mi vida empezó hace 94 años aquí, en el Real, en este pueblo minero donde veneramos a San Francisco de Asís porque según contaba mi madre, allá en sus principios, apareció una mula cargando un cajón al lomo. La gente de aquel entonces anduvo buscando al arriero que suponían dueño del animal y como este no apareció, destaparon la caja que traía adentro la imagen de San Francisco; la misma que está colocada en el altar del templo. Yo no llegué a ver los buenos tiempos de Catorce, pero según decía mi abuelo y mi madre, esto estaba muy poblado y fue riquísimo. Para cuando yo nací ya estaba en decadencia, aunque las casas estaban bien conservadas, pero vacías. Eramos muy pocos, pero más de los que somos ahora. Ahora hay una casa poblada aquí, otra allá a medio kilómetro de distancia. Y es que la tierra es árida, seca. Se*

acabó la plata y se acabó la vida de este pueblo; lógico, ¿qué se va a cosechar? Sólo cabuches. Y hasta eso, sólo en los meses que se dan. Pero fíjese que el Real se llena de gente, hay por el mes de octubre. Bueno, desde a fines de septiembre empiezan legar de todas partes, ¡hasta de Estados Unidos! vienen muchos braceros a pedirle a San Francisco un milagrillo o a darle gracias por alguno que les haya hecho. Creo que así debió ser en sus buenos tiempos. Mi abuelo algo recordaba y, según él, Catorce llegó a tener hasta 30 000 habitantes. Él si fue minero; murió de una tos seca y terca. Sus últimos días fue toser de día y de noche. Pero antes de eso, recordaba lo duro que había sido su vida; mal pagados, mal comidos y muy trabajados. A mí me daba mucha tristeza porque cuando yo le preguntaba qué hacían, él sólo hablaba de que después del trabajo en la mina se iban a restregar lechuguilla para medio comer y aunque yo le insistía porque quería saber cuáles eran sus diversiones, parece que ellos no conocieron la palabra diversión. Generalmente hablaba de don Porfirio Díaz, de cuando él vino aquí al Real y la fiesta duro días y siempre, de día y de noche, el Real estuvo iluminado hasta los cerros, con el fuego de plantas resinosas. Hubo desfile de carros alegóricos y que don Porfirio iba montado en un caballo blanco vestido de general y que en ese

desfile hubo representaciones de Hidalgo, de Morelos, de Juárez... La llamaron Cabalgata Histórica. Fue la mejor época, cuando la mina Santa Anna estuvo administrada por don Francisco de la Maza, sobrino del Conde Santos de la Maza y primo de don Gregorio que fue el dueño. Él nunca vino al Real y ni falta que hizo porque según mi abuelo entre don Vicente Irizar y el Ingeniero Cohglan llevaron a este mineral a la cúspide: uno administraba la mina; el otro la dirigía. Y mire lo que son las cosas, por hay andan en San Luis descendiente de los dos, pero algunos bien amolados. Del ingeniero Cohglan, según se dice, compró en San Luis algunas buenas casas, de esas del tiempo de don Porfirio. En una, actualmente está el Colegio Motolinia, pues fíjese usted que Cohglan dejó una fortuna a su único hijo que le salió muy mala cabeza: despilfarrador, enamorado y jugador, como dice la canción, y fue vendiendo todo, hasta el mausoleo donde enterraron a Cohglan. Pero lo curioso es que cuando vendió esa casa de la calle Carranza, donde le digo que ahora está el colegio, dicen que al nuevo propietario no le gustó una escalera que tenía de lado de la entrada y la mando quitar. Entonces se hallaron un montón de dinero y barras de oro y plata. Nadie sabe para quién trabaja. ¿No cree? Mi abuelo también hablaba

de un tal padre Flores, que muy al inicio de la fundación de Catorce, no recuerdo bien si antes o después de que el Conde llegara, se halló una mina y hizo mucha plata. Después se fue a Lagos de Moreno; de allá era y también murió sin que se supiera dónde la enterró. No crea, Catorce está lleno de infortunios, según dicen; la primera mina la encontró un negro llamado Ventura y se hizo muy rico. Pero al negrito le gustaba vestir las capas de los españoles y recargarla de bordados de oro y plata y como en ese tiempo estaba prohibido que indios y negros vistieran como los españoles, fue el juego de nunca acabar: prendían al negro, le requisaban su capa, le cobraban la multa y mal salía de la cárcel el negrito y vuelta a ponerse otra capa. Dicen que entre capa y capa se le acabó su plata. Yo no sé si sea cierto. A veces no sé qué es lo que me han platicado y qué es lo que he leído. Porque ¿sabe? yo cuido el Museo y la Biblioteca de aquí; tenemos pocos libros, pero, ¿qué más hago? Leer cuando no hay visitantes, y como están juntos... Mire, yo fui a la escuela. Entonces nada más eran 3 años de primaria, pero salíamos sabiendo mucho. La escuela estaba por allá, por el rumbo del Camposanto y el maestro se llamaba Silvestre, era un viejo, pero traía cortitos a toda la muchachada y nos leía muchos cuentos y nos platicaba muchas

historias; de don Quijote sabía mucho. Ahí le agarré gusto a leer. Luego, ya de 15 añitos me fui a San Luis. Aquí no había nada que hacer y hay voy a ganarme la vida. Anduve trabajando de muchas cosas; en una tienda, en una botica, en una fonda..., pero también me instruí. No duré mucho, a los 21 mejor me vine porque, aunque le parezca mentira, uno se encariña con estos cerros pelones. Y pues como había juntado unos centavos, aquí me quedé y puse un puesto de refrescos. Después me casé y mi mujer le fue metiendo comidas y nos fue bien. Vinieron los hijos y se fueron. Los madamos a estudiar a San Luis y por allá se quedaron. Con mi señora tuve 9 hijos y dos, pues por allí; ya sabe usted como es uno. ¿Mi esposa? No mi esposa no vive ¿Usted cree? ¡Se le ocurrió morirse! Pero aunque solo viven aquí los que no tuve con mi señora, no me siento sólo; ellos me han dado nietos y bisnietos; por hay anda la chicampeanada. Hay despacito, pero todos los días abro el Museo y si llega algún visitante vigilo que no maltrate las cosa y si me preguntan algo, pues contesto, de todo sé: del Conde de La Maza, de don Francisco, del Teatro Lavín, de don Vicente Irizar. Por cierto que Vicente Irizar aquí vivió en esta casa que yo la vine comprando. A él se le ocurrió ponerle al Túnel, Ogarrío, porque el Conde de La Maza de allá era. También, a veces quieren saber,



como usted, historias. Yo siempre platico la de Jergas, ¿la sabe? Pues hay tiene que según decían los mineros, adentro de la mina se aparece un espíritu y dicen que es Jergas, un minero que un día llegó a su casa más temprano que de costumbre y encontró a su mujer engañándolo y en su misma cama. Entonces, Jergas mató a su mujer y a su amante y su espíritu sigue penando dentro de la mina. Eso le gusta a la gente aunque la verdad es que, de tiempo en tiempo, adentro de la mina se acumulan gases y despiden una luz fugaz. No, ya le dije que yo nunca fui minero. Desde antes de la Revolución, casi nada se produce. La Revolución, como dice Montejano en su libro, sólo vino a darle el tiro de gracia a Catorce. Esas cosas las leo porque me gustan. También tengo una reseña de cuando vino don Porfirio Díaz que escribié don Trinidad García. Si quiere se la presto al fin que dice que se va a quedar todo el mes. Que bueno, le va a tocar a usted la representación en vivo de la Pasión. Se pone muy bonito. También viene mucha gente y ¡ah!, si quiere usted saber más cosas busque a Güicho; es un muchacho que lleva tiempo haciéndola de Jesucristo. Lo encuentra en el atrio de la Casa de Moneda, allí vende las pinturas que hace del Real. Está joven pero sabe mucho. A mí, la gente no me cree los años que tengo. Es que aquí, en la altura,

uno se conserva mucho mejor que en las ciudades. Yo nada más uso anteojos para leer, pero ni siquiera bastón. No sé de qué me voy a morir; ¡nada me duele! Yo le seguiría platicando con mucho gusto, señora, pero ya me voy al Museo. Si quiere, vaya mañana al Museo. ¡Ah!, y si quiere saber más cosas, también vaya con Jacinto; el sí fue minero y es como de mi edad. Agarra como quien va a la Hedondilla, camina unos 20 minutos; hay el camino le va diciendo. Quién quite y a Jacinto todavía no se le haya ocurrido morirse.

## FUENTES CONSULTADAS

### BIBLIOGRAFIA UTILIZADA PARA ESCRIBIR *PIES DE LANA*

Alaman Lucas, *Historia de México*, México, 1968.

Archivo de la Parroquia de Real de Catorce, S. L. P.

Archivo de la Parroquia de Cedral, S. L. P.

Archivo de la Parroquia de Matehuala, S.L.P.

Archivo General de la Nación, ramo minas, México, D. F.

Archivo Municipal, Real de Catorce, S. L. P.

Barreda José María, *Noticias del estado de las minas de Catorce*, formado por el perito e impreso para el conocimiento del público. San Luis Potosí, 1845.

Cabrera Ipiña Octaviano, *El Real de la Purísima Concepción de los Alamos de Catorce, S.L.P.*, San Luis Potosí, 1965.

Coghlan David, Mapa minero y geológico del Distrito de Catorce, Estado de San Luis Potosí. Publicado bajo los auspicios del Gobernador del Estado D. Pedro Diez Gutiérrez.

*Cronología sobre el desarrollo minero de México*, en Boletín Minero, México, enero 1927.

García Trinidad, *Los mineros. Narraciones históricas y tradicionales*, en el folleto *El Estandarte*, mayo de 1894, Real de Catorce, S. L. P.

García Trinidad, *Reseña del viaje presidencial*, en el folleto *El estandarte*, 1986, Real de Catorce, S.L.P.

Irizar Vicente, *El aerolito La Descubridora*, en *La sombra de Zaragoza*, San Luis Potosí, 17 de febrero de 1871.

Montejano y Aguiñaga Rafael, *El real de minas de la purísima concepción de los catorce*, S.L.P., Academia de Historia Potosina, A. C., San Luis Potosí, S.L.P., Segunda Edición, 1981.

Payno Manuel, *El Mineral de Catorce*, en *Revista Mexicana*, México D. F. Reproducción en el Estado San Luis Potosí, agosto 1887.

*Revista, Tiempos de México*, México D. F. (Recopilación de artículos periodísticos de 1804 a 1964) Sec. de Educ. Pública.

## CRONICA

Hasta mediados del siglo pasado, los periodistas se definían a sí mismos como «cronistas», y a sus informaciones les llamaban «crónicas». Este relato debe ser pormenorizado, secuencial e informativo para el interés colectivo. En *Pies de Janas* utilizo la crónica para narrar los sucesos como antecedente y para recrear la atmósfera en que se produce el nacimiento del mineral desglosándola de la siguiente manera:

a) Relato. Hacer novela de un suceso histórico. Por hacer "historia" se entiende la exposición en orden cronológico de cada

uno de los momentos y elementos que hacen importante un acontecimiento. Hacer literatura no implica necesariamente el orden cronológico. Puede haber fragmentación del tiempo y *Pies de Iana* representa una innovación en cuanto al sentido lúdico en el entrecruzamiento de tiempos y en cuanto al estilo empleado. Ejemplo de Crónica en *Pies de Iana*, pág. 13.

«Quedó consignado, en *La verdadera historia de el real de minas de la purísima concepción de los catorce, S. L. P.*, que las mujeres se escandalizaron de la conducta de Pascuala, pero gracias a ella, en lo pedregoso de la sierra aparecieron calles estrechas. En despoblado, a media legua de Catorce, el primer prostíbulo al aire libre de Soledad Cordero: sus muchachas hacían el amor viendo jugar al viento con los álamos.

\_\_Pregunten lo que quieran, menos cuándo se van a morir: ese conocimiento me está vedado -les previno Pascuala a sus consultores del porvenir.

David Sandoval llegó como Cronista de Catorce. Su Majestad quería un testimonio escrito. En la *Colección*, anotó: *Llegando, comprendí que no me iba a alimentar de realidades sino de ilusiones.* De él se apoderó la ambición ahogándolo en esperanzas y desengaños porque a la casualidad no se le antojaba favorecerlo.

\_\_Pascuala lo esperó. El Cronista, por distraer la suerte, la visitaría. Ella se levantó, se acercó a la ventana, vio al sol descender entre las montañas y a David Sandoval subir el último peldaño de la escalera. Tembló.

\_\_Pasé -le abrió el camino. Vestía enaguas encarnadas de punta y fleco y cabriolé con aberturas laterales.

\_\_Vengo a consultarla -él detuvo sus ojos en los otros: ovalados.

\_\_Regrese España. Corre el riesgo de perder puesto y hasta la vida -aconsejó ella.

\_\_Quiero saber. Tengo autoridad para obligarla -amenazó él.

\_\_Aquiete el ánimo. Hay males peores a no encontrar fortuna.

\_\_¿Cuáles?

\_\_Los de amores.

La carcajada de David tambaleó la luz de la vela y aseguró:

\_\_De esa enfermedad estoy curado.

\_\_No quemé la risa. Mejor, váyase.» Pág. 14.

En el ejemplo tomado se pueden considerar los siguientes elementos:

1.- La Crónica, por momentos, nos acerca a la verdad, en cuanto a:

- a) Presencia física de un documento testimonial.
- b) Lenguaje acorde a la época.
- c) Secuencia descriptiva.
- d) Recreación de ambiente.
- e) Diálogos creíbles.

2.- La Crónica, debe bordear lo mágico sin perder veracidad.

Ejemplo:

- a) Los poderes premonitorios de Pascuala.

3.- Que la crónica aborde un hecho real. La historia del hecho debe ser lo más completa posible; no debe faltar en ella ningún dato que merezca ser consignado y debe ser escrito en lenguaje claro, comprensible para el común de los lectores y atendiendo a los elementos necesarios para elaborarla:

- a) Antecedentes del acontecimiento.
- b) Localización. Registrar el lugar dónde se realiza el hecho.
- c) Ambientación. Descripción del espacio.
- d) Participantes.

#### SINTESIS DEL ARGUMENTO DE *PIES DE LANA*

En el colonialismo nace el mineral con la aparición de Pascuala; feminidad dadora de vida. Personaje mítico cuya historia está contenida en la crónica y por tanto implícitamente, es conocida por el pueblo quien narra su historia desde el principio del tiempo; el tiempo es la crónica y el cronista es un español que termina complementándose en ella y de ambos surge la simiente mestiza: Ramón, David y Lucía Sandoval. El cronista desaparece al mismo tiempo que la Guerra de Independencia dejándo a Pascual y a sus hijos en la orfandad. Circunstancia difícil para Pascuala y que la obliga a mirar sola hacia el futuro, visualizarlo y predecirlo. Y, como diría el Genesis, Ramón conoció mujer y engendró a Lorenzo Sandoval: Primer personaje. David a Justina y Daria y Lucía a Santiago Irizar quien entra, en su juventud, a México por el Puerto de Tampico y a bordo de la fragata Quetzalcoalt después de que su padre Santiago Irizar, se lo había llevado a España en su infancia. Santiago se reúne con Lorenzo Sandoval, hijo de Ramón y también nieto de Pascuala. Ambos se reconocen y comparten la misma cabalgadura, etc.

Daria, ya en tiempos de Porfirio Díaz, da asilo a Alberto Adalid, maestro enviado de la capital que llega a Catorce. Ella, ya anciana, establece interminables diálogos contando el pasado y el

maestro y el lector, conocen la historia de Pascuala, de Ramón de David y de Lorenzo.

El pueblo; hilo conductor del relato a través del cual se dice cómo ve el pueblo al todopoderoso (Lorenzo Sandoval) y cómo Lorenzo, personaje central, ve al pueblo y se sirve de él hasta que los oprimidos deciden atacar la hegemonía tiránica de Lorenzo Sandoval.

Es la voz del maestro Alberto Adalid, posible factor de cambio social pero sin las condiciones necesarias para serlo.

#### CONCLUSIONES Y SUGERENCIAS

A nivel social, *Pies de Lana* refleja los problemas individuales y colectivos que forman nuestra sociedad, a nivel histórico, aborda etapas que han marcado derroteros que aún no se han transitado, a nivel pedagógico representa al maestro como factor de cambio social y le facilita diversas sugerencias para recrear, de manera lingüística-literaria, la crónica, la entrevista, el mito, la leyenda, el hecho histórico, etc. A nivel de comunicación, *Pies de Lana*, trasmite ideas, conceptos, imágenes; a nivel de proyección individual plasma vivencias, a través de modos expresivos, inconfundibles: las 'voces' de los personajes, son su propia 'voz' como forma de relieve no supeditado únicamente a lo convencional del lenguaje en la simple comunicación. A nivel de creación estética levanta una suprarrealidad de dimensión temporal, de ficción, de verdad, de imaginación y mimesis de lo real. Esto significa que en la literatura como en los demás artes, concurren valores diversos: signos y formas, estructuras y contenidos, imágenes mentales,



símbolos y figuraciones; vivencias, intereses, circunstancias, razones sociales, históricas, lingüísticas, didácticas; temporalidad, trasfiguración, seres fantasmales, etc.

Y para concluir con un argumento que permita aceptar a *Pies de Iana* como trabajo de titulación a La Universidad Pedagógica Nacional, traigo a colación las palabras del maestro don Alfonso Reyes:

*«...la literatura no es una actividad de adorno, sino la expresión más completa del hombre. Todas las demás expresiones se refieren al hombre en cuanto es especialista de alguna actividad singular. Sólo la literatura expresa al hombre en cuanto hombre, sin distinción ni calificación alguna. No hay vía más directa para que los hombres y los pueblos se entiendan y se conozcan entre sí que esta concepción del mundo manifestada en las letras.»*

P I E S   D E   L A N A

«Los dioses tienen los pies de lana.»

Petronio. *Satiricón*.

A:

Darita, mi madre, que me trajo al mundo  
de pies.

A:

Lic. José López Romero,  
por su apoyo para que escribiera este libro.

*« El Teniente Coronel Dn Silvestre López Portillo haze presente a V. A. sus servicios y eficacia en el descubrimiento y formación del RI. de Catorce, que en servicio del Rey acertaron las providencias de V. A. con las que cumplió con la maior exactitud...»*

*Real de Ntra. Sra. de la Concepción de Guadalupe de Alamos de los Catorce, S. L. P. y julio 23 de 1772.*

«La historia es como la circulación de la sangre o como la digestión de los alimentos. Las arterias y el estómago, por donde corre y en el que se cuece la sustancia histórica, son de duro y frío pedernal.»

Camilo José Cela: *La colmena*.

PRIMERA PARTE

## Cómplices del mismo crimen.

Veo cómo cuentas, papá las seis campanadas del reloj de la iglesia de San Francisco; golpean al tiempo estancado entre las montañas de Catorce. La creación las puso en orden, impresionantemente circular, para sabernos sin escapatoria: todos fuimos cómplices del mismo crimen. Unos minutos más tarde, la luz del sol entrará por la ventana. Suspiras y pierdes la mirada en algún insterticio del espacio. Tu mano deforme, flaca, te repasa y un olor a moho brota de tu cuerpo. Se mete en los rincones de la habitación.

La saliva, este día más espesa, escurre incontrolable por la comisura izquierda de tu boca. Con manotazó torpe limpias la humedad como si quemara tus mejillas. «No tuve alternativa,» murmuras igual que hace años cuando retornaste a la casa de mamá Pascuala, tu abuela, con los pantalones oliendo a excremento, a orines y con tus únicas propiedades: un bastón de alma de hierro y puño de oro; la leontina guardada en la bolsa de la camisa; mamá Victoria y yo, caminábamos junto a ti. Atrás, unos hombres llevaban la tina donde acostumbras bañarte, mezclándote porción equilibrada de eucalipto y flor de azahar.

No sientes frío; hace tiempo no lo sientes. Oigo la pregunta que te haces: «¿Qué soy?» Te sabes un perfecto recuerdo desde el día que Prisciliano Godínez, Isidoro Melendez y Teódulo Toscano avanzaron hacia nosotros. En ese entonces, la calle se pobló hasta el tope de gritos y de mineros. El ruido desapareció las señales inequívocas de tu pecho y los gemidos de mamá Victoria, quien, harta de sobresaltos, se apretó a tí y sus lágrimas te humedecieron



la camisa arremangada, tiesa de almidón. Yo, olía el aroma dulzón de los geranios del jardín. La mañana era extremadamente fría, pero las ventanas y postigos de las casas del pueblo estaban entornados a lo largo de las calles. Entre los visillos, abriéndose como abanico, los vecinos festejaron el paso del general Prisciliano Godínez. Él, agitaba sus piernas arrastrado por el escándalo, calentándole su orgullo:

\_\_¡Viva Prisciliano Godínez! -gritaban.

Lo seguían Isidoro Melendez, Teódulo Toscano y los barreteros. Pasos emponchados resonaron en las piedras. Vi tu sudor, papá; resbaló por tu cara, por tus brazos; mojó en medio de tus piernas. Entonces, tentaste con la derecha la pistola colgada de la sisa del chaleco desabotonado y dejándola sobre una mesa dijiste, abatido:

\_\_Santiago tuvo razón.

Mi tío Santiago te había prevenido: «Vayanse, Lorenzo. Catorce va a volver a la nada de donde salió hace casi dos siglos.» Pero ya era tarde; los hombres venían de destruirte tu mina.

\_\_¡Son los buitres; quebrantavidas dinamiteros de mi Providencia, Victoria! -Echáste el grito amortiguado-: Vienen por lo último. ¡No se los daré! -Y la recomendación, en tono confidencial-: Sé cautelosa y huyan al extranjero.

Mamá Victoria, gritó, «¡no puedo dejarte!» Yo la arrastré hacia el traspatio, pero te vi, papá. Estabas atento a la cara con señales de viruela de Godínez, a su destreza para descender del caballo y las espuelas de los botines produjeron sonido centellante en la piedra. El sarape multicolor de Godínez ondeó al viento. Los demás lo seguían oteando la desgracia en sus ojos. Llegaron. Con la luz apenas a sus espaldas, traspasaron la entrada. Enmudeció la gente. A ruido ensordinado y a empujones, atravesaron el zaguán.

\_\_¡Aquí está Prisciliano Gódinez y ya basta de consentirte, Lorenzo Sandoval! -gritó el General.

Acariciaste los muebles a tu paso. «Es el fin,» dijiste. Prisciliano ordenó registrar los cuartos a ver dónde está ese cabrón vale madre de Lorenzo Sandoval. Y erguido en el vano de la puerta, retumbó tu voz:

\_\_¿Qué quieres?

\_\_Tu plata, tu dinero y tu casa. Nos lo vas a dar, ¿verdad Lorenzo? -El General sonrió retador, suficiente.

\_\_No tengo nada.

Prisciliano soltó la derecha de la pistola fajada a la cintura y descargó su resolución en tu cara lívida y rodaste ridículamente. Una mano te empujó hacia arriba.

\_\_Ni modo, te castigaste tú solito, Lorenzo -Gódinez se terció el sarape.

Limpiaste la desventaja en los labios, en el bigote entrecano, y trastabillando, la amenaza:

\_\_Algún día se arrepentirán -aseguráste-: No me queda nada.

El General, rotundo, con los pómulos bien altos, preguntó a Teódulo Toscano si había oído el gran chiste de ese cabrón vale madre que les salía con chingaderas. Teódulo, con las piernas separadas y una mirada de águila en acecho, asintió con la cabeza. Los ademanes de Gódinez, asentaron la amenaza:

\_\_Podemos matarte y a tu hija quién sabe cómo le ande yendo. Sé juicioso. Tienes quince minutos. Queremos tu plata y *La casa de las águilas* o te mueres -Frente a Teódulo, ordenó: ¡Saquen lo de valor! Como en esa casa todo era valioso, no dejaron ni las escupideras. Los barreteros, velozmente, cumplieron su tarea gritando qué a toda madre. Y tú, papá, exacto en su circunstancia, regulaste tu

autocombustión cuando Prisciliano, casi a tu oído, pronunció, lentamente:

\_\_¡Q u i n c e m i n u t o s, Lorenzo Sandoval!

Tenías los ojos fijos. Tenso, con rigidez de cuerpo adolorido, creíste estar en una pesadilla donde tú, no eras tú. Donde alguien ajeno a ti veía, atormentado, el saqueo de tus pertenencias y cómo destrozaron todo. ¡Estabas aniquilado! «Qué feo se siente a quince minutos de la muerte,» creo que dijiste y quisiste rezarle a Dios por si acaso... Acabaste maldiciendo al padre Agustín por no estar allí para ayudarte a pasar de una vida a otra. Pero no querías morir. No debías morir... ¡Tenías miedo de morir! Por eso, a la pregunta:

\_\_¿Qué has decidido, Lorenzo?

\_\_Sígueme -acordáste-. Sólo déjame para ir viviendo.

\_\_¿Estoy vivo? -lanzas la pregunta al amanecer colgado del tablón del día. Añades-: ¿Estamos vivos, Meche? Ellos, mis vencedores, por ahí andan, todos fregados, bien molidos, con mirada lánguida de perro abatido y en el puro infelizaje, igual a mí -Estiras el cuello queriendo jalar más aire. Preguntas-: ¿Dónde quedó mi buena suerte augurada por Pascuala? ¡Ella la vaticinó!

Y arrojas el aliento pestilente de la mañana.

Todo estaba recién nacido.

Y, sin embargo, en Catorce, abundaba la necesidad, la nieve y la ambición. Peninsulares, criollos y mestizos encontraron donde sosegar la codicia y rasguñaron la montaña buscando el tesoro de Cuauhtemoc: vieron en Catorce la giba bullente en metales y no la cúspide. Por eso, Pascuala, su familia y tropa, venían de Zacatecas siguiendo el olor de la plata. El capitán Lorenzo Díaz de León -padre de Pascuala-, le confió un morral de cuero: «Es tu herencia -le previno-: En esta tierra de continuo pleito, la vida es lo más fácil de perder.» Y se la colgó al cuello. Los cerros le formaron a la luz un trípode para ocultarla. El viento erizó los matorrales. El Capitán ordenó encendieran una fogata. La llama alcanzó a hollar la oscuridad y Pascuala, echada frente al cielo, anunció:

\_\_La muerte está próxima.

El Capitán sacó un odre, bebió agua y dispuso: «Aquí dormiremos.» Y durmieron para siempre. A los huachichiles de la Sierra de Catorce no los conmovió el Cristo de marfil que el Capitán les mostró, ni la Cruz de sándalo sostenida por Nazaria Mexicano -madre de Pascuala-, ni los aullidos de clemencia de la tropa: les arrancaron la vida y el cuero cabelludo. A Pascuala la salvó una premonición y descendió sin perder el rumbo. Al amanecer, el Real tomó forma en una hilera retorcida de troncos y piedras: sólo viento aprisionado entre las montañas.

En ese momento, una mula solitaria se echó frente al Camposanto llevando al lomo un baúl de madera. Los gambusinos, transitando la

sierra la vieron y sin esperar al dueño del animal desprendieron la carga. Adentro, apareció una imagen de San Francisco de Asís con aureola de plata, Santo Cristo y hábito de sayal. El viento permanente de Catorce se detuvo; la luz del sol, levantándose por encima del Cerro de La Estrella, desapareció la neblina. Entonces, vieron a Pascuala. Era brillante, perfecta. La juzgaron de este mundo por sus pies: chorreaban sangre. Sostenía el morral al hombro. Alguien quiso saber:

\_\_¿Tú lo trajiste? -señaló al santo.

Ella se irguió, levantó un brazo de estatua y aseguró:

\_\_Él me trajo a mí -Breve pausa y Pascuala rompió sus catorce años anteriores. Ordenó-: Traigan unas tijeras y córtense el cabello en honor de mis padres muertos: un dolor tan inmenso, no volverá a sentirlo mi corazón.

Movido por el escándalo, apareció el padre Justiniano Aguilar -primer sacerdote de Catorce-. Estiró su cuerpo y le ofreció albergue:

\_\_Improvisenle a esta joven una vivienda de paja frente al Camposanto y al lado de la casa de Santiago Irizar -ordenó.

Santiago Irizar había entrado a México sin familia, sin fortuna y la fe puesta en Cristo para encontrarlas. Traía la resolución en la nariz aguileña, las orejas grandes, el bigote poblado y su conocimiento de los números. En ese tiempo de solidaria hispanidad, Matías Quixano, casado con Catalina Valdivieso, lo hospedaron. Santiago se subordinó a Quixano y pasaron dieciséis días a ocho varas bajo tierra y expuestos a la amenaza incesante de los derrumbes. Hicieron pruebas, ensayos y comieron imprudencias que le arrebataron la vida a Quixano. Dieciséis días después, Irizar y Catalina Valdivieso, llegaron a la Iglesia de Nuestra Señora de

Guadalupe. él tocó fuerte del llamador. La puerta produjo ruido de escasos cuatro meses. Justiniano salió encandilado.

\_\_¿Dónde está el muerto? preguntó y bostezó.

\_\_Ningún muerto. Venimos a que nos case -habló Irizar, resuelto.

\_\_No se puede -terqueó el padre.

\_\_Se puede -ordenó Santiago.

\_\_Catalina está de luto -recordó Justiniano.

\_\_Lo guardaremos juntos -decidió Irizar.

Los casó sin testigos: andaban buscando minas.

\_\_Marido tengo. Joven y travieso es y, ¿le acerco juguete? ¡No!

\_\_¿La vas a dejar en el desamparo, Catalina? -Justiniano habló enojado.

\_\_Estaré donde yo quiera. A nadie daré molestia si no soy molestada -aclaró Pascuala, tranquila.

\_\_¿Lo ves? -dijo el padre Justiniano-. Esta niña tiene poderes celestiales.

\_\_Prefiero los terrenales -Pascuala exigió criada y que al jacal improvisado le levantaran paredes de piedra, piso de barro y paja, dos cuartos amplios y un fogón de leña. Agarró lo que estaba a-su-mano y se las encalleció junto con los hombres componiendo caminos, sacando agua de los arroyos, levantando parajes y haciendas. Catalina Valdivieso aconsejó a las mujeres apartarse de Pascuala:

\_\_Cortó sus cabellos y viste como los hombres; está retando a Dios.

Quedó consignado, en *La verdadera historia de el real de minas de la purísima concepción de los catorce, S. L. P.*, que las mujeres se escandalizaron de la conducta de Pascuala, pero gracias a ella, en lo pedregoso de la sierra aparecieron calles estrechas. En

despoblado, a media legua de Catorce, el primer prostíbulo al aire libre de Soledad Cordero: sus muchachas hacían el amor viendo jugar al viento con los álamos.

\_\_Pregunten lo que quieran, menos cuándo se van a morir; ese conocimiento me está vedado -les previno Pascuala a sus consultores del porvenir.

David Sandoval llegó como Cronista de Catorce. Su Majestad quería un testimonio escrito. En la *Colección*, anotó: *Llegando, comprendí que no me iba a alimentar de realidades sino de ilusiones.* De él se apoderó la ambición ahogándolo en esperanzas y desengaños porque a la casualidad no se le antojaba favorecerlo.

Pascuala lo esperó. El Cronista, por distraer la suerte, la visitaría. Ella se levantó, se acercó a la ventana, vio al sol descender entre las montañas y a David Sandoval subir el último peldaño de la escalera. Tembló.

\_\_Pase -le abrió el camino. Vestía enaguas encarnadas de punta y fleco y cabriolé con aberturas laterales.

\_\_Vengo a consultarla -él, detuvo sus ojos en los otros: ovalados.

\_\_Regrese a España. Corre el riesgo de perder puesto y hasta la vida -aconsejó ella.

\_\_Quiero saber. Tengo autoridad para obligarla -amenazó él.

\_\_Aquiete el ánimo. Hay males peores a no encontrar fortuna.

\_\_¿Cuáles?

\_\_Los de amores.

La carcajada de David tambaleó la luz de la vela y aseguró:

\_\_De esa enfermedad estoy curado.

\_\_No queme la risa. Mejor, váyase.

«Mestiza y sola...» Y cuidó su atuendo: casaca y calzón azul, chupín y divisa blanca con bordado menudo de oro al canto y rajadas de canela para perfumar el aliento. Satisfecho, metió su silueta en la noche, en el frío, en el terreno rugoso: Catorce aún no tenía ningún edificio notable. Enconado, pulso aldaba y exigió:

—¡Abra! Vengo a que me consienta el cuerpo. ¡Obedezca! Las hembras para eso son!

Entonces apareció Pascuala y encendida, ordenó:

—Gástese su antojo donde Soledad Cordero. Yo elegiré, a mi muy agrado, al hombre que plazca a mis sentidos —y azotó la puerta.

Soledad Cordero, a la sombra de un trueno, vio llegar a Idelfonso Anteparazuleta. Venía montado en un burro y reconoció el negocio por el papel calado y las farolas rojas. Era una mañana soleada. Él llegó con el cuerpo molido y mojado de sudor. Preguntó:

—¿Falta mucho para Catorce?

—Media legua —informó, regalándole su mejor sonrisa.

Ildefonso Anteparazuleta dijo haber escuchado en Cádiz el llamado de la fortuna. Iba a convertirse en gambusino. Soledad Cordero sacó un espejito de la bolsa de su falda y embarrándose polvo en las mejillas, aseguró:

—No hay gambusino que no sea ladino. Pero de cada millar que llega, sólo uno cumple su sospecha de éxito.

Le ofreció cama donde desaparecer el cansancio. Él se instaló en el prostíbulo. En los lugares próximos descubrió la mina de San José y su ambición lo condujo a otros reales. En Mazapil trabajó vetas cobrizas perdiendo parte de lo ganado. Dos años después, encontró a Soledad Cordero en el mismo lugar y con sus mismas muchachas. Llegó con una mula, cuatrocientos veinte pesos y una resolución:



\_\_Vengo a administrarte, Soledad. La mejor mina es la que tú tienes.

\_\_Vamos a embargarle la casa, Salomón -dijo Casiano Frejomil, subdelegado de Catorce. Lo acompañaba Ildefonso Anteparazuleta.

\_\_¿Por qué? -se defendió Salomón Rodríguez.

Casiano, ceremonioso, expuso:

\_\_Con la ruptura de Francia y España, Branciforte ordenó la aprehensión y secuestro de sus bienes.

\_\_¿Por qué? -gritó asombrado Salomón.

\_\_Porque usted es francés.

\_\_¡Mentira! Bien sabe, Casiano, que nací en el Obispado de Pamplona.

Ildefonso compró en cuatrocientos veinte pesos la casa de Salomón Rodríguez a siete cuadras del centro de Catorce. Al prostíbulo lo llamó *La diosa pagana*. Los clientes le pusieron *La casa del francés*. Tenía nueve habitaciones y para estrenarla, Ildefonso Anteparazuleta y Soledad Cordero hicieron el amor en todas. Sesenta y un años después así lo haría su nieta Soledad con Lorenzo Sandoval, nieto de Pascuala.

\_\_Comprobó su intuición de éxito, Idelfonso -le dijo Soledad Cordero.

\_\_¿Dónde te habías metido? Tengo tiempo sin verte.

\_\_Anduve por San Luis. Desde que usted se caso, no sé dónde distraer a la tristeza. A nada le encuentro sabor y menos ahora; ya tiene un hijo.

\_\_Se llama Ausencio.

\_\_A mi hija y a mí, a pesar de ser de usted, nos lo quitó todo, hasta el negocio. De oídas, sólo de oídas se de sus fiestas. Que son espectaculares, ¿verdad?

\_\_Sí. ¿Y tú, Soledad?

\_\_Estoy cansada -lo vio como metiéndose dentro de los ojos más pardos, hasta adentro, hasta el corazón-. Los caminos del porvenir a veces se me escapan, Ildefonso -Vio la línea gris del horizonte, dio media vuelta y desapareció.

Según se asienta en la Crónica de David Sandoval, Pascuala apareció vestida con corpiño de escote en punta, un miriñaque de vuelo exagerado en las caderas, ahuecado por el bullerengue y zapatos de hebilla. Por ser mujer y en Cabildo, su aparición sorprendió al Comisionado que había enviado el rey. Se vio la chupa de cuatro faldillas de la cintura abajo y presuroso se echó encima la casaca. Ella, burlesca, opinó:

\_\_¡Qué pleonasmo de telas!

\_\_¡Señorita! Se equivocó de sitio.

\_\_El equivocado es usted. Llevó años dirigiendo Catorce, justo es que me entere qué piensa hacer con él -y se sentó alrededor de la recién fundada Diputación de Minería donde sus pronósticos se cumplieron por más de un siglo.

David Sandoval, ya de mirada impaciente, quebrantada como pedazos de barro en remojo, anotó en su Crónica y donde pudo, los comentarios que los vecinos hacían de Pascuala. 48 años después de su muerte, Lorenzo los encontró encima del ropero, en el sótano, dentro del cajón de la cómoda o de algún bolsillo de las casacas y conoció cómo Pascuala llenó los espacios de suspiros dorados cuando El Cronista cambió la táctica. Una tarde la esperó con un ramo de narcisos en la esquina de *La Luna*, el comercio más surtido de Catorce.

\_\_¿Por qué tan de prisa? -la abordó al salir, dándole el ramillete.

Ella besó las flores. Un resplandor se filtró entre las montañas y resaltó el brillo del coche tirado por dos caballos negros, de ancas lustrosas que a un lado de la calle, esperaba por él. Ese atardecer fue su pasajera. David Sandoval entró por primera vez a la casa de Pascuala y ella sintió la agitación en el rostro blanco, de cabello rojizo y ojos azules. Él buscó su boca, le palpó despacio el cuerpo, aspiró su olor profundo. Ella lo dejó hacer hasta que pulsó su fogosidad. Confesó:

\_\_Es tiempo de dar a luz. Aunque los verdaderamente importantes serán los hijos de nuestros hijos -Lo confundió un segundo y volviendo a lo que estaban, se ayuntaron.

\_\_Fue hombrecito -le avisaron a Pascuala.

Lo llamaron David y como los otros dos que siguieron, nació con un lunar en el omóplato derecho, redondo como lenteja. Fue el único blanco y de ojos azules. Se anunció a la vida ruidosamente y desde su aparición demostró carácter arrebatado:

\_\_A David lo controlará la vida -opinó Pascuala.

La maternidad la estableció en el mundo doméstico: amamantar a su hijo, preparar alimentos, asear la casa, lavar pañales y esperar al Cronista que se consideró feliz a pesar de no haber triunfado en las minas. Al segundo hijo lo llamaron Ramón. Fue dócil al principio. Nació Lucía y, según los díceres, era más bella que la madre. Pascuala lloró incontenible. El doctor Urista, con acento gallego, habló de la natural tristeza de las parturientas. Sin embargo, ella supo que Lucía no iba a durar mucho tiempo en este mundo. Al atardecer, mientras amasaba sueños amamantando a su hija, veía por la ventana los truenos mecidos por el viento, un pedazo de montaña y la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, donde quince

años más tarde entraría Lucía del brazo de Santiago, el hijo de Santiago Irizar, para que Justiniano los casara contra su voluntad y la de Catalina Valdivieso.

Justiniano eligió un solar de sesenta y cinco varas de largo y quince de ancho para edificar la Iglesia de San Francisco. Con treinta mil pesos de las contribuciones de los feligreses, la iniciaron. De Pascuala, el padre no quiso nada. Los vio llegar a la construcción. El Cronista cargando a la niña; Pascuala, al niño moreno sobre un brazo y al rubio de la mano, pidió:

\_\_Queremos que bautice a nuestros hijos.

Justiniano, persignándose, ordenó:

\_\_Salgan de la Casa del Señor. ¡Pecadores! Están amancebados, sólo traerán al mundo bastardos.

\_\_¿A su madre, a su abuela, a sus hermanas, no las bastardearon, padre? -gritó Pascuala y salió pisando fuerte.

Al Cronista lo removieron de su cargo por confiar en opinión de hembra y por dejarse hacer de ella sin reparo. Exigió:

\_\_Vámonos, Pascuala. Me mandan a la revuelta de Dolores.

\_\_Lo mandan a la muerte, David. Mi lugar es éste.

Él, taciturno, escribió su última Crónica: *Los europeos que estábamos en Catorce nos pusimos sobre las armas, hicimos guardia, rondas y cuanto nos pareció conveniente para contener a la perversa plebe, que ya daba las más claras pruebas de su dañada disposición. Nos pusimos a las órdenes de Calleja a efecto de salvar vidas y pertenencias. Nada salvó. Tampoco Ildefonso que dejó en la orfandad a Ausencio, el hijo que le hizo a la acaudalada viuda Carmen de Lara*

David le dejó dañada la reputación y los consultores del porvenir la abandonaron. Vendió los zapatos picados de seda, las medias labradas a la muñeca, las basquiñas recamadas, los jorgales de oro y plata y compró alimento para sus hijos. También les alimentó el espíritu con cuentos, sueños y aventuras que guardó en un baúl de su habitación. Los defendió del frío con un sayal de cabra de tosca vicuña. Una revelación la redimió.

—¡Llegará a Catorce el tabardillo. No servirán las infusiones de La Huachichila ni las unciones con flor de ceniza. Habrá sudores copiosos y deposiciones fétidas. La epidemia no llegará al Nuevo Jordán! —anunció un domingo en misa de seis de la mañana.

Quienes salvaron sus vidas la veneraron; le terminaron a San Francisco una Iglesia monumental y a ella una casa, atrás de la Parroquia, para que siguiera junto al Santo. Tapizaron las paredes con ramitos de lilas y la acondicionaron con muebles franceses, biombos, tibores, floreros y gobelinos. Pascuala volvió a empezar con nueve haciendas de beneficio, once sangarros, un edificio de Correos, varias casas de calycanto, un tendajo por Plaza de Gallos y una rebeldía corriéndole por el cuerpo: los insurrectos habían partido a América en pedacitos y a México en un mosaico folklórico.

A San Francisco le dejaron una casulla blanca con estola, manipulo, cíngulo; alba de Bretaña; frontal blanco, palias y un atril de madera. Además, el dogma. Y nada más.

—Me caso con Justina, mamá —anunció David.

—No está incluida en mis revelaciones —dijo Pascuala. Añadió—: Pero contigo no se puede.

Justina murió dejando dos hijas: Justina y Daría. David esperó el quinto aniversario de la más pequeña y se las llevó a la sierra en busca de minas.

Pascuala se adelantó a las urgencias del alma de Ramón: le buscó compañera. Felicitas, la elegida, era hermosa, pero reumática. Eso objetó su hijo. El argumento lo desarmó:

\_\_No la quieres para jugar carreras.

El día de los alumbramientos, luego de atender el parto de Felicitas y traer al mundo a Lorenzo, ayudó a Lucía. Santiago, el otro nieto, llegó a la vida de cabeza. Lucía murió de fiebre puerperal y Santiago Irizar, su esposo, se fue a España llevándose al niño.

\_\_Regresará. La ambición no tiene principio ni fin y la plata, motivo poderoso, en dieciséis años me devolverá al nieto huérfano -aseguró Pascuala.

Hizo ajustes a sus pronósticos, consultó las estrellas para perfeccionarlos y allanar las contingencias. A Ramón, con cierta frecuencia, le recordó:

\_\_Tu hijo Lorenzo vino de pies. Tendrá buena suerte.

## Inamovilidad del tiempo.

Sobre la cama desorganizada está la huella de tu cuerpo y de tu dormir sobresaltado, papá. Abres y cierras las manos escuchando el ruido de tus articulaciones. En tu larga vida sólo has dibujado letras góticas para firmar documentos comerciales, pero nunca para vaciar tu memoria en un papel; ésta se halla perfectamente inviolada en medio de tus cejas. Hace tiempo quisiste anotar los sucesos importantes de la vida de Pascuala. De tus recuerdos, el de tu abuela lo guardas en un sitio especial y profundamente claro: «Pascuala era altiva, Meche -me dices-. Acomodada en la madurez y llevando sobre sus hombros el rebozo negro salomónico con fleco de plata.» Y tentaleas la penumbra. Después Maldices a gritos y actúas como si yo no existiera, como si fuera un ser sin deseos, sin esperanzas, sin sueños... A propósito, mueves muebles sin sentido.

¿Sabes, papá? Anoche soñé con Néstor. Que él regresaba a Catorce traíendome en sus brazos a mi hija y que el padre Agustín nos casaba vistiendo una sótana nueva, y que mi hija era de hermosura mitológica con cabello rojizo y mirada azul. Después, los ojos de Néstor. Su piel morena cayó sobre mí y sus manos acariciaron mis senos y la profundidad de mi entrepierna se colmó de placer. Tú, a propósito, me sacaste de mi sueño; lo sacudí y, de nueva cuenta, pongo los pies en la realidad: ¿Ya empezaste, papá?

No me has visto, pero sabes que tomaré el bordado de encima de la mesa y sin perturbarte, comenzaré a bordar. Casi rozo la nariz con la costura; merodeo mi tentativa de sublevación: ¿Quién me ha usurpado? Lo vengo repitiendo quedito, como sin darme cuenta, desde



el día que no me permitiste quedarse con mi hija. No atiendo a qué hora la luz del amanecer revela la opacidad de tu rostro, papá, ni el desorden de tus cabellos. Tú, yo..., no cambiamos la posición de nuestros cuerpos mientras no sea absolutamente necesario. Ahora, recargas tu silueta diluída en el traje remendado sobre el batiente de la ventana y continúaras contemplando tu mundo a través del hueco existente entre dos barrotes.

\_\_¿Imaginaste que Catorce moriría, Meche? -hablas.

\_\_Sí, papá.

\_\_¿Por qué no me lo dijiste? -me reprochas.

Estabas ensoberbecido. Tan satisfecho de tu poder y de tu pueblo. Qué sentirás cuando recorres este pudridero de casas y gente vieja donde el abandono te azota el rostro y te remueve el esplendor de tu pasado. Ahí ibas y los hombres se inclinaban quitándose el sombrero, las mujeres componiéndose el rebozo; tú, desbocando bestias, carros, instintos y los mineros corrían a subirse a las banquetas o, uno que otro caballo con jinete al lomo, buscaban la seguridad de la sierra ajena a tus extravagancias. ¿Qué sentirás al caminar por los escombros sin poder revivir glorias pasadas? Entiéndelo, este pueblo y esta mina están muertos, a la mejor nosotros también. Lo más terrible de cargar tantos años encima, papá, es cargar tantas pasiones.

\_\_Me parece escuchar a Prisciliano delectreándome que tenía quince minutos para decidirme -Las palabras salen punzantes como agujas dispuestas a provocar daño-: En verdad, no tuve alternativa, Meche.

¿Cuántos años has estado buscando a los causantes de tus desgracias y a tus muertos? Hablas solo, los nombras. Hay recuerdos

sin borrar, ¿verdad, papá? Qué afán de revivirlos cada mañana.  
¿Por qué te siento sin verte?

\_\_Ni modo de cambiar al tiempo, papá.

\_\_¿Cambiarlo? ¡Cómo! No me dejaron otro camino.

Tampoco me diste otra opción; con mis hermanas; Mona y Lala, sí condescendiste. A mí, me llamas *Tu Vergüenza*, porque mi frivolidad te llenó de oprobio, dices, y me has condenado a ser tu sombra. Pero gracias a mí has sobrevivido los últimos años. No lo reconoces; siempre estás rehaciendo el presagio de Pascuala.

\_\_Dejaron la casa vacía. Hueca, Meche. Cargaron muebles, espejos, lámparas. Rasgaron cortinas, orinaron en las alfombras...

\_\_Le quebraron sus discos, papá y se llevaron la lucidez de mamá.

El recuerdo acelera tu corazón: «No vayas a fallarme ahora-pides con una mano en el pecho-. Espérate, quiero verle la orilla a esto. Falta poco para terminar.»

\_\_Cuando muera, Meche, entiérrame en *La providencia*.

Deposito el bordado sobre el regazo, empuño las manos y grito:

\_\_Déje de atormentarse y de atormentarme con esa maldita mina.

\_\_Por favor, Meche -suplicas.

Huelo tu desvalidez; la desesperación, cesa:

\_\_Está bien, papá. Si es su gusto.

Después del descalabro, olvidé mi resentimiento por tí, por haberme obligado a abandonar la piel suave, el olor inconfundible, el llanto alborotado y el calor de las manitas de mi niña. ¡Dios mío, si pudiera desandar el camino! Entonces, machacaría mis propios errores. ¡No fui capaz de contradecir a mamá!: «Prepara tus cosas, Mercedes. Salen a Zacatecas con los Douglas. Naciendo la criatura, allá se quedará; dice Lorenzo que tú, regresarás

señorita.» Conozco tu imperfección, papá, pero no te tacho de mal intencionado, ni de abúlico: eres de rutinas rigurosas. Siempre has dormido mal a causa de la mina. Antes porque te pertenecía; ahora porque no. Por eso te rascas los recuerdos fermentados. Mejor te rascaras el alma. A lo mejor arañándotela encuentras la muerte y me dejas en paz. Como en paz han de estar mamá, mis hermanas y tío Santiago. Hasta él huyó de tu terquedad. Nada más me encadenaste a mí, a la estúpida Mercedes, incapaz de contradecirte. Tal vez te amo demasiado. O quizá sea lástima. ¡Quién sabe! Ojalá llegue pronto el padre para saber de mi hija.

El sol se está acomodando en medio de los cerros altos y estériles, guardianes de las ruinas escondidas entre matorrales, gobernadoras, nopaleras. Espectáculo de cierto refinamiento para algunos devotos de San Francisco que llegan con el frío de octubre, su fe y sus cámaras fotográficas de cajón o fuelle, a aprehender el olvido en fotos o, simplemente, a contemplar el encanto trágico del abandono llevándose lo impreso en tarjetas postales donde, las de Catorce, aparecen en color sepia y sabor marcadamente extinto.

Tú, papá, imaginas a Pascuala a tu lado. Hablas de que un poco de sol resalta su aura violeta y en el sequedal de la calle, crees escuchar el trote de caballos guiados por jinetes con levita, casaca o esclavina y manos enguantadas. Melancólico, reclamas:

\_\_No me importa estar solo, ni mis noches y días tristes, ni me arrepiento del amor por mi *Providencia*. Sólo me arrepiento no haberlos vencido. Destruyeron lo último del Real que tú edificaste, abuela. Luego, sin ningún remordimiento, empacaron sus cosas.

Un aire impertinente bate las puertas de las viviendas habitadas por ratas y murciélagos.

»¿Tiemblas? -oyes su voz de viento.

\_\_No sé si por amor o rabia, Pascuala.

»¿Conociste el amor, Lorenzo? -las palabras te zumban en los oídos como volar de abejas.

\_\_No sé, abuela.

\_\_Lástima.

La voz, dices, se debilita. Desapareció su forma, no el susurro. Pascuala continúa su historia. La sabemos: el aire, las casas, las plantas, los objetos, nos la han contado.

\_\_¿La oíste, Meche? ¡Ah, mi Pascuala! Sigue siendo un sueño.

\_\_Pero despierto, papá.

Estoy acostumbrada a tus silencios o, a escucharte incoherencias. Las palabras sobran en esta complicidad de tiranía y mansedumbre. El juego revuelca el pasado y confunde los recuerdos amotinados de los dos. Y detrás de la ventana, en el otro mundo, somos tema de conversación: Lorenzo Sandoval fue mandamás, la hija silenciosa, el padre calado, la hija prudente; el padre loco, yo, ¡ya muérete! No recuerdas cuál fue mi falta, pero sigo sin indulto. Qué sabes tú de la necesidad de bordar con el dolor clavado a la espalda, o de usar vestidos de telas toscas, o lo difícil de sobrellevar tus excentricidades o resguardarte los silencios. ¿Sabes cómo soporté la ausencia de Néstor y la transformación de la gente? Sólo al padre Agustín, en el dolor, le conocí una ternura más genuina, por eso le confesé que tuve una hija. Él habló de Dios y de resignación; que seguro con los Douglas mi pequeña viviría rodeada de amor y comodidad y si la hubiera dejado, quién cuidaría de ti. La amistad del padre me da valor. Este día también, esperanza, papá.

\_\_¿Le preparo el baño, papá?

\_\_Con ración equilibrada de eucalipto y flor de azahar. Hazme té de jazmín con miel para aplacarme la tos.

\_\_Lo suyo es rencor: la tos y la comezón le llegan cuando está a un lado de la ventana. ¿No se cansa?

\_\_¡No quiero bañarme, ni el té! -gritas-. ¿Cómo no entiendes mi desesperación a pesar de cargarla juntos, Meche?

\_\_Le caerá bien -dulcifico la voz.

No contestas.

\_\_Por favor, papá -Levanto la cara.

\_\_Véte, Daría, me cansas. Me cansa tu mansedumbre.

\_\_Otra vez, papá, revuelve a sus muertos con sus vivos.

Quando Daría y Justina aparecieron en Catorce, ya había trote de caballos invadiendo calles y guiados por jinetes con capote de lana, sombrero de gran sorbete y chicote para arriar a la bestias por caminos difíciles. Daría tenía el pelo rojizo, crecido hasta el borde de su enagua y una mirada azul que parecía taladrar a las personas; Justina la cuidaba. David, su padre, movido por la intuición; no la certidumbre, recorrió cerros, cañadas y humilde, quedó maravillado del paisaje. Olvidó la plata y encontró su vocación: dibujó, milímetro a milímetro, la serranía. En dieciséis años de rastrear su vida, hizo: *El mapa geognóstico de las pertenencias de la compañía restauradora* y *El mapa minero y geológico del Distrito de Catorce*. El gobierno los compró y él restauró la primera casa de Pascuala, la de enfrente del Camposanto. Sus hijas la hallaron debidamente puesta sin faltar siquiera un tenedor. David les aconsejó: «Conozcan al mundo. El mío es la montaña.» él, no volvió a Catorce.

Los sábados, temprano, Justina en el patio de la casa, recostaba a Daría en una hamaca, le colocaba el cabello en una batea y durante una hora lo restregaba como si estuviera lavando una sábana bermellón. Después la sentaba en un banco de madera y a los rayos del sol y del aire permanente de Catorce, lo cepillaba hasta el anochecer: a Daría le producía catarro dormirse con el pelo húmedo. La operación de los sábados las acercó a los catorceños. Daría entró y salió de las viviendas ajenas aficionándose a su mirada luminosa y al ruido, como de ramazón sacudida por el viento, de su falda al caminar. Justina vivió cuidándole la virginidad, pero un día se descuidó y al regresar del mercado, no la encontró: Ausencio Anteparazuleta, administrador de *La abundancia*, negocio del Conde Santos de La Maza, la vio cuando su hermana le cepillaba el cabello, y la imaginó montada en un corcel negro y desnuda, como Lady Godiva. La invitó a dar un paseo. Eso, le dio a Daría una mirada más azul.

Y apareció Quetzacótl.

El parpadeo del sol no te encandila. Los desastres años atrás, y tú, buscando tu historia, tus triunfos, huellas, heridas, pasiones... La mañana, alucinada de soledad. Recuerdas a los ingenieros de la RESMICAT -Restauradora de las Minas de Catorce-. Fueron a hacer un estudio a *la providencia* para dictaminar si aún era productiva; los dinamiteros la habían inundado. Trabajaron meses y no dieron el veredicto. Prometieron enviarlo por Correo. Tú, vas dos veces al día, a indagar por él. Estoy en tu mismo pensamiento, papá y trato de disuadirte:

\_\_No mandarán el resolutivo. Seguro ya ni la empresa existe.

\_\_Tarde o temprano llegará, Meche.

\_\_Suponiendo que la mina sea todavía productiva, de todos modos no va a tener dinero para trabajarla -aclaro.

Entonces, descargas un puñetazo sobre el batiente de la ventana:

\_\_¡Cállate, Mercedes!

\_\_Va a venir el padre Agustín -cambio el tema.

\_\_¿No anda en Zacatecas?

\_\_Hoy llega, quedó de venir a merendar. Descanse, luego se desvelan platicando.

\_\_¿A qué hora vendrá?

\_\_En la tarde; a las seis.

\_\_Falta mucho.

\_\_Siéntese, sino, le empieza el dolor de piernas y va a querer que le dé una friega. Bien sabe que después de bordar, no debo mojarme por la reuma. Quítese de la ventana.

Con la cabeza apoyada en el cristal, hablas de cuando tu abuela te ordenó ir a Tampico; la Divina Providencia llegaría por mar. Papá grande Ramón, fanático de los pronósticos de Pascuala, te acompañó a buscar a tu primo Santiago Irizar: él formaba parte de tu oráculo.

\_\_Santiago me anda encontrando, anoche lo volví a soñar -dices.

Lorenzo y Ramón llegaron a Tampico. De inmediato fueron a la playa a esperar el presagio de Pascuala. Al atardecer, apareció la fragata Quetzalcoatl balanceándose sobre el océano y quedaron desorientados: la embarcación, en un abrir y cerrar de ojos, tomó su verdadero tamaño. Las doscientas toneladas fondearon frente a su sorpresa. Primero salió un olor desagradable, después un pasajero, los doce hombres de la tripulación y Fourcade, el capitán. Al puerto, azotado por epidemias, nadie lo visitaba.

El pasajero, sucio y mareado, era Santiago Irizar. Su mirada, igual a astillas de luna, buscó a Lorenzo. Se vieron con un conocimiento sin memoria y promisorio. Se abrazaron como dos bolas de mercurio fundiéndose en una y constataron tener, exactamente, la misma estatura y peso, pero diferente color de piel y ojos. Éstos, al encontrarse alumbraron el anochecer. Fue cuestión de una ráfaga y puso nervioso a Ramón:

\_\_Esto, sólo lo hace mamá -aseguró.



\_\_Mi abuela me escribió -habló Santiago-. Aquí estoy.

Le ofrecieron el caballo que le tenían preparado y montándolo no hizo caso a la invitación de Fourcade de acompañarlos a África a comprar negros para venderlos en Cuba.

\_\_Es buen negocio -prometió el Capitán.

\_\_Hay otro mejor: la familia que me espera en Real de Catorce -Santiago alzó un brazo despidiéndose. La brisa revoloteó su pelo. Castigó al animal ansioso de encontrar lo soñado en España y durante los 48 días de navegación en el Quetzalcoatl.

La noche estrellada abrió sendero de tilos y Santiago habló de los infortunios de su vida. Su padre se había empleado de minero en Vergara dejándolo al cuidado de una mujer de ayunos, rigores, flagelos, procesiones, misas: contagio de cristiandad, pero cruel, ambiciosa. Lo acostumbró a guardar sus pensamientos. «No me siento a gusto sino a solas -dijo-: Las cartas de Pascuala fueron mi único testimonio de afecto.» Que en los encuentros esporádicos, su padre le mostraba lástima por ser hijo de mestiza. Antes de morir, lo acercó al estudio y había logrado éxitos que lo distinguieron. Eso le hacía creer en sus facultades.

\_\_Vengo a Catorce a desarrollarlas -aseguró.

Pascuala los vio llegar desde la ventana de la casa contrahecha, de un piso por un lado y dos por el otro -Los albañiles sólo hacían andamios, tiros, socavones-. Lorenzo y Santiago compartían la cabalgadura: un caballo murió en Cedral, a cuatro leguas de Catorce.

\_\_Dos continentes y un paraíso -los recibió Pascuala. Besó a Santiago y añadió-: pero perdido. Tenemos la energía de la raza paralizada. Los nuevos gobernantes sólo se enriquecen y no defienden lo que otros han conquistado. Recuperénelo sin perderse en el verbo, ni en el dogma. No imiten: creen. Unan sus capacidades. Le darán a Catorce el esplendor más grande de su historia.

Santiago, recargado en la arcada del jardín y viendo al sol entre las montañas, opinó:

\_\_En esta altitud, se necesita ser águila para sobrevivir -Soltó una risa contagiosa y se apretó el barragán cuadrado.

Pascuala opinó que el pasajero del Quetzalcoatl olía a mar.

\_\_Yo le huelo la vejez. La trae apretada a la piel -murmuró Santiago, húmedos los ojos, porque le percibió la muerte en la mirada opaca-. Debemos buscarle confesión. Que no se lleve a la eternidad sus pronósticos, Lorenzo.

\_\_¡Estás loco! -Pascuala alcanzó a escucharlo. Lució sonrisa pobre y afirmó-: Todavía no me agotan; apenas están empezando.

Bosquejando vidas a voces.

La luz dibuja raspaduras en las paredes. Una mesa cubierta con mantel blanco y florero encima, dos sillas, un sillón, un aguamanil, un óleo de Pascuala pintado por Ignacio Barreda. Ella aparece con doble leopoldina y un soplo cubriendo el corpiño. Al lado, un retrato de Porfirio Díaz vestido de general, una ménsula sosteniendo a San Francisco y a los recuerdos de familia.

En la estancia hay una escalera desnuda ya de aristocracia, una puerta al patio sin verdor y a otras estancias y el portón de salida a la calle empedrada.

El ojo del día dora los cerros. La luz cae sobre Real de Catorce, penetra en el jardín donde la arcada del muro quedó sin bugambilias, la vida sin transcurrir y Lorenzo Sandoval, sin posibilidad de escapar a propia voz:

«Trepé riscos, removí piedras y lancé un canto al aire como globos de colores. Fui águila, entre mezquites, izotales, nopaleras; a un lado, lechugillas, al otro, sotoles. Arriba el cielo; abajo, la tierra. Yo, al centro. A mis pies un lienzo café: la gobernadora. Clareó el día. En la bocamina los mineros dieron gracias al gran Señor y alabaron su gran poder, pues con el alma en el cuerpo los dejó amanecer:

*En gracia y servicio vengo  
y sin llegarte a ofender  
Hombre Dios crucificado*

*que por mí estás en esta suerte  
ampáranos de la muerte  
y en todo lugar, amén.*

Las voces rompieron el silencio de la montaña para comunicarse con Dios.

\_\_Me manda Ausencio Anteparazuleta, Sombrío -anuncié.

Sombrío, piel de ébano y rostro cuadrado, señaló sus herramientas. Ordenó:

\_\_Cárgalas y sígueme. Vamos a descender.

El piso húmedo, resbaloso. Yo, acostumbrándome a la penumbra y a guardar equilibrio. Fíjate cómo arranco el metal de las vetas, a golpe de pico, lo demostró. Me aturdió el ruido constante del choque de los martillos contra la barreta. Embrutecido, nervioso en ese encierro semioscuro, asfixiante, grité sin motivo y todo lo maldije cuando transportaba el mineral a lo largo de socavones y túneles hasta los patios donde mulas y caballos uncidos a las ruedas de los malacates sacaban el agua del interior de la mina.

\_\_No siento las manos -las tenía ensangrentadas.

\_\_Después no vas a sentir ni la conciencia, muchacho -vaticinó Sombrío. Había tenateros, peones, quebradores del mineral; quien lo separaba, quien lo analizaba con cuchara. Yo, adolorido, con las manos sangrantes, la ropa deshecha y las piernas temblorosas, dije:

\_\_No importa que me parta el alma, Sombrío, un día tendré una mina -aseguré.

\_\_Tendrás que partirte todo; la madre y hasta El Espíritu Santo, Lorenzo -me previno Sombrío.»

\_\_Retírese de allí, papá. A sus años, un bronquitis no lo pasa.

\_\_¿Estoy vivo, Meche?

\_\_¿Por qué muere la muerte de sus muertos?

\_\_¿No morí yo un poco en cada una?

\_\_¿Estás ahí, Daría?

»Sí, Lorenzo.

\_\_¿Dónde andabas?

»Buscando a Ausencio, primo.

\_\_¿Lo hallaste?

»En el recuerdo. ¿Quieres mandarle decir algo?

\_\_Díle que se vaya al carajo, junto contigo.

»¿Por qué nos mandas allá?

\_\_ A tí, por cusca. A Ausencio, por mandarme con Sombrío.

Su sangre fue mi ruina.

»Es más tuya. De Sombrío fue nieto, pero Teódulo es tuyo.

En donde estoy, Lorenzo, se sabe todo. Lo tuyo sí fue

cusquería; a mí, el amor de Ausencio aún me

hace falta.

\_\_Nunca lo tuviste.

»A lo mejor por eso, primo.

\_\_Véte, Daría.

»No culpes a Sombrío, Lorenzo. Teódulo es tuyo.

\_\_¡Cállate, Daría! Me cansas.

\_\_El que se va a cansar de toser es usted, papá. Quítese de ese sitio. Está frío -digo y desenredo una hebra de la madeja pensando en que la ambición sólo dejó ánimas de languidez progresiva y andan vagando entre el cascajo ruinoso y las calles angostas, empinadas.

Tú, y yo papá, nos acompañamos de los fantasmas del pueblo fantasma pensando que somos como Pascuala y David: un sueño.

Era casi un sueño atravesar la Plaza del Carbón. El tianguis la abarcaba y la gente no cabía. El aire fresco de la mañana y el camino más transitable, más libre. En los bolsillos del pantalón Lorenzo traía las monedas de su pago y levantada la cabeza, extendió el pecho: podía pagar el amor de una mujer.

\_\_¿Qué tienes, Lorenzo? Te veo agitado -dijo su amigo Baldomero Secundino cuando lo encontró al paso.

\_\_Lo estoy, Baldo -Vio salir a las mujeres de *la casa del francés*, provocativas, insinuándose.

\_\_¿Te bautizo, mi'jo? -dijo una de ellas y tocó entre sus piernas. Quiso decir sí, tengo para pagar, pero, no.

Las mujeres, gritaban: «Pa'gata vieja, ratoncito tierno, mi'jo.» A la mujer ofrecida la llamaron pichonera, alborotadora de pajaritos.

\_\_Ya vendrá él solito -sentenció.

El sol caliente por dentro y por fuera; los ojos lagrimeando. La mujer, contoneándose en la cuadra siguiente. A Lorenzo le impidió abordarla una pesadez del cuerpo, la boca seca y el jadeo del corazón. La calle, luminosa. Frente al Portal de los Aguadores, demasiados caballos, ruido. La gente se desplazaba frente a él a la velocidad de su aliento.

\_\_¿Quieres estar con una mujer, Baldo? Vámos. Yo pago.

\_\_En la escuela, los muchachos hablan de una vieja de Los Encinales que comercia con las hijas. Ai verás, Lorenzo.

\_\_Entonces, córrele, Baldo.

Entrada del misterio: mitad adobe y cueva hecha al cerro. La puerta adornada con banderitas de papel calado y adentro, sentada en unas tablas, una vieja moviéndose los cabellos crespos.

\_\_Queremos mujer -pidió Lorenzo.

Sentados en un tablón de mezquite había cuatro hombres bebiendo. La vieja vertió en un jarro pulque y mezcal y rascándose la cabellera revuelta, calculó:

\_\_Por los dos, son tres cuartillas.

Los hombres se recorrieron, señalándoles el final de la banca:

\_\_No podemos esperar -protesto Lorenzo.

\_\_Tú sabes -dijo la mujer. Nomás tengo en servicio a *La parreña*.

Había guirnaldas de papel desteñido colgadas del techo. Detrás de una cortina de tela mugrosa, los jadeos. Salió un hombre de piel renegrida y desapareció en silencio. La cola se recorrió. Cuando Lorenzo hizo a un lado la cortina, la visión le quitó el aliento: una muchachita sin formas todavía, yacía en el suelo sobre un jorongo. A pesar del olor, le volvió el deseo.

\_\_Fensé que eras mayor.

\_\_Tengo doce -aseguró *La parreña*-. ¿Y, tú?

\_\_Dieciséis.

Lo recibió con las piernas separadas. «Jijos, cómo apestas,» exclamó encima de ella y sintiendo sus senos infames, pequeños como limoncitos y su movimiento de caderas. Pensó desfallecer.

\_\_¿Faltan muchos? -preguntó.

\_\_Sólo Baldo, mi amigo.

Baldomero salió desencajado y vomitó. «No pude. ¡Huele a mierda!», dijo y se abrochó el pantalón.

\_\_Está pagado, espérame -y Lorenzo volvió a entrar con *La parreña*.

La oscuridad de Los Encinales les borró la vereda del retorno, mató el canto de los pájaros y el color de las plantas. Baldomero, tentaleando la pendiente, dijo:

\_\_¿Cómo pudiste, Lorenzo? ¡No se podía ni respirar!

\_\_La ingrata Parreña se jue a *La dificultad* con un huachichile -le dijo a Lorenzo la vieja trastornada de mezcal y dolor.

Entonces, picado de la costumbre, esperó a las mujeres de *La casa del francés*. Apareció la mujer que se ofreció bautizarte:

\_\_¿Cuánto?

\_\_Un real

\_\_Bueno

\_\_¿Cuál es su gracia?

\_\_Lorenzo Sandoval.

\_\_Tú, ¿cómo te llamas?

\_\_Soledad.

\_\_¿Soledad, qué?

\_\_Soledad, nada más.

\_\_¡Soledad! -gritó el padre Agustín.

\_\_En verdad, estoy enojada con Dios; las hijas de Lorenzo debieron ser mías, padre.

\_\_¿Quién es Lorenzo?

\_\_El diablo, padre.

\_\_Quiero conocerlo.

\_\_Bueno. Después no diga que no se lo advertí, padre...

Ruido de azogue golpeado anuncia la hora. A mí me suena a muerto. Pienso que alguien está acabando.



\_\_¿Sabías de mis dotes premonitorias, Meche? Oí el retumbar de las pisadas en un sueño que tuve antes de ese día -Atiendo a tus movimientos difíciles, papá. Parece que te sobra peso para volver la cara y así, de perfil, aseguras-: Los heredé de Pascuala.

Las cosas encima y tú sin verlas. Pienso que Pascuala tuvo presagios atinados con personas cuerdas.

\_\_¿Las oíste, Meche?

\_\_¿El día de la explosión?

\_\_No, antes.

\_\_No, papá.

\_\_¿Dónde andabas?

\_\_En Zacatecas.

\_\_¿A qué fuiste?

\_\_De paseo, papá.

\_\_La época de oro de Catorce está pasando, Meche, el Real empieza a hundirse. ¡Vámonos! Esto va cuesta abajo.

Acostumbrada a tus silencios interminables o a oír tus desatinos, te ofrezco:

\_\_¿Quiere agua de ciruelas pasas serenadas?

Mueves la cabeza negando. Yo, ruego:

\_\_Cuénteme algo, papá.

No contestas.

\_\_¿Qué tanto ve por la ventana?

\_\_El pasado, Meche -Y recargas los codos en tu tragaluz.

En *El templo del comercio*, *La bagatela* y *La abundancia*, los catálogos *Bon Marché*, aglomeraban a damas y caballeros; seleccionaban su ropa en revistas españolas, italianas, alemanas y

estadunidenses. Los muebles, registrados en la *Montgomery Wood*, también tenían aceptación entre los ricos del Real.

Lorenzo llegó como Odiseo, vencedor de los obstáculos que se le presentaron en sus aventuras y desventuras explotando menas o empleándose en cualquier mina. Traía lo árido de la sierra, lo molesto del frío, el agua plomiza de noviembre y la barba crecida.

En *La abundancia* estaba Santiago en plática con Pomposo Salinas, Capitalino recién establecido: había heredado una mina. Santiago había andado por Zacatecas:

\_\_Qué lástima que no fueras a Pozos en tiempo hábil; has estado cateando en vetas mulas, Lorenzo -Santiago lo abrazó.

\_\_No he hecho tanta fortuna como tú con Santos, pero estoy juntando para comprarme una mina.

\_\_Le vendo la mía -propuso el capitalino.

\_\_¿Cuánto?

\_\_Mil pesos oro.

\_\_No ajusto.

\_\_Pongo la mitad -ofreció Santiago.

\_\_Tus negocios no son las minas. Arriesgas tu capital. Piénsalo.

\_\_Está pensado, Lorenzo.

\_\_Bueno. Yo la trabajo. Te doy el treinta y cuatro por ciento de ganancia, te duplico la inversión en un año, pero quiero *La providencia* mía, Santiago.

Cerraron el trato frente a Baldomero Secundino, quien había estudiado en el Colegio de San Idelfonso. Salió de bachiller en Filosofía y doctor en canones. Terminó de Abogado.

\_\_Deja *El perdón* por *La providencia*, Sombrío. Hay metales que rinden veinte marcos por carga.

\_\_Arriesgo mi patrimonio, Lorenzo. Teresa no va a querer llevar a Guadalupe a *La dificultad*. Allí son comunes las enfermedades.

\_\_Tu familia, aquí se queda. Te contrato a partido.

\_\_Si es así, Lorenzo, vamos.

En el *Nido de águilas* estaba la mina. Fue en la época del vómito negro y la fiebre amarilla. Salinas la vendió en mil pesos porque: «Me urge salir de estas insalubres montañas atestadas de feroces huachichiles,» dijo. En la altura y azotado por el viento, la evocación: «Qué gusto le daría a Pascuala, a Ramón, a Felicitas enterarse de mi media mina,» pensó, Lorenzo.

Pasaron semanas rompiendo crespones y catando las capas de caliza azul que alternaban con las de pizarra negra. Sombrío, anunció:

\_\_Aquí hay algo bueno.

Rodaron el sueño por la sierra buscando huachichiles. Una madrugada los despertó un canto. Persiguiéndolo, dieron con una cueva alumbrada por una mancha amarillenta en el suelo, rodeada por hombres tomando mezcal.

\_\_¿Quién vive?

\_\_Macedonio Godínez -contestó el que cantaba sin asomo de embriaguez.

\_\_Buscamos quién quiera trabajar en una mina. Pago según lo que saquen -ofreció Lorenzo.

\_\_Amaneciendo te consigo quién -El hombre, de piel renegrada, los invitó a sentarse y acomodados en el suelo, Lorenzo creyó que su ferocidad era leyenda. Sombrío pidió un mezcalito.

\_\_¡Micaela! -llamó Macedonio-: ¡Trae dos jarros!

Entró la mujer. Godínez aclaró, es mi vieja. Lorenzo reconoció: «¡Qué pequeño es el mundo!,» al ver a la mujer de Los Encinales. Los senos infelices se habían convertido en dichosos. Andaba

ataviada con camisola como justillo y faldereta atada a la cintura con cinta de color subido. *La parreña* y él, fingieron no conocerse.

Aparecieron mineros del Real de los Angeles de Zacatecas, del Real de la Sierra de Pinos y los franciscanos de la Parroquia de Catorce para la cura de alma de los huachichiles. Celebraron misa ante una cruz sin Cristo, entre el regocijo, chirimías, fanfarrias, danzas, viento, frío y vuelo de gavilanes, azores, halcones y águilas de varias especies.

Lorenzo logró azoques de plata azul de dos marcos por carga de patio y barreta en mano, golpeando rocas o caminando por el poblado cada día más crecido, aseguraba: «Mientras viva, continuaré removiendo el suelo: no me ganará a terco.» Saboreó la garbanza y a las mujeres de La Huachichila: morenas, de pechos grandes, mirada oblicua y cabello lacio, negro, brillante. Le calentaron el invierno. Tuvo festines de cabuches, nopales y borracheras con sotol. Los fomentos de árnica desinflatron sus hinchazones del trabajo desbocado y el peyote alebrestó sus demonios.

Lorenzo topó con un risco diferente y apareció *La parreña*. Persuasiva, desató el ceñidor. Lenta lo dejó caer por adelante hasta el ribete de la basquiña. Se quitó la saya de indiana recamada de randas doradas sin tranquilizar las caderas.

\_\_No me tientes, *Parreña*. Hasta hijos tienes, ¿qué más quieres?

\_\_A ti, Lorenzo -adoptó pose perturbadora.

El perfume ácido corrió por la sangre de Lorenzo. Embrutecido la montó. Ella, gozosa, suplicó misericordia. Él, siguió adicto al olor fuerte y a la exploración de la montaña. El estudiar riscos y los hechados de las calizas lo llevó a una veta nueva. El crestón del metal estaba a flor de tierra. Era abundante en minerales coloreados con plata verde y blanca:

\_\_¡Soy rico! -el grito resonó por la montaña y bajó a Catorce a contratar veinte hombres armados.

\_\_¿Le tienes miedo a Macedonio? -le preguntó Sombrío, viéndolo llegar polvoriento y escoltado-. Ten cuidado, Lorenzo. Macedonio es de pocas palabras y hasta manso cuando se le trata bien...

\_\_¡Enfardela lo tuyo, Sombrío. Lo mío déjalo como está!

\_\_No lo provoques, Lorenzo. Yo sé lo que te digo.

\_\_¡Vístete! -le ordenó Macedonio a *La parreña* aventándole la camisola y el falderete endomingados. Repentinamente se transformó en ídolo de obsidiana. Amenazó-: A tí, Lorenzo Sandoval, ya te llegará tu hora.

Reaccionó tarde. En esa fracción de minuto, Macedonio jaloneó a *La parreña* y se perdieron en la sierra. Fue el frío; Lorenzo tenía el vientre helado, lo vio al aire y cubriéndose con un tápalo color haba, ordenó a los soldados:

\_\_¡Tráiganme a ese indio, hijo de la puta madre que lo parió!

No lo encontraron.

Los jilgueros llevaron la primavera y a Guadalupe la llevó Sombrío. El clima estaba un poco benigno. Lorenzo, cansado en aquella aldehuela de huachichilas todas idénticas, la hija de Sombrío fue una revelación: piel morena clara, cabello quebrado, largo y abundante, ojos cafés, enormes y sonrisa infantil. La abordó camino al arroyo:

\_\_Vámos -señaló la montaña.

Se dio sin resistencia ni pasión. Lorenzo ordenó, desesperado:

\_\_¡Muévete!

\_\_¿Cómo, señor?

\_\_Te enseñaré, Lupita. No tengas miedo.

Santiago Irizar, en su casa, sentado con una toalla sobre el pecho y preocupado porque su peluquero le trabajara la barba artísticamente, vio a su primo Lorenzo Sandoval con los brazos en alto y las piernas separadas.

\_\_Vengo a saldar mi deuda, primo -dejó la plata sobre la mesa.

\_\_¡Me regresas dos mil pesos que me multiplicaste a doce mil! Posees tres veces esta cantidad. Vénte y edifica una buena casa. Desde aquí puedes dirigir *La providencia*, Lorenzo.

\_\_Voy a contratar gente especializada. Tú, te vas al extranjero; necesito maquinaria moderna.

El licenciado Baldomero Secundino, casaca con puños y cuello de terciopelo negro, y corbata a la francesa, solicitó un escrito donde Santiago le cedía la mina a Lorenzo. Terminado el trámite, lo invitó:

\_\_Ven a casa, Lorenzo. A mamá le gustará saludarte.

\_\_No puedo. Hoy regreso a *La dificultad*.

Salió un mes después acompañado de ingenieros especializados, administrativos, técnicos, contadores, paileros, mecánicos, peones ensayadores, y ayudantes. Llegando, ordenó a Sombrío:

\_\_Acondiciona viviendas para los ingenieros. Quiero mi despacho a un lado de la bocamina. En el lado opuesto, la bodega del combustible. Vamos a maquilar aquí el metal en pequeñas fundiciones que poco a poco levantaré.

Sombrío estaba más sombrío:

\_\_Guadalupe murió de parto, Lorenzo -anunció con inconmensurable amargura.

\_\_¿Quién la desgració?

\_\_Se fue sin decir quién -Era pura indignación.

\_\_Cuida a tu mujer -aconsejó Lorenzo-: En el *Nido de águilas* no hay seguridad con los huachichiles merodeando por la sierra. ¡Pobre Lupita! Era casi una niña. ¿Qué fue?

\_\_Niño. Le pusimos Teódulo -dijo Sombrío.

Llegó la maquinaria comprada en el extranjero y Lorenzo Sandoval se encerró en *La providencia*: había formado una población. Santiago Irizar subió al *Nido de águilas*:

\_\_El Conde ofrece una tertulia en tu honor, Lorenzo -dijo.

\_\_Bueno -Sintió curiosidad por Santos De la Maza; desde su infancia era ya leyenda en Catorce.

Con traje verde olivo hecho por *Lamana*, esclavina de cuello de nutria, con fiador de seda y zapatos charoleados, se presentó Lorenzo. Santos estaba en un sillón y al lado de su esposa, coronada por una trenza con toquilla. Los bucles asomándole sobre el escote de hombro a hombro. Y, dentro de un mundo esférico, apareció una fisonomía náufraga, perdida entre tirabuzones, enaguas almidonadas y descansando las manos en la falda de amplio vuelo y adornada con pasamanería negra. Los acompañaban sus hijos: una joven y un niño. Y propietarios de minas, comerciantes, rescatadores, fundidores.

\_\_Lorenzo Sandoval, dueño de *La providencia* -anunció Santiago.

El Conde se sorprendió de su juventud y, estrechándole la mano, afirmó:

\_\_Con que usted es nuestro distinguido amigo que está explotando el rico fondo de *La Providencia*.

«Económicamente, estoy como él -calculó Lorenzo-. Voy a hacerme una casa más lujosa que ésta.» Doña Fernanda, la esposa de Santos, separó del regazo la mano que respetuoso besó, diciendo, a sus

pies, señora. Siguieron los hijos: Marciala y Gregorio. El Conde, admiró:

\_\_Catorce requiere de hombres intrépidos, de visión progresista como usted. Desafió el peligro de la sierra y se radicó en la montaña como el más osado gambusino. Ni el tiempo inclemente, ni las incomodidades: nada lo desanimó, Lorenzo.

\_\_Llevo lo minero en la sangre, señor.

Lo pasaron a un despacho y se sentaron alrededor de una mesa con catorce sillas. Santos destacó: «Don Lorenzo Sandoval, digno descendiente de Pascuala Díaz de León y digno hijo de Catorce,» alabó. Aparecieron criados con librea, pantalón corto, medias de seda, zapatos bajos de hebilla dorada y guantes blancos. Acomodaron los vinos Tokay, el Rhin, el Borgoña, *Tres granates* y bocadillos de perdices a la *Veroly*. Santos, avisó:

\_\_Cité al alcalde. Nos dará el resolutivo sobre enajenar a mi favor el solar de la Plaza del Carbón para levantar la Casa de Moneda. Ese sueño lo he acariciado por años y por afanes no ha quedado. Acuérdense, envié a Cayetano Rubio a contratar con Comonfort el permiso, pero se vino la Guerra de Reforma, y todo quedo en veremos. Espero que Juárez lo conceda.

Anunciaron la presencia de los señores Rangel, alcalde de Catorce y De Ávila, apoderado del Conde. Al verlos, Santos arqueó las cejas, preguntó, ¿y bien?

\_\_Felizmente, señor, el licenciado Benito Juárez, lo dio -Miguel De Ávila suspiró fuerte y se recargó en el respaldo de la silla.

Santos quiso saber si el Ayuntamiento le vendería el terreno de la Plaza del Carbón. Rangel, leyó la contestación del Presidente: *La plazuela actualmente es inútil al público porque ni está a nivel ni se hace de ella otro uso que expender carbón. Por lo tanto, y*



viendo los beneficios que proporcionará la oficina de la Casa de Moneda, se dará en venta al señor Conde, Santos De la Maza, el solar compuesto de dieciocho varas de largo por dieciocho de fondo a razón de un peso por vara cuadrada, siempre que él se comprometa a construir un edificio de fachada decente...

\_\_Haga el pago mañana y empiece la obra -Santos ordenó a su apoderado-: La quiero de tres pisos, con fachada de piedra labrada y amplísimos salones interiores -viendo a Santiago, determinó-: Usted irá a Filadelfia a comprar maquinaria.

El negociante Martín Mendizábal, propietario de *El templo del comercio*, jugó con el rizo de su bigote. Propuso:

\_\_Señor Sandoval. Si amplía su maquinaria o levanta más fundidoras, me gustaría invertir con usted.

\_\_Lo haré a su debido tiempo, pero sin socios -contestó altanero y apareció en su mano una cigarrera de oro con legítimos cigarros habanos *La Honradez*. Llegó la Estudiantina *Libertad* formada por catorce varones y dirigida por el maestro Luis López. El Conde pasó un brazo encima de los hombros de Lorenzo y encaminándolo a la puerta del salón fumador. Ordenó:

\_\_Señores, nos esperan exquisitas viandas dispuestas en honor de don Lorenzo. ¿Cuándo regresa a *La providencia*?

\_\_Mañana. Voy a encargársela a Sombrío. Quiero buscar un predio y hacerme una casa con ocho balcones y ocho águilas decorándolos. Es tiempo de volver -dijo.

¿Lágrimas? Aún recién nacido, Teódulo casi no lloró; sólo sonreía. Vino al mundo débil de apariencia y así siguió. Su memoria, no. Recuerda. él tendría cuatro o cinco años. Lorenzo Sandoval acostumbraba vestir levitón de casimir colonia, largo, holgado,

tápalo de lana color haba y sombrero de ala extendida, a toda hora y en cualquier parte de la *Providencia*; en la mina o campamento.

\_\_¿Qué hay, Lorenzo?

Sombrío lo recibió restregándose en los ojos el asombro y le cedió el paso. Saludó a Teresa, le revolvió el pelo a Teódulo y depositó en la mesa un paquete que llevaba.

\_\_¿Estás borracho, Sombrío?

No contestó. Salió al patio a orinar. Teresa lo disculpó:

\_\_En los días de descanso toma.

\_\_Prepárale café cargado; lo necesito sobrio.

Luego, Lorenzo sentó a Teódulo en sus piernas. El niño reaccionó a una opresión sobre su hombro. Levantó la cara y vio los profundos ojos oscuros como pozos. Lorenzo le entregó un caballito de madera que venía en el envoltorio. Fue rápido, natural: el niño le acarició una mejilla y él lo revisó. Flojo el cuerpo, reconoció, quedito: «Gracias a Dios!, es igualito a Guadalupe; de mí, no sacó nada!»

\_\_¿Problemas en *La providencia*, Lorenzo? -entró Sombrío.

\_\_Vengo a encargártela.

\_\_¿Cuánto tiempo?

\_\_Por el momento, temporal. Después, quién sabe.

\_\_Mejor vámonos a gastar la plata en Catorce, viejo.

\_\_Está previsto: no puedo irme, algo me ata aquí, Teresa -aseguró Sombrío.

\_\_¿A qué volvió Sandoval a *La dificultad*, abuelo? -preguntó Teódulo.

\_\_A protegerse. Juárez renovó el terror. En Catorce, a los hombres del pueblo los lanzan en la calles, les quitan cuanto tienen

y se los llevan con la tropa. A los ricos, les sacan préstamos y a los están a sangre y sangre, como las sanguijuelas que ponen los flebotomianos, Teo.

\_\_¿Duele, abuelo?

\_\_Hay dolores más intensos. Son como gotas de agua que te caen al corazón. Una y otra, otra, otra, otra...

\_\_¡Los liberales abandonaron Catorce!

Enmudecidos, recorrieron el Real. Las calles estaban desiertas, silenciosas: los comerciantes habían huido a la Capital o a Europa.

\_\_Lo destruyeron, Lorenzo.

\_\_Lo volveremos a levantar, Santiago.

Dejaron a Teresa en la casa situada atrás de la Iglesia de San Francisco, contra su voluntad:

\_\_Prefiero ver Catorce que meterme a una cocina -molesta, azotó la puerta.

\_\_En los últimos días ha estado de un humor terrible y se queja de dolores en el cuerpo -la disculpó Sombrío.

\_\_Qué remedio -opinó Irizar-. Así son las mujeres.

\_\_Daría es diferente. -habló Lorenzo-. Ella nos facilitará el camino. Vamos a regresarle a Catorce sus veinte mil habitantes, su plata rocicler, sus comercios, sus talleres de artesanos, sus haciendas de beneficio...

La casa exhibió color rosa pálido. Estaba decorada con espejos, biombos, tibores y muchos ramos de flores. Daría y Justina los recibieron vestidas como los figurines de *Viadot* y de *Lemercier*. Aún se veían hermosas.

\_\_Supieron que somos sobrinas de Ramón y no tocaron nada. Yo no sé ustedes por qué se fueron -explicó Daría, refiriéndose a los

liberales. Pidió-: Descansen, vamos a necesitar de toda la firmeza, energía y amor para revivir Catorce.

Lo de Teresa fue hepatitis. Murió amarilla como canario.

\_\_Debemos quemar muebles y desalojar la casa para ventilarla por lo menos cuarenta días -dijo Irizar.

Darío los llevó enfrente del Camposanto y empezaron a reconstruir el Real.

\_\_No puedo sentarme en dos sillas: o allá o acá. Te acabas de sacudir la tristeza en *la providencia*, Sombrío -ordenó Lorenzo.

\_\_¿Y Teo? -dijo Sombrío.

\_\_Déjemelo -rogó Justina-. Lo cuido como si fuera mío.

Lorenzo depositó dinero sobre la mesa:

\_\_Pongan un comercio. Que Teódulo vaya la escuela -ordenó.

Compraron *La bagatela*.

Teódulo se rasuraba con el torso descubierto. Justina entró a su recámara a llevarle una almohadilla recién terminada para adornar su sillón y reparó en el lunar situado en el omóplato derecho, redondo y con vellos en el centro. Espontánea, anunció:

\_\_Eres de Lorenzo; traes la herencia de Pascuala.

Teódulo apareció en *La dificultad* extenuado, hambriento y diciéndo:

\_\_Le dejé a Justina una nota en la mesa de la cocina. Quiero vivir con mi abuelo y con usted, don Lorenzo.

Su presencia incomodó a Sombrío. La separación lo había transformado en un desconocido y a él en un bebedor permanente. Lorenzo aclaró:

\_\_Tengo a Sombrío de cargador de combustible por lástima, Teo. A ver qué haces con él, ya se acabó su plata en vino. No soy hermana de la caridad.

A Teódulo lo contrató de tenatero contra las protestas vendavaleras de Sombrío. Ebrio, gritó:

\_\_¡Eres una mierda. Lorenzo Sandoval es una mierda!

La providencia era una población regida por la rutina de la mañana a la noche. Un círculo sin variación: gente joven, atemorizada de su propia miseria: una sociedad perfectamente estática. La vivienda de Sombrío parecía carro de tren con el humo saliéndole entre los carrizos. él, sentado en el suelo, rompía ramas secas, las arrojaba al fuego y soplaba los rescoldos de la lumbre, calentándose. Oía a los mineros y se esforzaba por atenderlos rápido sin importarle caer y romperse la vida.

\_\_Vámonos, abuelo.

\_\_No puedo, Teo. Hace tiempo torcí mi destino.

«Justina es una felicidad.» Pensó Teódulo una madrugada que lo sorprendió vigilando la montaña, esperando ver a Sombrío trastabillando. Sólo vio neblina; sentía que se le enrosca en las piernas y él... ¡Dios mío! Voy descendiendo... Voy descendiendo...

\_\_Lo encontraron muerto -Isidoro Mendez, conductor de carro de media tonelada, le entregó el cuerpo de Sombrío.

\_\_¿Qué hora es? -dijo Teódulo.

\_\_Las cinco.

Con el cuerpo de Sombrío en sus brazos, Teódulo, continuó:

\_\_¿De la tarde?

\_\_No, de la mañana.

\_\_Buena hora para volver a empezar -dijo.

Teódulo encontró la casa de Justina y Daría en color amarillo tenue; Santiago Irizar la mandó pintar y la llenó de tapices, gobelinos y alfombras nuevas. Les renovó el guardarropa con trajes color pastel. Encontró a Daría de pelo pajizo, peinada de chongo, el rostro pintado como las actrices del Teatro de los Gallos y entretenida colgándose collares de bisutería que vendía en *La bagatela*.

\_\_Espera a Ausencio -explicó Justina.

Justina lo recibió con un saco de paño negro hecho por ella. Lo abrazó, lo besó y lloró. Él, había alcanzado una estatura igual a la de Sandoval, no su complexión.

Siempre, siempre, el maestro.

—No tuve alternativa, Meche —repites.

Yo, pienso en la muerte, plata, alternativa... ¿Qué más dan ante este desperdicio de vida? Para ti, no existo, pero los recuerdos no puedes robármelos. Me empapan, se entrecruzan, chocan y producen calambres como los que sentí cuando gesté a la niña que me quitaste. Pronto la conoceré y me ilusiona. ¿Sabes?, le pedí al padre Agustín que la buscara. Fue a Zacatecas a traerme razón de si vive y cómo. ¡Sabré de ella! Ya no vas a intimidarme, papá... Sentía miedo al ver temblando tu bigote de puntas alacranadas, altivas; el cabello, con matices nostálgicos, moviéndose al ritmo de tu enojo como aquel día cuando José María te anunció la llegada al mineral de un maestro. «¡Para qué carajos necesita Catorce un maestro!,» gritaste. El munícipe, humilde, se justificó: «Lo solicité porque la ley así lo marca, don Lorenzo.» «¿Ley, José María?,» dijiste con más burla que rabia: «Esa se la pasa usted por el arco del triunfo.» Y, la amenazó: «A ver cómo le hace, ¡carajo! Pero aquí, no quiero ningún maestro.» Para desgracia tuya, papá, el maestro sí se quedó.»

SEGUNDA PARTE

121649



Usted no está para saberlo, maestro.

Mi tío Rafael Suárez, Director de la Escuela Normal para Profesores de Instrucción Primaria -donde yo era alumno-, recibió una solicitud de José María Zamora: *La socorrida idea de que la enseñanza primaria es mi tarea, me obliga a contratar de esa Institución los servicios de un profesor que aventaje en el estudio de las letras y de los números a la niñez catorceña...*

\_\_Con treinta mil almas y sin escuela municipal; debe ser tierra de salvajes. Sólo plata y vicio, la destrucción del futuro -asegura mi tío.

Escucho su exageración buscando mis ocho años en las cuatro paredes de mi memoria donde cualquier día y a cualquier hora, mamá arrullaba al tiempo a suspiros. A veces cortos, a veces prolongados, pero siempre en dirección del hombre que sólo retuvo en aquella fotografía clavada a sus ojos. La tarde que ella se fue, tío Rafael le puso el retrato en el corazón. Mamá me dejó un poco de melancolía y tío Rafael me la colocó en un orfanato: no extrañé los suspiros. Cuando comencé a rasurarme la inseguridad, volvió por mí para llevarme a la Escuela Normal. Hasta entonces, nada digno de contarse me había sucedido, salvo las mil posibilidades que tío Rafael me augura:

\_\_Véte, Ignacio. En Catorce te espera un gran porvenir.

Echo a volar los sueños dentro del tren México-Laredo. Pienso en un sitio fantástico a casi tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. Entre Toluca y San Miguel Allende, mis manos están

húmedas. ¿Hacia dónde voy? Tengo gran curiosidad por la vida y ésta, a cada rato, sorprendiéndome.

—¡Panetelas nevadas!, ¡Mazapanes de pepita, de cacahuate!  
¡Biscochos de almendra!, ¡Dulces de fruta y de leche quemada!  
—gritan los vendedores.

Hay música de viento y más allá, regocijo al paso de la máquina.

Bajo en Vanegas. En un estanquillo compro *El catarro*: publicación social catorceña. Lo coloco bajo el brazo, voy a beber un tónico gaseoso y subo, de nueva cuenta, al tren; aún no desciendo.

Ahora es Vanegas-Real de Catorce. El camino lo forman ángulos agudos a manera de zig-zag, donde las máquinas van unas veces adelante como abriendo camino a mis pasos; otras atrás, como desapareciéndome los recuerdos. En la página sorpresa del *Catarro*, aparece: *Reseña de Las flores de la montaña. Libro de poemas de Gregorio De la Maza*. Es una cuidada impresión de la magnífica Editorial Dávalos, de San Luis Potosí. El autor dedica algunos poemas a José Zorrilla y a Juan Prim. Al final, su epitafio:

*El que está aquí sepultado  
murió sin una peseta  
pobre, de deudas cargado...  
No digas más era poeta.*

—Es más cursi que romántico —me interrumpe la lectura mi acompañante de asiento.

—¿Lo conoce? —pregunto.

—Al libro, desgraciadamente. Al poeta, no, vive en España. Desde allá mandó publicarlo.

—¿Y el epitafio, qué?

—Nada. Está vivito y forrado en plata.

Saca de su cartera *Las flores de la montaña*. Lo hojeo. Es malo. Tiene valor tipográfico por ser la portada y el retrato del poeta, obra del famoso litógrafo Villasana. Como todo en la vida: lo que no sirve, se adorna. La portada: un marco de vegetales, basaltos, nopales, magueyes y una pareja. Ella lee un libro. Arriba, el retrato de Gregorio De la Maza. Alabo las doscientas setenta y seis páginas orleadas en las esquinas y que los tipos de las mayúsculas varían gustosamente:

\_\_Esta publicación costó una fortuna -juzgo

\_\_Lo que sobra en Catorce es plata, amigo.

\_\_¿Eres de ahí? -el tuteo nace espontáneo.

\_\_Me llamo Andrés Secundino -Extiende su mano recia, cálida-. Recién terminé mis estudios de abogado y por fin, regreso en definitiva. ¿Y tú?

\_\_Soy Ignacio Adalid -digo-. Vengo como Maestro de Instrucción Primaria.

\_\_¡Bienvenido! ¿Tienes a dónde llegar?

\_\_No. Mañana veré al munícipe, él dirá. Oriéntame sobre algún mesón.

\_\_Hay uno al lado de La Casa del Diezmo. Es caro.

\_\_Por ahora, tengo para pagar.

*Día de los santos difuntos.* Miradas curiosas siguen mi ruta y yo al sol; declina frente a mis ojos. El cempasúchil derrama ausencia a lo largo de la avenida Lanzagorta -la principal del pueblo-. Calles angostas, buenos servicios públicos. Valoro la arquitectura: «Por alcanzar elevada técnica, han descuidado el arte.» El papel picado revolotea como papalotes de colores sobre La Alhóndiga. La decadencia asoma entre las ventanas abiertas: muebles europeos, lienzos, lámparas, espejos, biombos... El olor del copal sale de la

neoclásica Iglesia de San Francisco y enfrente, un colosal edificio de tres pisos: Casa de Moneda.

La vereda de ceniza y cera ilumina el camino a las almas de los difuntos. Sin dificultad, saciaran sus vicios terrenales en esos amasijos de bebidas y alimentos: mole, arroz, tamales, tortillas, encurtidos, vinos, sal, azúcar, tabaco... Y el gemido tristísimo de las bandas musicales les alegra la fiesta. Más adelante, la pila y el curato. Luego, Casas Consistoriales, a un lado del Palacio Municipal, la Casa del Diezmo y junto, el mesón.

Un pasillo frente a mis ojos; largo y recto al principio, después toma caprichosa forma interrogante. Al fin, doy un paso y atravieso el umbral. Siento que tío Rafael me está empujando al mundo.

\_\_Soy el maestro que mandaron pedir -digo al recepcionista y muestro el fajo de billetes que tío Rafael me había prestado.

\_\_Se equivocó de sitio, maestro -dice el empleado del mesón-. Lorenzo Sandoval sólo pide mineros. Y si son especializados, mejor.

\_\_¿Quién es Lorenzo Sandoval? -pregunto.

\_\_En Catorce, -asegura el hombre-. Sandoval, es dios.

«Este es mi sitio,» reconoce Andrés Secundino. Acorta el paso, mira más intensamente abarcando ese paisaje tantas veces presente en sus noches grises de la Capital donde bosquejó el perfil de Ramona Sandoval y él, con su primer traje largo de merino apañado y al milagro de un sol ardiente sobre Catorce, se le aunó la visión, tras la reja, de la niña: linda como ángel con hoyuelos en los carrillos y correteando por el jardín.

\_\_¡Deja de husmear a mi hija! -La mano recia de Lorenzo Sandoval en su hombro; la mirada refulgente-: ¡Largo, mocoso!

Y en la carrera emprendida, oyó la orden:

\_\_ ¡Mona, métete!

Allá atrás, del otro lado de los recuerdos, el rumor del viento, las lagartijas atarantadas de sol y polvo y a Mona, el paso de los días, delíneandole las redondeces sin ningún vestigio exagerado y en los ojos, creciéndole las pestañas.

\_\_ ¡Otra vez husmeando, muchacho del demonio!

Vio poner, uno a uno, los ladrillos de aquel muro palaciego, pero frío e inaccesible. Un día Baldomero, su padre, lo mando a estudiar a la Capital. Se fue y sin embargo, quedó atrapado atrás del muro y Mona sin saberlo.

\_\_ Cincuenta pesos, pago de comida; veinte de alquiler; cinco a la criada y otros cinco para libros o para que los ahorres, Andrés.

\_\_ Me manda muy recortado, papá.

\_\_ El dinero, de más, hecha a perder a los jóvenes, Andrés.

Paseó por el *boulevard*, o hizo tertulia en las esquinas con los catrines o rotos -como los llamaban-, que debían al sastre la levita que usaban y así mismos, reconocían: «Si el país vive de prestado, ¿nosotros por qué no?» Entonces, en la Capital, al recuerdo de Mona se aparejó una preocupación cuando en la Escuela Nacional Preparatoria el maestro Justo Sierra, en su discurso de toma de posesión al cargo de Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, dijo:

\_\_ De nada sirven las mejoras materiales de una nación si sus habitantes son incultos.

«¿De qué habla? Antes de culto, el hombre debe de ser hombre. No como en Catorce -pensó Andrés-. Seguro el maestro no conoce a Lorenzo Sandoval que considera a los hombres animales y cree legítimo hacer uso de ellos.»

La otra puerta se la abrió José Ives Limantour a través de *Tiempos de México* donde aseguró que el país no sufría con la terrible crisis económica. ¿Cómo podía tener tanta desvergüenza? Y, colérico, indignado, leyó: *Para financiar el déficit económico, el camino es ampliar la deuda externa...* «¿Estarán ciegos? -había reflexionado- Eso acarrea males mayores de los que resuelve. Está claro, ¡quieren acabarse a México!» Cerró el periódico y esperó el retorno.

Otra ojeada al paisaje, otro latido violento y un gemido al exhalar aire sin haberlo aspirado.

En la Plaza de Hidalgo las mujeres adornan las calles con sus vestidos anchos y sombreros emplumados. Pasa por la Casa de Empeño, la joyería y cristalería *La Luna*, *La bagatela* y la sastrería *El espejito*. En *El moro*, compra tostadas Riquelme para Angela, su madre. Las acomodan en un cesto de mimbre y sobre servilletas de encajes.

Encuentra su casa iluminada.

—¡Hijo! -Angela lo abraza, lo besa y, alegre, con una convicción profunda de que la felicidad también requiere de pesares para reconocerla, dice-: ¡Qué difícil fue la mutua ausencia, hijo!

Angela es aún joven. Su piel no tiene arrugas y en sus cabellos castaños no hay canas. Es pequeña, con caderas abundantes, un talle delgado y breve y unos ojos límpidos por donde asoma la firmeza de su carácter.

—¿Hay lugar para un sentimental incorregible? -pregunta Andrés levantándola y dando vueltas por la sala.

Baldomero contempla la escena y, disimuladamente, limpia sus ojos conmovidos. La habitación es amplia y llena de luz. Un comedor de

parota, un espejo, un enorme ramo de rosas rojas y el olor característico de los guisos de Ángela.

\_\_¿De aquí salí hace años? -dice Andrés sorprendido de encontrar todo en el mismo sitio.

\_\_De aquí mismo -contesta Baldomero, golpeando la espalda de su hijo. Añade-: ¿Cómo te sientes?

Andrés entrecierra los ojos. Tiene deseos de decirle, no hay desolación tan profunda como la soledad. Da una vuelta a la mesa, toma una fruta confitada y confieza:

\_\_Feliz de regresar.

Ocupa su sitio en la mesa; a un lado de Ángela y frente a Baldomero, quien desdobra su servilleta anudándosela en el cuello y recomienda:

\_\_No es conveniente que ejerzas aquí, Andrés. Véte a la Capital. O ¿qué te parece San Luis?

\_\_Aquí está mi sitio.

Su padre, serio, dice qué no haríamos por ti, nuestro único hijo. Pero le habla de un futuro poco halagüeño por querer trabajar en Catorce. Eso entraña serias implicaciones. Que se dejara de lances insólitos y pusiera los pies en la tierra: con su ingenuidad estaba demostrando no sospechar hasta dónde podía llegar Sandoval. Que tenía la bendición incondicional del supremo gobierno, que Sandoval no quería otro Secundino en Catorce y no se metiera a redentor porque saldría crucificado. Ya Lorenzo me previno:

\_\_Si te quedas, él no responde -Da un sorbo de café y redunda-: No vayas a darle un dolor de cabeza a tu madre.

Andrés, piensa: «Respetable opinión, pero no puedo detenerme para que ellos estén tranquilos. A lo mejor mi determinación será fatal, pero si retrocedo, me voy a sentir mezquino la vida entera.»

Lentamente ordena sus razones. Las expresa sincero. Desde pequeño, dice, la vida la había pasado entre arrumacos, juegos y alegría. Recordaba a su papá enseñándoles a leer a él y a Angela en el Silabario de San Miguel. Que el dominio de la realidad le llegó más tarde y creyó que hasta el cielo, que sentía tocar estirando un brazo, estaba indignado de ver en Catorce tanta ambición y tantos cascados. A eso, pensaba él, se debía la lluvia o la niebla y ese aire permanentemente encorajinado, eran parte del castigo. Sin embargo, en la Capital, ¡qué ironía!, deseé esta prisión por voluntad propia, pero la quise diferente. Por eso en la Universidad, no hubo nadie más ávido en aprender que él. Y las penurias pasadas, las daba por bien vividas si lograba parar la explotación de los mineros. Suspira:

\_\_Más que por ustedes, regresé por ellos -Empuja el plato, pone los codos sobre la mesa y suplica-: Déjenme ser yo mismo.

Baldomero saca un oloroso puro cubano de una caja de cedro, decorada por dentro y marcada a fuego por fuera. Lo enciende y contra lo que pensaba argumentar, dice:

\_\_Ojalá no vayas a equivocarte.

\_\_Ojalá no, papá.

Se beben dos minutos de silencio. Luego Andrés, comenta:

\_\_Llegó un maestro a Catorce. Lo conocí en el tren.

\_\_¿Y? -pregunta Baldomero.

\_\_Parece de dieciocho o diecinueve años. No debe ser tan joven, su platica me pareció de alguien más cuajado.

\_\_Vino a meterse a la cueva del lobo -Baldomero suspira y cambia el tema-. Pasado mañana será la inauguración del Ferrocarril Catorce-La Providencia. Lorenzo me mandó una esquela por mis dotes de orador. Me invita a decir el discurso -La muestra. Andrés la



revisa detenidamente. Baldomero, comenta-: Los dioses tienes los pies de lana. ¡Me lo pide de favor!

\_\_¿Ya puso tren para su mina? -pregunta sorprendido Andrés.

\_\_Lorenzo se está matando a poquitos -asegura Baldomero.

En la media noche, el empleado del mesón entra a mi cuarto, avienta sobre la mesa el dinero que le había pagado y violento me saca de la cama:

\_\_¡Vístase y váyase, maestro! Aquí no lo quieren -y me empuja a la calle.

En la intemperie, el viento inescrupuloso zangolotea mi cuerpo. Luchó por acomodarme entre el calor de los objetos. El amanecer neblinoso emplomiza la mañana. Aparece el sol abriantando las calles y hombres barriendo con unas escobas largas y anchas. Los mineros transitan con mirada huidiza y cargando al hombro sus herramientas de laboreo.

La vida, aquí, me parece más solemne. Las imponentes colinas áridas que rodean al pueblo producen sensación de magnificencia. O quizá sea, pese al rechazo del mesonero, mi intensa felicidad por imaginarme envejeciendo aquí, haciendo la vida dentro de las cuatro paredes de una aula repleta de alumnos y yo enseñándoles a leer. Eso lo había soñado y, casi sin transición, el sueño está al alcance de mi mano.

El centro de Catorce toma otra dimensión: fastuoso como una fantasía pintada en tamaño natural frente a mis ojos. Señoras peinadas de caireles con vestidos de gró, chaqueta ajustada y faldas amplias, montadas sobre el polizón. Señores con levita cruzada, corta, ribeteada con cinta de seda, camisa con cuello de mariposa, zapatos de charol, bastón y sombrero de copa. Toco el

agujero que mi chaqueta tiene en un codo y me siento torpe, con esa cortedad patética que reclama una brizna de orgullo. A lo lejos, la miseria: mineros viejos, mujeres a medio cubrir, niños harapientos removiendo la basura, buscando que comer, que ponerse...

En Palacio Municipal me recibe el síndico Eduardo Cadena. Ve, insistentemente, mi indumentaria y la valija asida a mi mano. El hombre ostenta seriedad exagerada y corpulento cuerpo vestido de funeral. Disculpa a José María Zamora:

\_\_Anda con el señor Sandoval recibiendo personalidades. Vienen a la inauguración del ferrocarril que llegará hasta la mina de don Lorenzo. Estos asuntos, de suma importancia, no le permitieron presentarle las debidas consideraciones. El edificio destinado para escuela no se ha terminado. Trabajaré en una casa deshabitada, maestro -me da la ubicación por escrito. Yo me encargaría de conseguir alumnos yendo a los domicilios de los barreteros y mostrándoles mi nombramiento. Añade-: Su trabajo será arduo, pero en beneficio de la Patria. Si consigue alumnos, los sábados, aquí recogerá su paga.

\_\_¿Y si no?

\_\_Se anulará su nombramiento -terminante.

\_\_¿Dónde voy a hospedarme?

\_\_Usted buscará dónde.

Por escuela encuentro puertas desvencijadas, balcones, repisas a medio caer y montones de escombros. Sentado sobre la banqueta, reconozco: «No se equivocó ese camposantero, hijo de un demonio. ¡Vaya si va a ser trabajo arduo!»

En el barrio de los mineros, cuevas hechas en los cerros. Las personas duermen resguardándose de la intemperie y oliendo su propios excrementos. Por las veredas, hay borrachos, huérfanos,

prostitutas, locos callejeros, tullidos. Los perros vagan husmeando los muladares llenos de ratas. Me llega la nostalgia del futuro y quiero a todos de discípulos. Empiezo a sentirme parte de Catorce.

En el barrio intermedio viven los operarios y les pido alojamiento. Al mediodía sólo he conseguido cansancio. Siento mi amargura en la Plaza de Hidalgo, cuadrada con bancas de fierro y truenos sombreando las baldosas. Veo, inusitadamente, a una mujer con muchos años gastados y atrás del mostrador de un negocio: *La bagatela*. Me impresiona por la excesiva pintura embadurnándole la cara. Se me antoja un pedazo de vida perdido; empequeñecida por el tiempo, pero firme, capoteándole a la vida. Desaparece el cansancio. Pregunto:

—¿Podría ayudarme? Llegué ayer y no hay quién me asista.

Encuentro una habitación y la plática constante de Daría, la mujer vieja que me saludó desde *La bagatela*. Ella vive con su hermana Justina.

...En el tiempo de Santa Anna, maestro, yo tenía veinte años y apenas iba conocer la vida. Mi adiestramiento a sido largo, pero aún me faltan cosas por ver. Otras, de tanto verlas, se me caen de los ojos. De los hombres, sólo tenía idea de sus manías. Justina aseguraba que a papá, su obsesión por trasladar las montañas a papeles, se las habían refinado. Él era feliz con cuatro cosas: vagar por la sierra; usar sus lápices; la copita de sobremesa después de la cena y rasgar las cuerdas de su guitarra. En ese orden enumeraba sus prioridades, de ¡cuánta felicidad, Dios mío! Después nos miraba largamente y decía, pobrecitas, qué falta les hace una madre. Él anunció nuestro retorno a Catorce y tuve miedo de no acostumbrarme a la gente. La realidad superó mi imaginación.

Al principio, vi a la multitud pasar bajo mi ventana y la sospeché regulando, astutamente, la ocasión para caer sobre su primer víctima, -yo-. Después, tumbada en mi cama, agucé el oído, como si necesitara del ruido de la calle para existir. Entonces, frecuenté casas y me aficioné a otras vidas. Un sábado, con todo el sol de las once, muchas ilusiones rodando por la calle y mi pelo húmedo, apareció un hombre; detuvo su cabalgadura. Desmontó, dijo llamarse Ausencio Anteparazuleta y nuestras miradas quedaron ajenas al transitar de los mineros...

En la habitación de Daría aparecieron imágenes en forma de manos varoniles. Se deslizaban por su cuerpo desnudo, confundiéndola. Se lo dijo a Pascuala:

\_\_No sé desde cuando estoy dentro de esta burbuja, abuela. Pero adentro, traigo todo desorganizado. A usted, posiblemente por su edad, ya se le olvidó, pero baste recordarle que me siento frágil, como a punto de caer de un vahído.

\_\_Se trata de un hombre, Daría.

\_\_¿Qué es el hombre, abuela?

\_\_Complejidad, hija.

\_\_¿Qué hacía Dios antes de formar al hombre?

\_\_Lo estaba imaginando, Daría.

Era verano. Daría sintió como si en una vida anterior hubiera amado a Ausencio y que estaba perdiendo parte de su sobrevivencia. En defensa propia, soltó, desenfrenadamente, su risa. El quiso saber qué la motivó.

\_\_Nada -aclaró-. ¿No es fantástico?

\_\_¿Escucha el viento? -preguntó él.

—Sí, mintió —aquella conjunción de ruidos en su pecho se lo impidió. Pero sintió su infinitud—: Algunas aves mueren sin encontrar su pareja. Eso es cruel ¿No cree, Ausencio?

Justina prefirió tenerlos cerca. Las pisadas, sobre el empedrado, anunciaban a Daría la proximidad de Ausencio. Lo pasaba a la sala, lo sentaba en el sillón de costumbre, cerca de la cortina formada por la flor de la cera y la ipómena azul. Intensificaban la pasión calculando los pasos de Justina: anda regando las camelias, o los rosales o las mosquetas, o los heliotropos o las malva-rosas, o los tulipanes, decían. Los pasos, alejándose hacia las jaulas de los canarios, cenizos, jilgueros o clarines. Luego, pasaba: «¿Un cafecito, Ausencio?» Su mirada atenta, vigilante. Daría, con remordimiento por tener un poco olvidada a Pascuala, fue, ciertamente feliz.

—¿Mañana vamos a la montaña, Daría? —propuso Ausencio.

Sobre un montículo, vieron morir al sol frente a sus ojos. El dijo, aprovechemos la vida mientras somos jóvenes, Daría. Y, sus manos, atinadamente, la desnudaron. Ella se buscó en él; sus dedos inhábiles se convirtieron en expertos, sensibles, acariciadores. Quedó dentro de su respiración y en placentero movimiento descubrió su origen en una estrella: se supo luminosidad que aún no llegaba hasta su sitio. Entonces, dedujo: «Mi imagen es un pasado»:

—Yo no existo, Ausencio —le previno.

Dispuso la bañera y sin encender el quinqué, se metió en ella. Fue rato de ocio. Anduvo vagando en la oscuridad del cielo. El agua escurrió entre sus senos ya convertidos en delincuentes morales, filibusteros del sentimiento o adorno de la mujer —depende del lector—. En esa carencia de luz, pensó: «¿Por qué me pondrían

Daríá? Debí llamarme Eva: conocí el paraíso.» Volvió al frenético idililio y se repitió en las tardes de junio. Otra vez la luz.

\_\_Me siento centelleo. En ocasiones, me supongo fuera de un sueño y necia, me creo importante, abuela -confesó Daríá.

\_\_Es el amor -dijo Pascuala-. Volvimos a nacer en tiempo de seca. No de lluvia sino de sentimientos. Y, aún en este totalitarismo apocalíptico, aparece la semilla. Eso somos, Daríá: semillas. Estamos aquí para repetirnos. Entonces, las pasiones sólo se renuevan.

\_\_Es el maestro, Justina -dijo Daríá.

La casa de Daríá y Justina tiene aspecto de abandono; en las últimas décadas nadie le ha pintado una pared o reparado algún objeto. Hay muebles de bejuco, un piano negro, jarrones de porcelana, tibores chinos, peceras de cristal con surtidor de alabastro y estatuas de bronce. La finca sólo sobrevive: nada o nadie centenario puede estar en completo buen estado. Huele a tiempo; ese aroma inconfundible de las cosas y las personas viejas.

Justina no se sorprende de verme. En el pueblo todos saben todo. Daríá explica el motivo de mi presencia sin haber necesidad. Yo, veo en Justina un gesto de conformidad con una vaga expresión de indiferencia. Me emociona ser un intruso dentro de las paredes de esta casa y una sórdida ilusión: estoy conociendo singularidades de otras vidas. Las mujeres intercambian mirada cómplice. Justina toma mi valija y sale al patio por un pasillo breve y un poco oscuro. Se olvida de mi. Daríá me sienta en la sala. Es extraño oírle sus recuerdos como si yo los conociera. Ella no exhibe inquietudes exteriores; habla con algo de tortura interior considerablemente amaestrada. En Daríá aún hay vestigios de una belleza poco común;

los ojos, de un azul intenso, poseen el efecto tranquilizador de un mar en armonía. No congenian con la forma de pintarse el rostro sin justificación. Parece una niña frágil jugando a ser mujer y dentro de un cuerpo viejo: un prodigio.

...Fascuala murió, maestro y Lorenzo, enloquecido, golpeó su frente contra una pared. La pena de tío Ramón fue más violenta: gritaba, ¡Catorce mató a Fascuala! Y que ella se había ido sin ordenar sus asuntos terrenales por pensar en él! ¿Qué ha hecho esta sierra plagada de enfermedades y codicia? Tan abundantes como los izotales y los sotoles que se dan a la buena de Dios y nadie los puede detener, decía revolviéndose el cabello. Perdió la esperanza. Una pérdida así es irreparable, ¿no cree, maestro? Al doctor Urista le echó en cara la ineficiencia de sus remedios, le dio cinco mil pesos, lo tomó del cuello de la camisa y le ordenó gastarlos en ablaciones, impuestos y limosnas; iba a enterrar a Fascuala a su modo. La vestimos de Virgen María. Se veló en la capilla del Camposanto, repleta de ofrendas florales. Los caballeros de hábito y la nobleza con capas de rayeta negra, la colocaron a un lado del San Francisco y mil velas de a libra nos alumbró la noche como si quemando cera, desordenadamente, se ganara la otra vida.

Al otro día, sujetaron el cadáver de pie en una trajina jalada por caballos. Los canónigos y hermandades colocaron a San Francisco junto a mi abuela que, inexplicablemente, a sus noventa y un años, durmió el sueño eterno de piel joven, como restaurada. Tío Ramón pagó a los empresarios los nueve días de duelo y no abrieron el Palenque, ni la Plaza de Toros, ni *La diosa pagana*. Apenas quedó para apaciguar las contrariedades porque él, maldiciendo a Catorce, al frío, a la peste, a la codicia, le dio un ataque: quedó débil,

estático. El doctor Urista lamentó que no existiera remedio contra las penas del alma y nos previno: «Está ciguado. Ramón, si se cura, no volverá a ser el mismo.»

Pascuala seguía sintiéndose en los corredores y habitaciones aunque ella ya no era de este mundo. Era un manto azul y perfumado. Un día, se sentó encima del baúl donde tía Felicitas guardaba su juventud, se paró sobre las cajas de los sombreros y anduvo jugando con la mecha minera de tío Ramón hasta esfumarse. Quedó su risa sorda, prolongada. Tía Felicitas, la reprendió: «¡Cállese, mujer! -Levantó los hombros, disculpándola-: Pobrecita, no se da cuenta que éste ya no es su sitio.»

Entonces, volví a ver a Ausencio. Él apareció por causas comerciales: Lorenzo había llevado de *La abundancia* víveres y medicinas fiadas para tía Felicitas. Nos encontró sin un centavo y cuando Lorenzo le dijo que Pascuala no quería irse, lo escuchó manoseándose la barba. Dijo que inventar patrañas se lo dejara a los bárbaros huachichiles. Pero tú, Lorenzo, lo reprimió, eres cristiano y bien sabes que los muertos, muertos están.

\_\_Déme trabajo en el mostrador de *La abundancia*. Usted puede, Ausencio; la administra -solicitó Santiago Irizar

\_\_Saca tus pertenencias, a partir de hoy es tuyo el escritorio.

\_\_Por el momento. Después vendrá mi época de oro como administrador.

\_\_Mientras llega, dormirás sobre el mostrador o el suelo. Donde prefieras. ¿Y tú, Lorenzo, cómo piensas pagar?

\_\_Quiero trabajar en una mina.

\_\_Para eso, busca a Sombrío Toscano en *El perdón*.



\_\_¿Se va a casar con Daría, Ausencio? Es la mujer más bonita de Catorce -preguntó Felicitas, sorprendiendo a todos

\_\_Será, pero no tiene una perrona -deslizó su mirada indiferente sobre Daría.

\_\_Entonces, ¿para qué la anduvo enamorando?

\_\_¡Bah! -Ausencio sobó su barbilla.

...Caminé a la luz de los quinqués de los abarrotes, panaderías y demás comercios. El viento sopló violento. Me sentí en la punta de la montaña, colocada en una pequeña plataforma: «Salir de aquí es caer en barrancos y despeñaderos,» pensé.

Nunca quise ahondar en la ausencia de Ausencio, porque cuando el dolor pesa demasiado, maestro, nos destruye. Pero hoy, su presencia me hace pensar en las cosas de vuelta que viví con él; también me hubiera gustado vivirlas de ida.

Usted no está para saberlo, pero en mi cuarto, grité insultos de barretero, arranque mechones de mi cabeza, golpeé las paredes, rompí mi traje y maldecí todo. Anduve con pepitoria de tristeza y sin encontrar mi sitio: Justina se casó con Abel y preferí irme con tío Ramón. Allí, logré que las arcadas del jardín se cubrieron de bugambilias y el pasamanos de la escalera de violetas. A tío, le contaban los sucesos del exterior. Él siempre opinó: «Esto es un muladar.»

\_\_Vamos al pozo por agua.

\_\_¿Va usted, Ramón? -Felicitas se asombró.

\_\_Los tres -ordenó y señaló a Lorenzo y a Santiago.

Ramón ensartó conversaciones con los acarreadores de la leña del camino entre el resuello ocasionado por las pendientes y los malos

colores: Catorce tampoco tenía drenaje. Llenaron las tinajas y atravesando el puente de La Purísima un hombre armado exigió:

—¡Alto! Es un real por pasar las mulas. Es orden del ayuntamiento.

—¡Qué! -gritó él- Ahorita te doy tu real.

El hombre quiso escapar. Ni Lorenzo, ni Santiago ni los carboneros de los alrededores lograron atenuar la paliza que Ramón le propinó al cobrador del peaje, quien, suplicaba ya no, señor.

—¡A mí, ningún militarón, aunque sea extranjero y a mano armada, va a exaccionarme, robarme o similares! -y se rehusó a pagar la multa al ayuntamiento por faltas a la autoridad.

Entró y salió de la cárcel con renovada frecuencia y por el mismo motivo. Un día, Felicitas en un grito, le echó en cara:

—¡Me va a matar de un susto! -Aseguró que ya ni las píldoras Morrison con sus correspondientes polvos temperamentales, le surtían efecto. El doctor Urista recomendó los baños de Comanjilla para restablecerla y sacarla de este endemoniado clima. Ramón se la llevó y Lorenzo corrió por Soledad.

... Entonces conocimos a Soledad, maestro. Era hermosa, la mayor atracción de *La diosa pagana*. Al prostíbulo lo habían retirado de la zona céntrica. Lo modernizaron y le pusieron techo cristalizado: dicen que a las muchachas les volvió la nostalgia por hacer el amor viendo al aire jugar con los álamos. En la puerta de la habitación de Soledad, Lorenzo, anunció: «Alístate, vengo por ti.» Todo el pueblo lo supimos; aquí no sucede nada sin enterarnos. La puerta se abrió, Lorenzo entró y Soledad alejó de su cara el cabello largo,

lacio y la escondió entre las manos, emocionada. El encargado del negocio dijo que no podía irse, porque ese era su lugar...

\_\_No te la pido. Se la pagué a Soberón -dijo Lorenzo.

\_\_No seas tonta, Chole -aconsejó el empleado de *La diosa pagana*- Las mujeres bellas como tú tienen derecho a un mundo deslumbrante.

\_\_Si hay otro mundo, Macario, quiero conocerlo.

\_\_¿Te has visto en el espejo? Estás en tu mejor momento. Unos años más y éste -señaló a Lorenzo-, te va a arrumbar. Ya no eres joven. Recapacita.

\_\_Lo amo, Macario -Suavemente lo empujó afuera del cuarto.

No hubo engaño. Hasta que regrese papá, acordó Lorenzo. A Soledad le bastó ver los libreros, el jardín, las flores, los muebles franceses, el óleo de Pascuala, el perchero, la cocina con fogón de leña, las carpetas de ganchillo sobre las cómodas y experimentó la seguridad de ser feliz: «En ninguna otra parte me he sentido mejor,» se dijo. Amó cada minuto y cada rincón y pronto, a pesar de lo difícil para ella, se desplazó como mujer de hogar. Administró las monedas de Lorenzo y sustituyó las telas de colores escandalosos por decentes. Buscó su redención en los vestidos de cuello y mangas a la *Valois*, de tafetán escocés verde primavera o violeta. Caló sombrero de paja de arroz con una rama de granadas y lilas blancas para hacer las compras en La Plaza del Carbón. ¡Soledad!, pedía Lorenzo al llegar del *Perdón*, dame tal o cual cosa. Ella se dirigía a la estantería, o a la cómoda, o al armario y con absoluta seguridad localizaba lo requerido. No dejó de sentirse amenazada, pero el peligro no era la llegada de Ramón sino Lorenzo. Él, fuera del lecho, se comportaba indiferente. La desventaja la consumió frente al guiso de cocimiento lento y del

piso. Abrillantó los maderos y adivinó los pensamientos de Lorenzo. Él, la sintió abrumadora. Ella, después de practicar con él lo aprendido en *La casa del francés*, se quedaba boca arriba oyéndole la respiración, viendo la oscuridad y sobándose las manos, o hurgándose la nariz o acariciándose cualquier cosa, se preguntaba: «¿Qué sucederá cuándo vuelva don Ramón. ¿Regresará?» Regresó y Datorce perdió la tranquilidad: supo con quien vivía su hijo y puso el grito en el cielo:

\_\_Aquí, no quiero exputas -gritó afuera de la casa y exigió-: No pongo un pie adentro hasta que esa, salga de mi hogar.

\_\_Arregla tus cosas -le ordenó Lorenzo a Soledad.

\_\_¿A dónde me va a llevar?

\_\_A la diosa pagana, ¿no?

\_\_¡Mejor máteme!

\_\_Vamos con Daría y Justina. Mañana te busco a ver dónde te colocó.

...Por eso, maestro, la habitación donde usted va a dormir, la ocupó Soledad durante veinte años. Todo ese tiempo se le olvidó a Lorenzo recogerla...

Justina asoma por la puerta de la cocina y nos ordena, pasen, la cena está servida. Le sonrío porque este día, contra lo que pudiera pensarse, ha sido uno de las más felices de mi vida. Sentados alrededor de una mesita cuadrada, no puedo evitar la pregunta:

\_\_¿Qué pasó después, Daría?

...A Felicitas la enterró tío Ramón en Comanjilla. Nos habíamos acostumbrado a verla siempre quejándose; no la extrañamos. Mi tío,

porque lo sé, se lo cuento, maestro, tomó el vicio de la lectura y pasaba la noche vertiendo borato de sosa a la lámpara de alcohol, gritaba: «¡La rebeldía me esté marchitando el alma!» Estuvo a punto de volver loco a Lorenzo. Levantaba, una tras otra, la taza de café cargado: «El néctar negro de los sueños blancos,» decía. Recitaba poesía y escribía al amanecer. Se empeñó en ser poeta. En la cárcel perfeccionó sus versos y escribió: *Remordimiento del tirano* y *El paladín de la libertad*. Culpó a Santa Anna porque se robó noventa y ocho barras de plata que llevaba la conducta de Catorce a San Luis, se acabó el circulante y algunas minas cerraron. Entonces, declamó sus estrofas en la Plaza del Carbón y decía que no nos dejáramos engañar por los presidentes ladrones. Vestido con chaqueta de indiana, pantalón de piel de tuza, bota fuerte de pico trozado, sombrero de fieltro y corbata roja, prometía, a gritos: *Con mi corbata colorada y mi botín chatito, voy a matar a los patricidas aunque sea poco a poquito...* Ganó fama de liberal y decían que metía baza entre el pueblo con sus ideas anticlericales y antigubernamentales. Un domingo, a la salida de misa de doce, cantó a todo pulmón: *Santa Anna quiere corona/ se la daremos de hojalata/ porque si la quiere de plata/le cuesta la otra pata...*

Desató el descontrol. El pueblo desordenado y sin autoridad: había huido. Los desertores se juntaron y tío Ramón, ¡los capitaneó! Desmontaron a pedradas a los oficiales y provocaron la desbandada de cien infantes. Yo creo, maestro, que se transformó en dos como Catorce: por encima tranquilo, por dentro, hirviendo. Ausencio, pagó escolta de 48 soldados y huyó a Cuba. El padre Flores, en esa época sacerdote de Catorce, salió con la Custodia Parroquial levantada entre las manos y llamó a la paz con apariencia pálida, de nórdico inofensivo. Logró arrancar lágrimas

de obediencia y caminó adelante como personaje bíblico, seguido por transgresores sumisos. Tío Ramón continuó peleando en las orillas del pueblo. En la madrugada, Soledad y yo lo encontramos en una hondonada del Voladero, inconsciente y brutalmente golpeado...

\_\_¿Con cuáles anduviste, Lorenzo?

\_\_Conmigo, papá.

\_\_Lástima. Nunca andaremos en el mismo bando. A lo mejor a los europeos los buscas en la sangre; tu abuelo de allá vino. Pero de mi te acordarás...

...Antonio Valdez llegó a Catorce como interventor de la Aduana, las rentas, el tabaco y todos los ingresos y citó a tío Ramón. Él se negó a efectuar su pago correspondiente: «Ya ni siquiera podemos gozar lo que es de uno,» dijo. Cuando salió de la cárcel, fue directo a la Plaza de los Carboneros, declamó su última producción versificada y al día siguiente apareció envenenado por el rumbo de la Cuesta de Los Catorce. Reventaron un caballo y trajeron de San Luis una bomba exofaguiana que le extrajo el veneno del estómago. En la Capilla del Camposanto, el cuerpo estuvo un día y una noche expuesto. Lo visitaron mineros, comerciantes, artesanos. El grupo *Bohemia literaria*, la *Estudiantina Libertad*, de varones; *La paloma*, de mujeres y conservadores y liberales. Le llamaron: *Apóstol de la poesía*, *Infortunado Soñador*, *Inspirado Vate*, *Gloria de Catorce*... El sepulturero echó la última paletada de tierra y un miembro del grupo *Bohemia literaria*, lo despidió: «Otro sol se hunde.»

Lorenzo no exhibió emoción alguna. Sólo suspiró como aliviado. Yo le sugerí: «Recoge a Soledad.» Dijo que no, que se iba a la sierra a explotar filones y menas. A Santiago, Santos lo había mandado a

Zacatecas a atender *La sauceda*. Al llegar a casa, Lorenzo me preguntó si oía la risa de Pascuala. Yo, sólo escuché el viento, maestro.

El espejo espía al espectador.

Observo más detenidamente la casa de Daría y Justina. En las paredes descarapeladas de mi cuarto hay rastros de tapices. En los muebles, demasiado viejos, queda algo de su hermosura pasada: una mesa rectangular; una silla con bejuco agujerado en el respaldo; un sillón capitonado al que el uso incesante le ha roído el terciopelo negro; un armario de piso a techo con un copete en la parte superior y patas en forma de garras de león y dos inmensas lunas ovaladas que, al momento de vestirme, me dan la impresión de espiarme a mí, el espectador.

Mi habitación no corresponde a la arquitectura original de la casa porque los dos últimos cuartos los construyeron en épocas más recientes. El contiguo al mio está cerrado con un candado grande y mohoso. No pregunto al respecto.

Escucho ruido lejano de caballos y de voces masculinas. No distraen mi pensamiento. Aquí, sentado, reconozco la necesidad de construirme un camino apropiado para avanzar hacia el futuro. No sé por donde empezarlo. ¿Por qué el síndico y los mineros fueron hostiles conmigo? ¿Por qué no tienen interés por mi trabajo? Seguro llegué a Catorce por un error de cálculo de mi tío Rafael. Sin embargo, encuentro fascinante mi decisión de quedarme.

Tocan a mi puerta.

\_\_¿Quién? -pregunto.

\_\_Daría -contesta.

... Lorenzo terminó *La casa de las águilas*, maestro, y citó a Baldomero en la Negociación Minera La Providencia para escriturar.



El Licenciado esperó dos horas. Por motivos desconocidos, quizá porque en esas fechas Lorenzo dormía mal, lo cierto fue su malhumor y Baldomero también excitado. Lo pasaron al despacho. Abruptamente, abrió la carpeta, mojó su canutillo en el tintero y preguntó:

\_\_¿Edad?

Lorenzo vio la lista de preguntas, llamó a un empleado y ordenó, Pásalo con mi secretario, él le dará las respuestas. Baldomero, achicó los ojos y explotó: «¡Nada de eso!» Perdió las maneras adecuadas y lo tachó de engreído, petulante, palurdo y qué ponto se le olvidaron sus afectos del pasado: «¡No te merecí un minuto de tu tiempo,» gritó y golpeó el escritorio. «¡Sáquenlo!» Lorenzo llamó a otros empleados. «¡En tu caserón parecerás burro cerril en palacio!,» gritó Baldomero desde la calle. Lorenzo prometió no volver a dirigirle la palabra. Cambió de opinión cuando lo hicieron víctima de la violencia. Lo salvó no encontrarse en su casa la noche del atentado; había ido a la fiesta de despedida de soltero de Martín Mendizábal. Hablaban de Benito Juárez: le había llegado la hora ineludible de rendir cuentas. Estaban preguntándose si de veras sería angina de pecho o lo habían envenenado -ya estorbaba- cuando llegó un soldado. Iba con chacó de cuero negro y envuelto en barragán amarillo. Nervioso, le avisó a Lorenzo: «Querían matarlo, señor. Custodiábamos su casa y a las dos de la mañana *El zancón* y unos desertores del ejército entraron. Aprehendimos a siete soldados de los veinticinco que eran y los fusilamos en el Camposanto -sosegado, añadió-: El Zancón, no es militar y lo tenemos azorrillado. Usted dirá. Iban a todo galope al lugar donde estaba el prisionero. Lorenzo preguntó:

\_\_¿Quién es *El zancón*? ¿Por qué querría matarme?

\_\_Sabe -contestó el soldado que fue a darle la noticia-, sólo sé que se llama Macedonio Godínez.

Entonces, Lorenzo buscó a Baldomero. «No está,» informó Ángela, lo pasó y lo sentó en un sillón de la sala. Dijo tengo que hacer y en las dos horas de espera, la vio regar el huerto estancado: «La tierra es delgada y la lluvia la deja dura, sin tener cosecha que recoger,» explicó caminando. Atendió los pájaros cantando bajo la neblina, limpió la lámpara de cristal con bombilla tallada y rodeada de prismas y el niño, para encontrarla, se guiaba por el sonido de su enagua al rozar el piso en su continuo peregrinar. Después, se sentó frente a él con la labor de punto de cruz sobre el regazo. Terminó y avisó: «Ya estuvo, ahora sí podemos platicar.» Se embozó en un zorongó de punta para recibir visitas y sacó un purillo delgado. Ángela habló de los nombres y su influencia sobre las personas-: Acaba uno pareciéndosele. Un nombre ordinario, hace a la persona ordinaria. Lo mismo que el extravagante, el cómico o trágico. A mí, no me gusta el mío; de ángel no tengo nada, ni quiero tener. Si pudiera me lo cambiaba.

\_\_Porqué le pusieron al niño Andrés. Es un nombre común, ¿no?

\_\_Sí, lo queremos feliz -dijo.

A Baldomero no le hizo placer la visita. Colgó del perchero el abrigo, el sombrero, la bufanda y soltó un qué quieres, agrio.

\_\_Tus servicios. ¿Hablamos en privado?

Baldomero supo que estaba de por medio *La parreña* y, terminantemente, se rehusó a levantar acusaciones contra Macedonio Godínez. Las voces subieron de volumen: «Tienes que hacerlo, Baldomero, sino te vas a arrepentir!,» sonó estridente, colérico.

En la puerta del despacho apareció Ángela. Erguida, una mano en la cintura y en la otra el purillo, señaló la calle.

—¡Largo! En esta casa nadie zurra el nido!

En las festividades del 21 de junio, día de San Luis Gonzaga. Lorenzo y Santiago fueron a San Luis. El primer día, en *La Lonja*, presentaron la exposición del pintor Santiago Rebull. Frente a *La muerte de Marat*, vieron a Victoria Cholico y a Aurora Darqui. Lorenzo, dándose aire mundano, dijo:

—La espontaneidad del pintor es única.

—¡Igualado, —dijo Victoria y se alejaron aprisa.

Esa noche, visitaron los cafés. Lorenzo, preguntándose: «¿Las mujeres citadinas serán diferentes a las de la sierra?» No las hallaron y el desencanto los llevó a la cervecería y a las carpas con graderías y techos de tejamanil. Terminaron en *La maroma del reloj*, frente a una botella de coñac medio vacía y unas muchachas bailando *can-can*, Santiago, opinó:

—¡Ah Francia. El virus de tu civilización ya nos alcanzó!

Al otro día, en el homenaje póstumo rendido al poeta Manuel Acuña en el noveno aniversario de su muerte, —que atribuyeron a la indecencia del medio y al ateísmo que la enseñanza liberal había difundido—, un poeta declamó el *Nocturno a Rosario* y luego, con una mano en el pecho, aseguró:

—Acuña, murió de amor.

Las vieron. Llevaban vestidos de cuello alto, bordado en el pecho y les avispaba la cintura. Las siguieron. Ellas se introdujeron a una mansión de dos plantas, cúpula de cristal cubriendo el jardín y rodeada de balcones. Aurora era hija de Amado Darqui, dueño de la hacienda Tencasnaqui en la Huasteca Potosina. Y Victoria, una prima

de Matehuala que había ido a las celebraciones. El jueves no hubo manera de verlas. El viernes no despegaron la vista de la casa de las primas. Estaban convencidos; ellas no faltarían al acto programado: *El vértigo de la velocidad*. Veinte minutos antes de las cinco de la tarde aparecieron en la puerta, le sonrieron y algo se comunicaron entre sí al tiempo de abrir las sombrillas. Las faldas cubrieron la acera. En la Alameda y al subirse al tren, ocuparon diferente asiento. El trolebús funcionó. Lorenzo se acomodó al lado de Victoria. Ella no dio pie a la conversación hasta más adelante, cuando uno de los hombres de la parte posterior, gritó:

\_\_¡Ah qué chulo, qué chulo es el ferrocarril!

Creían volar y se sentían felices de ir en la máquina y ver, a través de las ventanillas, la calle; las rosas, las dalias, los sauces perfectamente alineados. Victoria, comentó:

\_\_Bonito, ¿eh?

\_\_Quien no se ha subido a esto, señorita, ignora el vértigo de la velocidad -opinó Lorenzo.

La noche siguiente se vieron en el Teatro La Paz. Ella llegó acompañadas de Amado Darqui y otras personas. Lorenzo, pese a su afición a la música, no puso atención a la obra *Marina*, de Emilio Arrieta, por estarse comiendo a Victoria con la mirada. El domingo en el Baile de Gala, anunció:

\_\_Mañana voy a Matehuala a pedir su mano.

\_\_¡Está loco! No hace ni una semana que lo conozco.

\_\_No importa, Victoria. Está resuelto -dijo.

...Lorenzo instaló un toldo para proteger a Victoria del sol en su recorrido nupcial, maestro. En el templo, decorado con estrellas de oro y al acorde de las 1 200 flautas del órgano, los recibió Su

Ilustrísima, don Pedro Barajas, primer obispo de la Diócesis de Michoacán y Guadalajara. En la fiesta estuvieron el Gobernador, las autoridades y los principales del Real y del Estado. Los centinelas sólo pasaron a las personas decentes. Santiago, pidió: «Los mineros ven la fiesta de afuera. Déjalos pasar.» Lorenzo, sacudió la solapa del frac francés. Vio al reportero del *Porvenir de Catorce* y le avisó a Victoria se preparara para el daguerrotipo...

Le besó el cuello, le abrazó la cintura, le acarició el pelo, le besó la mejilla y Victoria, aterrada. Lorenzo perdió la paciencia y resuelto, desabotonó la blusa. Ella, suplicó, téngame paciencia y no vaya a ser brusco:

\_\_Compréndame. Yo no sé lo que es eso.

Amor de inicio solemne, de aroma desconocido, pero placentero. Lorenzo repitió su nombre sintiendo su temblor satisfecho y la docilidad aternurada en sus ojos de mar. Días novedosos: reuniones sociales donde los hombres jugaban ajedrez; las mujeres hablaban de modas. Luminoso, pero momentáneo: él volvió a los olores fuertes buscando la costumbre amorosa de la sierra. Después, le molestó que Victoria hablara con otros hombres y le prohibió salir de casa. El día que Victoria anunció su primer embarazo, él, determinó:

\_\_Iré por Soledad. Necesitas una criada competente.

Justina abrió la puerta y fue cáustica:

\_\_¿Qué se te perdió, Lorenzo?

\_\_¡Qué te importa! Háblale a Soledad.

Justina lo pasó al salón de visitas. Ella, fuera del pelo semicano, mantenía la tersura del rostro, aunque la piel de los brazos se plegara como si le faltara carne.

\_\_¿Y Daría? -preguntó Lorenzo.

\_\_En *La bagatela* -Justina, indagó-: ¿A qué viniste, Lorenzo?

\_\_Por Soledad.

\_\_Es decisión de Chole. Está en la Iglesia. Espérala

Soledad entró retirándose el velo de la cabeza. Vio a Lorenzo, palideció y preguntó:

\_\_¿Vienes por mí, verdad?

\_\_Sí. Alista tus cosas.

Justina, seria, intervinó:

\_\_A tus años, Soledad, no en cualquier lugar cabes.

Ella, aclaró: «Quiero encontrar el mío.» Exigió el motivo de recogerla con más de veinte años de retardo.

\_\_Victoria va a tener un hijo. Necesito una persona competente.

Soledad puso condiciones:

\_\_En primer lugar, sólo atenderé lo que venga. En segundo, quiero una habitación independiente de tu casa y en tercero, no recibiré órdenes de tu mujer.

\_\_Bueno -aceptó-. Vámonos.

\_\_Cuando termines mi cuarto, ven por mí.

...Soledad se instaló en *La casa de las águilas*, maestro. Vió a Lorenzo hasta el día que Francisco de La Maza llegó a Catorce como apoderado de la Casa: Gregorio, el propietario, lo mandó de España. Coincidió con los dolores de parto de Victoria. Primitivo fue por Urista. Lorenzo y Santiago fueron a recibir a su nuevo competidor: resultó jovial, fanático de los consejos de Irizar y entusiasta por dirigir el negocio.

Soledad recibió a Lorenzo al anochecer. Avisó: «Fue niña. Me la llevo a mi cuarto. Tu mujer necesita reponerse.» él le revisó la

espalda y encontró la herencia de su bisabuela. La llamó Pascuala; le quedó, Lala. A Victoria se le agrietaron los pezones y le sangraban. Soledad la alimentó con leche de cabra rebajada con agua de arroz o de avena. La niña, de pulmones explosivos, le provocaba dolor de cabeza a su madre. En el cuarto, Soledad le hacía muñecas de trapo. Dos años más tarde, el segundo alumbramiento lo presencié Lorenzo: estaba seguro que iba a ser varón y de pies. Fue Mercedes. Para colmo, nació de cabeza y no traía la herencia de su bisabuela. Lorenzo no quiso darle nombre. Su coraje alteró a Victoria; del susto se le secó la leche. Ella escogió el de Mercedes. Por fortuna, Soledad sabía cómo criarla. Victoria, mortificada por la falta del varón, inmediatamente se embarazó. Fue mujer y traía el lunar en la espalda. Le pusieron Ramona, por su abuelo. Mona fue la última: el vientre de Victoria expulsaba los fetos masculinos. Después sufrió siete abortos. Mona no tuvo pretexto para que Victoria no la alimentara. Simplemente, Soledad se la llevó. Hubo necesidad de construirle un cuarto anexo porque las muñecas no cabían. Empezaron las obras de ampliación y Soledad, pidió: «Aprovechando, Lorenzo, enfrente házme una capilla, ¿sí?» No se la negó.

«¡Papá viene de genio, Meche!,» prevenía Mona. Ella, escondiéndose en el cuarto de Soledad, en la luminosidad de su sonrisa, en no le tengas miedo, Meche. El temblor encadenándola al pecho flácido que algún tiempo -lo supo-, latió agitado cuando su papá hurgaba en la entrepierna y en el corazón de Soledad. No volvió a hacerle el amor y sin embargo, Soledad se adueñó de ellas metiéndolas en sus asuntos de cristos, vírgenes, novenarios, santos, mandas, relatos y veladoras olorosas. Las acostumbó a su habitación.

Mercedes no aporreó el piano más de veinte minutos, ni leyó de corrido cinco páginas de cualquier libro. Iniciaba trabajos y al transcurso de los días el afán del principio se transformaba en indiferencia. Quedaban las costuras a medio hacer, guardadas en los arcones, en los armarios o rodando dentro de costureros de mimbre. Amasó el aburrimiento con pinceles. «¿Otro? -gritó Lorenzo encontrándonos en el cuarto de Soledad. Mercedes pintando un óleo y la mañana metiendo un haz de luz entre las cortinas floreadas-: Hay siete sin acabar en el sótano.» «¿Se lo dijo el maestro? -reclamó Mercedes- No ha puesto atención a ninguno. Siempre metido en la mina y mamá, eso no se hace. No preguntes, no pienses, no te ilusiones. No, no, no... ¿No lo ve en mis ojos? Amenme un poquito. Sólo soy una muchacha que no sé para quien vivo y quiero vivir para alguien.» La bofetada le enmarañó la garganta para siempre y sus pinceles le dibujarse un rostro en el espejo de Soledad; grotesca como bufón. «¿Cómo le perdiste el miedo a papá, nana?,» decía. Pobre Meche, no sabe que Lorenzo es como la calabaza: desabrido y entripador.

Soledad, entre fumadas de *carmencitas*, les hace frecuentes recordatorios a las hijas de Lorenzo: «No se ensucien con los placeres del mundo, como me ensució yo, mi madre y mi abuela.» Y le ha llegado un amor lacrimógeno por la vida porque le hace doloroso el recuerdo de la muerte. La suya próxima, cercana, dice. Les cosió muñecas de trapos restirados y facciones hilvanadas: ojos verdes, negros, azules, cafés, zurcidos esmeradamente en aquella inmensidad de chinas poblanas, norteñas, tehuanas, negritas, españolas, holandesas. Matlalcihuatzín, princesa de Tlacopan, llama a su preferida. Dalilas, Cleopatras, Malinches, Antonietas, Isabeles, Carlotas...



...Santiago se casó en San Luis y mandó un carruaje por nosotras, maestro. Le mandamos un recado: *Dispénsanos, jamás saldremos de aquí. Nos da miedo.* Aurora lo cansó desde antes de la boda: Que encárgueme el atuendo nupcial a El Palacio de hierro. Haga la lista de los invitados; nosotros elegiremos lo más escogido, búsquelos alojamiento en el mejor hotel. Lo trajeron atarantado. Pero no era de caballero faltar a su palabra. Ella cambió la rutina de Santiago. Habitaron una casa del Callejón del Duque y exigió muebles nuevos, de importación. Justina, Soledad y yo , le parecimos ordinarias. Santiago dejó de visitarnos: «Qué remedio, con Aurora vivo,» nos dijo. Por eso, de él no sé mucho. Al primer hijo le pusieron Amado. A la segunda, Lucía, como su abuela. Nació cuando Santiago se encargaba de la testamentaría de Santos: Marciala, esposa del marqués de San Marcial, nada quiso de lo de México. Gregorio, que siguió tan aficionado al buen vino como a escribir versos malos, nada quiso de lo de España: se apropió las minas y haciendas de México y mandó a su primo Francisco De la Maza de apoderado general de la Casa, llegó por los días que nos mandaron al padre Agustín...

La murria se domestica.

Cuando Agustín Maldonado llegó a Catorce, pensó, qué suerte, en este lugar remoto mi apostolado será ejemplar. No lo desilusionó la primera impresión: las cuevas dispersas de los alrededores, las calles empedradas subiendo a las faldas del cerro; chuecas, encallejonadas y desembocando en el altiplano. Allí surgían magníficas residencias rodeando la Plaza de Hidalgo con su fuente y la música de los jueves y domingos.

El cura guardó algún dinero, comía bien, ¿qué más deseaba? Llegó con tres cambios de ropa interior, dos vestiduras sacerdotales, su breviario y sus libros teológicos y filosóficos: ellos le darían la Verdad de la Vida para llevarla a las almas a él encomendadas.

Hay sucesos que pueden llamarse avisos y él los tuvo por boca de algunos feligreses y especialmente por Soledad:

—Así son; Lorenzo y Victoria no van a cambiar, padre.

Pero su ingenua tendencia de acercarle al Señor otra oveja descarriada lo motivó a visitar a los Sandoval. Semanas después de un té frente a Victoria y su mirada huidiza, recibió la orden del Ilustrísimo señor don Nicolás Corona y Agraz: *La misa del alba, la oficiará en la capilla de la casa del señor Lorenzo Sandoval, por petición del mismo,* decía el oficio.

Agustín Maldonado despierta pesándole el compromiso que tiene con Victoria. Cruza los brazos por abajo de la nuca y repite, ¡no es posible! Tira las mantas. No para de argüir, a regañadientes: «Prefiero San Francisco, pero aquí no hay otro camino, sólo el que

ordena Lorenzo.» Adopta actitud de náufrago y recorre con la mirada su habitación: escueta, sombría. El mobiliario lo forma la cama de latón, vieja y desvencijada, con la cabecera parecida a los órganos de las iglesias antiguas; el destartalado buró a un lado de la cama; una mesa rectangular que le sirve de comedor y escritorio; una silla tosca y, suspendido en la pared, un cuadro: *La Crucifixión de Jesús*. Trazos burdos y pinceladas torpes que alguien, no recuerda quién se lo regaló años atrás. Se echa agua del aguamanil desportillado y grisáceo. Toma del perchero la sotana. Al ir la abotonando grita: «¡Que se condene el obispo!»

El aire estremece su atuendo fúnebre. En cada paso, choca su enojo contra el empedrado, lleno de musgo y andares de vida que apresó el tiempo. Frente a la casa majestuosa, de puertas y ventanas cerradas y ocho balcones coronados con águilas, acorta el paso: le es familiar.

Alguien lo pasa. Él busca dónde el sol incipiente no le de de lleno. Su piel blanca, de exagerada delgadez, se acartona en su frente y en el círculo de los ojos al hacerle gestos al sol. En la sombra, alisa el pelo. Reconoce: «Hasta los asuntos del Señor deben esperar.» Observa sus dedos largos, perfectos. En Yahualica, siendo niño, le aseguraron que tenía manos de artista. Él quería ser doctor, no como su padre atrás de la yunta siempre. Le pidió permiso para estudiar medicina en Guadalajara. Le contestó: «Te dejo ir, pero de padrecito.» Se fue al Seminario Mayor. «Creía estar destinado a ser algo grande -cavila-, y, ándale, vengo a caer a otro pueblo más alejado de la mano de Dios. Me hubieran dejado en Jalisco. Allá son creyentes, más considerados con uno...»

Las mujeres Sandoval llegan jadeando. Lala, había heredado el arco pronunciado de las cejas de su madre. Mona su porte

distinguido y el color de sus ojos pero la mirada de la joven era vigorosa. Mercedes, según decían, salió igual a su tía Darita.

\_\_ ¡Buenos días, padre! -saluda Victoria.

Agustín levanta un poco la falda de su sotana. A su lado van Victoria, Lala y Mona. Atrás, balanceándose despacio en cada paso y contemplando a través de la espesura vegetal las tapias altas que los rodean, los sigue Mercedes.

\_\_ Hoy, abrevie la misa, padre -Victoria alza el cuello de su abrigo negro.

El sacerdote enrojece y sonríe. Así había sido un día y otro y otro y meses y años... Y Agustín cambia de sitio sus intenciones primeras: «Esas ideas sólo se tienen en la juventud, porque es inconsciente, brutal. ¿Yo pensaba eso? ¡Bah! Todo hubiera sido inútil. Además el tiempo ha transcurrido exageradamente, lento.» Y contrae las espaldas apretando su murria domesticada. Entonces, a los propósitos iniciales del deber absoluto, los apremios cotidianos los convirtieron en nada. La realidad se los desgastó y entró a formar parte del inventario de Lorenzo Sandoval.

Hay una imagen de San Francisco de Asís, otra del Señor de Matehuala y al centro, la mirada compasiva del Sagrado Corazón de Jesús, los abarca. Agustín Maldonado termina el oficio paladeando en su imaginación, el chocolate y el pan de huevo del desayuno que le ofrecerá Victoria.

Victoria sopla la espuma del chocolate, bebe el líquido a grandes sorbos. Grita:

\_\_ ¡Aprisa, niñas!

\_\_ Lo que nos sobra es tiempo, mamá -dice Mona y advierte que no tiene importancia tranquilizarla.

\_\_ Cierto -comenta el sacerdote con una absurda sonrisa cruel.

\_\_¿Le parece?

\_\_Claro, Victoria. Ustedes -Una pausa y mirada contemplativa para las mujeres-, y yo, tenemos la ventaja de preocuparnos sólo por los detalles. No se preocupe, todo estará en orden para mañana.

\_\_¿Ha llegado gente de fuera, padre? -pregunta Mercedes.

\_\_Bastante. Aunque escuché que el Gobernador llegará unos minutos antes del acto.

\_\_¿Fuera de dónde? -pregunta Lala.

\_\_¿De dónde ha de ser? ¡De Catorce, tonta! -contesta Mercedes, burlona.

\_\_Catorce es el qué está fuera del mundo. Lo interesante es que de aquí, fuéramos allá.

\_\_No empiecen... ¿Lo ve, padre? En que momento se les ocurre discutir.

\_\_Un gran momento, Victoria -y entrecierra los ojos con ánimo de meterse en problemas-. Ayer llegó un maestro a Catorce.

\_\_¿Es joven? -pregunta Lala.

\_\_Aún no lo conozco. Pero sé que también regresó Andrés.

\_\_¿Quién?

\_\_El hijo de Baldomero, Mona. No te has de acordar de él; se fue hace cuatro años.

\_\_Aunque se hubiera ido la semana pasada no lo conocería. No sé ver a través de las paredes -Mona hace gesto de aburrimiento.

\_\_Mañana, suspenda la misa -ordena Victoria y se pone impenetrable. Agustín Maldonado tiene buen instinto para darse cuenta que sobra. Da el último trago al chocolate y se despide:

\_\_Nos veremos en la fiesta, padre -dice Victoria secamente. Suena a mandato.

«¡Vieja estúpida! Está podrida en plata y ayuda a la Iglesia con una ridiculez y con ello se cree dueña de Dios. Peor -rectifica-. ¡Se cree dueña de mí! Esa *bruja sin hoguera* atenta contra mi Creador. No le permite ser mi único Amo.» Piensa en la fugacidad de la vida y en el castigo divino que le va a caer encima a Victoria: «No le está deparado ningún cielo.» Llega al curato sin recordar haberse encontrado a alguien. Se reprocha, estás viejo -aun cuando tiene cuarenta y dos años usados- «Dios, ¿cuándo se me quitará esto? Luego dicen que no contesto los saludos. Como si los viera. ¡Bah! » Levanta los hombros, se adentra a la sacristía. Está desierta. Rezonga, fuerte:

\_\_¡Todo para qué!

La imagen de Lorenzo Sandoval en el espejo *Pompadour*: botón de oro del cuello postizo, leontina del ojal del chaleco y levita cruzada de lana sobre el cuerpo. Enrosca hacia arriba las puntas engomadas del bigote entrecano, cala sombrero de media vara y rocía loción en ambas solapas. Toma el bastón de alma de hierro y puño de oro. Espera en el divan *Wateau* a José María Zamora.

\_\_Al maestro lo van asistir sus primas, don Lorenzo -avisa sin preámbulo José María con una sonrisa amable como para demostrar que no tiene miedo.

\_\_¿Qué? -grita Sandoval.

\_\_Me acabo de enterar. Usted dirá qué hacemos, don Lorenzo.

\_\_De manera que no se fue. ¿No me habías dicho que lo tenías resuelto?

\_\_Alerté al síndico, a los soldados, a los mineros. A Próspero, cuando me enteré que estaba en el mesón, le ordené que lo corriera. En ellas no pensé.

\_\_Hubiera sido lo mismo, Chema.

Dentro de la *Victoria*, la mano izquierda del munícipe sobre el pantalón inglés y la derecha no deja de jugar con la manija de la portezuela.

\_\_¿A la estación, don Lorenzo? -pregunta.

\_\_Primero con Teódulo -revisa el reloj prendido a la leontina.

Teódulo Toscano en un despacho de la Negociación Minera El Perdón no se extaraña al verlos. Viate *jaquet* y chaleco tejido a mano. En el perchero cuelga un bastón delgado con cabecita de marfil y un abrigo de doble botonadura.

\_\_¿Están listas las habitaciones de los huéspedes, Teo?

\_\_Personalmente, lo verifiqué, don Lorenzo.

\_\_¿El programa de mañana?

\_\_En orden, señor.

\_\_¿Los periódicos?

\_\_Allí estarán.

\_\_¿Alguna novedad?

\_\_Ninguna.

\_\_Tengo organizada una tertulia con los invitados -Lorenzo, ordena-: Te quiero en el casino a las seis de la tarde.

\_\_Allí estaré, señor.

\_\_Pasando esta mojiganga, Teo, te voy a encargar un asuntito con Daría y Justina. Y no quiero que te vayan a conmovér sus lágrimas -dice desde la puerta.

Andrés despierta excitado: Mona, Mona, Mona... repite incansable dentro del dormir a ratos y a lo ancho de la cama. Huele el perfume de los polvos de cascarilla de huevo que su madre usa en el rostro. Finge dormir.

\_\_Hijo, ¡levántate! Tu papá te espera a almorzar.

No olvida darle cuerda al reloj de dos tapas, panzudo como huevo, lo guarda en el bolsillo del pantalón y echa loción en sus mejillas. Baldomero, lo recibe, bromeándole:

\_\_Hueles a zorrillo.

Ocupa su sitio en la mesa. Angela ordena a la criada, sirva el desayuno y tomando una mano de Andrés, dice:

\_\_Es bueno tenerte en casa.

\_\_Es bueno estar aquí, mamá.

\_\_¿Me acompañas a la notaría, hijo? Es conveniente que te vayas interiorizando. Te voy a turnar casos.

\_\_Quiero recorrer el pueblo, saludar a mis amigos, visitar las tiendas. En fin, ver las novedades -dice Andrés entregado a la contemplación de la carne de chivo en adobo que la criada le sirvió. Su mente está puesta en sus ahorros; los va a invertir para presentarse ante Mona con la facha de abogado rico. Añade-: Y mañana, usted sabe; la fiesta.

\_\_Cierto -aprueba Baldomero-. Muy cierto. Concrétate a escuchar...

\_\_No soy pasivo, papá.

\_\_Nos estamos volviendo demasiado solemnes -Angela ríe con mirada luminosa.

Andrés se acoda sobre la mesa, da el último trago de café, asegura que caminara viendo dónde pone el pie sin descuidarse. Pasa la mano sobre el cabello de Angela y avisa:

\_\_Regreso al rato.

\_\_Cuando pases por la plaza, hijo, me compras un manojito de orégano -solicita Angela.



Andrés camina sin rumbo. Lo ayuda el bastón en las grandes inclinaciones o cuestas difíciles. «Los hombres tenemos diferentes maneras de lograr las cosas y queremos diferentes cosas. Seguro en el escritorio de la notaría hay problemas sin resolver, pero prefiero el aire, hoy más tranquilo y el sol, arriba de mí, me entibiece: me gusta El Real, me gusta estar cerca de Mona. ¿Cuál será la verdadera historia? ¿La de los barreteros? ¿La de Sandoval? ¿La de Ángela? ¿La de Baldomero? ¿La del maestro que conocí ayer? ¡Qué más da! Sólo me interesa no equivocarme en la mía.» Se encuentra frente a *La casa de las águilas*. Reacciona al sonido melodioso de un caramillo y el afilador pasa junto a él, empujando su carro y dándole vueltas al torno y el esmeril. Observa los ocho ventanales con la esperanza de encontrar a Mona en alguno de ellos. Halla a Primitivo, el chófer de Lorenzo Sandoval. Se va a las tiendas a gastar sus ahorros.

Sin apego a las cosas.

Tocan a mi puerta.

\_\_Quién -pregunto

\_\_Justina, maestro -Hasta entonces conozco bien el tono de su voz: ronca. Alarga la palabra perezosa y musicalmente. Entra. Lleva en una mano una muda completa de ropa de hombre y en la otra unos zapatos negros de charol que congenian con el traje. Los deja sobre la cama y sale. ¿De quién es eso tan elegante? A los pocos minutos regresa. Ahora lleva mi ropa usada los días anteriores, pero limpia y planchada.

\_\_Esto no le va a servir en invierno -dice refiriéndose a mis prendas-. Aquí, nieva. La gente viste más abrigadoramente.

Andar lento, erguido, apacible. Emanaba tranquilidad, confianza. Sus ojos brillan inteligentes.

\_\_Tome -me entrega una alhaja-. Véndala y comprese una chaqueta gruesa.

Descontrolado, la rechazo:

\_\_El sábado me pagan.

\_\_No se deje engañar por los sueños, joven.

\_\_¿Cuáles? -voy de sorpresa en sorpresa.

\_\_No le van a pagar. Aquí, sólo hay colegios para los ricos. Lorenzo cree que en los pobres, el estudio es peligroso. ¿Entiende?

\_\_Pero...

\_\_Los papeles no sirven. Hágame caso: cómprese un buen traje -abre una de mis manos y pone sobre ella el prendedor.

\_\_No -lo coloco sobre la mesa-. Les puede hacer falta.

\_\_Quien nunca ha tenido apego a las cosas, nada le hace falta -me mira con ojos brillantes-. Mire, maestro, yo no vivo recordando o lamentando el pasado. Viví lo que tenía que vivir y para mí fue suficiente, pero Daría... Ayúdenos.

\_\_¿Cómo?

\_\_La *bagatela* nos mantiene. Sin embargo, a dos mujeres viejas cualquiera las engaña: los proveedores cada día encarecen más la mercancía y Daría está más alejada de la realidad. Yo, no debo atender el negocio; si mi hermana no tiene quien le cuente lo que sucede en Catorce, se muere. Usted, maestro, nos cayó del cielo.

Justina viste traje negro mucho más elegante que el usado el día anterior, donde por escuchar a Daría no le presté atención. Trae el pelo recogido en chongo y un toque de distinción resbala de sus hombros. Siento una velada advertencia de peligro; algo pretende cambiar mi idea muy clara de la felicidad; alguien quiere manejar mi vida en sentido opuesto a mi vocación. Justina lee mi mente:

\_\_No va a rechazar sus planes, maestro. Simplemente les va a sumar uno más. Hay tiempo para enseñar y para *La bagatela*. ¿Es mucho pedirle?

\_\_Temo descuidar mi propósito.

\_\_Verá que no. Inténtelo.

\_\_Bueno -Tomo la alhaja, la acomodo en su mano-: Esto no puedo aceptarlo.

\_\_Por lo pronto -ordena Justina guardando la joya en la bolsa de su vestido-, nos acompañará a la fiesta. Póngase lo que dejé sobre la cama. Lo ajusté a sus medidas y procure lucir mundano. La gente, como lo verá, lo juzgará. Así es el mundo, maestro.

\_\_¿De dónde sacó esta ropa?

\_\_Era de Teódulo.

Candilejas y luces de bengala.

Lorenzo, ordena a Victoria:

\_\_Bájense, el carro no avanza -Las rodean veinte soldados que le pidió a José María Zamora.

\_\_¡Exagerado! -lo tacha Santiago, viendo a los militares.

\_\_Estamos presenciando el nacimiento de una nueva religión: la técnica -asegura Teódulo, emocionado. Están eufóricos, el vocerío aclama delirante al Gobernador. Santiago, opina:

\_\_A ver cómo llegamos, el pueblo completo está aquí, celebrando tu obra, y la de Teódulo, Lorenzo.

\_\_No se reste mérito, Santiago, usted logró que la Casa Maza aportara fondos -opina Teódulo.

\_\_Lorenzo y tú me convencieron. Para que un mineral prospere, se precisan tres cosas: un hoyo, un minero y un tarugo que ponga el dinero -bromea Irizar: lo que soñó en el Quetzalcoatl se está realizando. Asegura:

\_\_El augurio de Pascuala se cumple, Lorenzo.

\_\_Aún, no. Falta lo más importante.

En la terraza hay candilejas, luces de bengala, en el kiosco de al lado la música, en las mesas los variados platillos. Al centro, las autoridades del ayuntamiento: los seis regidores y los dos alcaldes. Los recibe el síndico Eduardo Cadena:

\_\_¡Ya están aquí! -señala los carros del tren que se para.

El Gobernador baja alabando la comodidad de los *inclinados*. Atrás viene Francisco De la Maza, abraza a Teódulo y aprueba:

\_\_Es un éxito. ¿Cómo se le ocurrió?

\_\_Tuve buen maestro, señor -contesta viendo a Lorenzo.

\_\_Lo hacía en España, Francisco -dice Lorenzo.

\_\_Gregorio me mandó a esto. Salgo el mes próximo.

\_\_Invíteme.

\_\_¿Bromea, Lorenzo? ¡Usted, apartarse de Catorce! ¡Nunca!

Andrés: prendedor de oro en la pechera, gran corbata sílfide, cuello de canónigo, sombrero de fieltro y guantes de paño oscuro. En la festividad, todos se confunden sobre el inmenso tablado. Alrededor, las aclamaciones, el estallido de las cámaras fotográficas y escopetas y el ruido de las campanas echadas al vuelo. Andrés tiene a Mona codo a codo.

\_\_Gracias a Dios y a la paz que disfruta el país...

«Gracias a Dios, pero por tener a Mona a mi lado,» agradece él. La arenga otorga esa paz al general Porfirio Díaz. Enumeran las cualidades de Lorenzo Sandoval y el destacado interés de sus devotos trabajadores: juntos han llevado a cabo otra de las mejoras de trascendental importancia para el mineral.

Mona nota la mirada insistente del joven y sus suspiros. Atiende a las ideas progresistas y de bienestar general ya conocidas que dijo el Gobernador Escontría. Se siente menos tranquila a la hora de los frenéticos aplausos, vivas a la Patria, al general Díaz, al señor Gobernador, a Lorenzo Sandoval y al pueblo de Catorce. Luego de cantar el Himno Nacional, está verdaderamente molesta. Arquea una ceja, se vuelve a él:

\_\_¡Qué me ve! ¿Tengo monos en la cara?

Andrés traga saliva. Cerca del oído de la joven, murmura:

\_\_Veo la gloria.

\_\_Entonces, ahueque el ala; la gloria está en el cielo.

\_\_Y en sus ojos también.

Mona cambia de lugar, termina el acto oficial y anuncian la salida al brindis. Mona aborda el carro delantero adornado con banderas mexicanas y españolas, abrazándose. Andrés anda buscándola y le sale al paso Ángela. Le reclama:

\_\_Ni un segundo nos has acompañado, hijo.

\_\_Cuánto cuesta hallarse entre el gentío, mamá -dice y suben en el tercer carro. A Andrés el trastorno de haber hablado con Mona le dura hasta la Negociación Minera La Providencia donde se servirá el banquete. Ángela nota su inquietud y maliciosa, inquiere:

\_\_¿Se trata de una mujer?

\_\_No. Un negocio, mamá.

\_\_¿Tan pronto? -La mujer ríe y su risa suena a complicidad.

Andrés queda a la derecha de Mona. Alza la copa Santiago Irizar y recuerda a su abuela Pascuala: su carácter firme, sus manos encallecidas levantando ese Real y que el auge que están viviendo era el resultado de sus acertadas intervenciones en la recién fundada Diputación de Minería. Aclara que su tío Ramón Sandoval es un héroe, tanto por sus ideas liberales, como por su poesía rebelde, con la cual no pudo y lo mató y que en Lorenzo Sandoval se resumía la grandeza de su abuela y de su padre. Se dirige a la infatigable consistencia del primo, de su fe inquebrantable en el porvenir de la minería del país, de sus grandes empresas que producían trabajo y vida para el obrero, y de que su hercúlea fuerza de voluntad, generadora del progreso, era reconocida por don Porfirio Díaz. ¡Iría a Catorce invitado por Lorenzo Sandoval!:

\_\_¡Brindo por Lorenzo Sandoval, gran hijo de Catorce!

Aplausos. Lorenzo, inclina el cuerpo hacia adelante y las miradas de los jóvenes se cruzan. Andrés, afirma:

\_\_Su padre.

\_\_Ni que no lo conociera -lo ve burlona.

Baldomero tuvo frases oportunas al felicitar a los hombres de Catorce -los presentes y los ya idos-, por su virilidad, su gran corazón y la energía de su carácter porque las inestimables obras realizadas, eran el resultado conjunto de un hombre y un pueblo. El Licenciado se coloca a la altura de su reputación y los catorceños lo ovacionan. Su hijo, exaltado, toca el hombro de Mona.

\_\_El mío -informa.

\_\_¿El mío, qué? -pregunta, desconcertada.

\_\_Mi padre,

Lo traba su necesidad. A ella la ubican en la mesa de honor.

Andrés ve al maestro en medio de las dos mujeres.

\_\_Es el maestro que mandan de la Capital, Andrés -dice Daría.

\_\_Lo conocí ayer -Andrés sonríe-. Ya supe que está en su casa, Daría.

\_\_¿Ah, sí? -lo saluda Ignacio.

\_\_No pudiste encontrar mejor lugar, Nacho.

\_\_¡Qué elegante está, Andrés! -alaba Justina.

\_\_El momento lo amerita. ¿No cree?

Ignacio Adalid abarca con la mirada el panorama y una interrogante aparece en su rostro:

\_\_¿Qué pasa? Todo me parece magnífico, pero artificioso. Demasiado lujo... ¿Dónde están los mineros?

\_\_Allá -dice Andrés y señala los contornos de Catorce.

Punta de bigote hirsuto.

El día señalado y a la hora exacta, Lorenzo Sandoval, recibe a Porfirio Díaz en *Estación colonia*; iba a apadrinar las bombas compradas en San Francisco California. Llega el General y sus ministros: Romero Rubio, Fernández Leal y González Cosío. Los despiden los músicos militares tocando el Himno Nacional y los minutos, de otro reloj, se van entre el entusiasmo de oficiales francos de la guarnición y el ruido sublime de los disparos de artillería hacen los Honores de Ordenanza al Primer Magistrado de la República.

En Estación Potrero todo Catorce se amontona. Soledad, por la primera y única vez en su vida, comparte con Victoria el vehículo conducido por Primitivo: no se pierde el acontecimiento. Daria y Justina ven, azoradas, los cambios del mundo. Están dispuestos veinte carruajes para ir a *La providencia* y Lorenzo, inflamado de realidades, aborda la *Victoria* de Díaz, quien contempla la línea de fuego formada por cinco mil operarios que encienden mechas mineras para correr a tomar lugar en la procesión y alaba:

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! ¡Maravilloso!

Vivas aturdidoras y hogueras colosales alimentadas con plantas resinosas como faros, coronan las cumbres de los cerros y la noche se transfora en día y Díaz a lado de Sandoval, sujeta su brazo, le acerca su cara olorosa a lavanda y le roza en la mejilla la punta de su bigote blanco, hirsuto, rebelde. Habla de ese momento singular y se lo adjudica a la tenacidad de Lorenzo, quien paladea las palabras de Díaz:



—¡Hermoso! ¡Divino! Además de poseer esto, señor Sandoval, posee usted una hermosa familia.

Y en firmamento antorchas celestiales o globos aerostáticos incendiándose y el estallido de los cohetes, el disparo de los cartuchos de dinamita en las alturas y el eco estrepitoso en los cerros; los repiques de las campanas, las notas del Himno Nacional y el vocerío de la muchedumbre: aclamando delirantes a Díaz y el nombre de Lorenzo Sandoval vibra en la misma frecuencia y corre por una calle Lanzagorta sin término, adornada por hileras de árboles artificiales de cinco metros de altura, formados por tubos revestidos de ramaje natural y configurando doce arcos triunfales, vestidos con flores de pensa de sotol, telas de colores, molduras y relieves de madera. Y Agustín Maldonado enjuga una lágrima, emocionado. Baldomero Secundino restrega las manos sudadas. Lorenzo, guardando ese recuerdo en su mente para que el revolvedero de sus días por venir no se lo suprima, oye a Porfirio Díaz asegurárle, con una mirada beneplácita como diciéndole, sin usted, el mundo no sería el mismo:

—Nunca había visto algo tan bello, señor Sandoval. Esto es increíble; parece un mar de fuego. ¡Es maravilloso! ¡Maravilloso!

Y en los patios de la mina, nuevos músicos tocan el Himno Nacional. La multitud compacta y alegre desengancha los trinos de la *Victoria* para llevar a mano el carruaje de Díaz. Éste, ágil, deja el vehículo y Teódulo da una seña; la muchedumbre abre, ancho sendero y la comitiva pasa entre las aclamaciones, silbidos de las máquinas de la negociación, festones y banderas tricolores. Y luces, faroles de cristal, papel multicolor, líneas de candilejas y los barreteros sostienen, en grupos de tres, astas delgadas de madera con luces de bengala en la punta y los colores nacionales.

En el socavón, frente a la terraza y sobre pilastras de madera, dos estatuas: *La justicia* y *La paz*. Encima, el retrato de Díaz, junto a Lorenzo Sandoval, el gobernador Diez y Francisco De la Maza.

—¡Es increíble! —Lorenzo escucha al general Díaz, en la Cabalgata Histórica, refiriéndose a Victoria y a sus hijas. Afirma:

—Es hombre de suerte, señor Sandoval.

...En Catorce, maestro, sólo se habla de las vías férreas; han producido idolatría por Porfirio Díaz. No se habla de negocios sin traerlo a la plática por desaparecer la inseguridad. Teódulo, lo admira; ya aplicó en *El perdón* la electricidad. Instaló las bombas *Daw*, únicas en el país y alumbró los patios con dinamos, igual que *La providencia*. Los dos son mineros geniales aunque Teo no puede contra Gregorio; saca mucha plata, pero el dueño del *Perdón* se gasta más en España. Por eso, a Teo, los apuros lo han envejecido. Él no se arrepiente; se alegra no haber defraudado a Lorenzo. Él hizo que Francisco le confiara *El perdón*...

Ojo aún bisoño.

Al transcurso de los días, conozco más datos de mis anfitrionas. El tropel de años de Daría es menor que el de Justina, pero menos lúcidos: no está consciente de haberlos vivido y los anda buscando. Justina la reprende: «No está bien para tu edad.»

Daríá entristece. Sin embargo, no deja de secar los huesos de mamey a los rayos del sol, los echa al braceró y ya quemados le sirven para pintarse las cejas. Se tizna los párpados marchitos, se cuelga los collares de bisutería apilados en sus últimos cincuenta años sin provecho y estampa dos rueditas rojas en sus mejillas. Cree que así un hombre la escogerá entre todas, para decirle lo que Ausencio nunca le dijo. Justina la aparta de la faena diaria. A lo mejor, la compadece por no haber tenido hombre. Ella tuvo a Abel. Se le murió pronto, pero alguien le calentó las sábanas entre humores a sudor y vapores de aguardiente: éste se lo llevó dejándole un hijo epiléptico. Por Darita sé que Justina suplicó incansable a Dios se lo recogiera como a su marido. El día que llegó a la Parroquia de San Francisco y lloró la muerte de su niño, no lo recordaba. El tiempo empolva todo, hasta la memoria. Aunque Justina no es mujer de recuerdos.

\_\_¿Cómo era su hijo, Justina? -pregunto.

\_\_Como todos -dice-. Una fantasía.

\_\_¿No guarda algo de él?

\_\_No, nada -sonríe beatíficamente.

Catorce, como pueblo es muy disparejo... para mi ojo aún bisoño. Justina tuvo razón: no hubo alumnos ni paga. El síndico Cadena, me

dijo quitando briznas del traje que Justina adecuó a mi cuerpo y con ganas de atemorizarme:

\_\_No cumplió el trato. La escuela está vacía y usted no tendrá ni para pagar su comida; mucho menos lo que lleva puesto.

\_\_¡Quiero hablar con Zamora! -exigí. Los soldados que estaban en el vestíbulo de la Presidencia sobaron sus armas.

\_\_Ya le dije; está ocupado -y con una cara de qué lástima, recomendó-: Lo siento, maestro. Sin alumnos, tendrá que irse de Catorce.

\_\_¿Puede usted hacerme un favor? -solicité, mansamente.

\_\_Si se puede, ¿por qué no?

\_\_¡Vaya usted y chingue a su madre! -grité y salí de prisa.

No hablé de esto a Justina. Sin embargo, ella me da su opinión al respecto:

\_\_No se atoré en los enredos; donde quiera los hay. Si le cierran una puerta, nosotras le abrimos otra.

Dedico mi tiempo a *La bagatela*. Le encuentro gusto a los números; discuto con los proveedores como ejercitado negociante y aprendo a tratar adecuadamente a la clientela vigilado por el interminable parpadeo de Daría y su conversación.

Me acerco a Andrés. Sus padres me parecen encantadores. Viven en una casa de estilo colonial con hermosos muebles artesanales y un jardín espléndido. Justina me asignó un sueldo y me alcanza para comprarle a la mamá de Andrés un ramo de flores. Los visito. Juegan dominó y me invitan a hacer el cuarteto; me hacen sentir en familia. La señora Secundino, después de un partido me pregunta cómo me siento viviendo con las *muchachas* Sandoval -así lo dice, pese a la sonrisa burlona del señor Secundino.

\_\_De maravilla -me sorprende de decirlo tan vehementemente.

La señora Secundino aviva el calor de la cocina. Yo inicio la conversación:

\_\_Hace frío -digo.

El señor Secundino extiende las piernas y asegura:

\_\_Apenas está empezando.

\_\_¿Hubo tiempos mejores en Catorce? -suelto la pregunta.

\_\_Para los jornaleros no. Les pagan con vales: primero en las tiendas de Casa Maza; ahora en las de Sandoval.

\_\_¿Qué pasó con la Casa Maza?

\_\_Allí está. Quebrando, pero está. Teódulo hace lo posible por sacarla a flote. Eso no le conviene a Lorenzo. *La providencia* debe de ser la primera.

\_\_¿Cómo es Sandoval? -pregunto.

\_\_No quiero hablar de él -Recarga la cabeza en el respaldo del sillón y se arrebujá en su capa. Andrés está nervioso.

\_\_Recorrí el barrio de los mineros -continúo-: No tienen ni donde colgar un calzón.

\_\_¡Ya quisieran el calzón, muchacho!

\_\_¿Ni para eso sacan?

\_\_A los treinta estarán acabados y gastan a manos llenas. Compran a sus mujeres muebles, enseres, lienzos y después de la borrachera, despiertan en la cárcel. Las mujeres regresan los regalos para rescatarlos de la prisión.

Aparece la señora Secundino a avisarnos, la cena está lista. Saboreo la carne de chivo, los frijoles con manteca y tortillas de maíz que me sirvieron. Andrés está silencioso.

Andrés me preocupa. Es una gran persona, pero lo siento confundido. Cuando platicamos sin testigos, sólo habla de Mona. Está obsesionado con ella: le escribe cartas; le hace versos. Ayer

encontró con quien mandárselos: Primitivo. Le dije, es peligroso. Él, en nada ve peligro. Eso, justamente: a Andrés le falta malicia para juzgar los actos de los demás. No mide con anterioridad sus pasos, sé dá cuenta de ellos hasta que va por el camino y siempre cree que es el mejor. No desconfía de nadie. Ya tuvimos una discusión. Me tachó de conformista. No importa. Seguirá siendo mi amigo aunque esté escandalizado de mi ocupación de cuida ancianas y de tendero. Ya habrá oportunidad de ser maestro.

Un mes después de mi llegada, Daría olvida su dolor de piernas. Más adelante no le halla utilidad a los huesos de mamey. Los encuentra una tarde dedicada a hurgar, detenidamente, en el baúl, custodio de sus pertenencias. Están revueltos entre la ropa. Los saca uno a uno, asombrada de encontrar tantos y busca a Justina. Se lo pregunta de prisa:

\_\_¿Y, esto? -agita los huesos en el viento.

\_\_Los guardabas para sembrarlos -contesta Justina.

Sale al patio con los huesos dentro de un lienzo atado. Los deposita en la tierra y entra por un cuchillo para escarbarla. Lo encuentra, pero no sabe para qué lo necesita y los huesos quedan dentro del trapo. Se llena de musgo y se confunde entre la maleza.

Conozco a Teódulo. Calculo que tiene unos cuarenta años muy mal llevados: parece de cincuenta. Daría, como es su costumbre, me presenta, feliz:

\_\_Es el maestro, Teo.

Él no me ve con amabilidad. Comenta que ella se ve muy bien sin afeites. Iba a invitarlas al Teatro Lavín. Él, pasaría por ellas.

...Hace tiempo que Diego Gonzalez Lavín llegó a Catorce, maestro, y levantó revuelo. En las calles, amontonadas de españoles, ingleses

y alemanes, Lavín se adueñó de la diversión; no se habló de otra cosa, sólo de su teatro. Lo hizo moderno, europeo, de tres pisos con columnas y ventanas. ¿Ya lo conoció? Dice Santiago que los antepalcos son de estilo corintio, y el tercero piso, de estilo compuesto. Yo sólo sé de las noches de *La verbena de la paloma* con *Las bodas de Luis Alonso* en *La gran vía* y *Nabucos, Margaritas, Faustos...* En una venida del Ilustrísimo don Nicolás Corona y Agraz, el teatro fue reinaugurado con una fiesta inolvidable: Juventino Rosas tocó su vals *Sobre las olas...*

Aquí se vive lentamente. Los días parecen ser más largos que en la Capital; anda uno rellenando huecos temporales con pláticas de ocasión. Es una enfermedad contagiosa cuyo síntoma predominante es querer saberlo todo y los sucesos de este pueblo varían de persona a persona. Hoy, sin ir más lejos, Daría me sorprende. Estamos en *La bagatela*. Yo atiendo a una señora. Pide varias medidas de articela. En ese momento pasa frente a la tienda el único *fordcito* de Catorce con Lorenzo Sandoval como pasajero. Él posee la virtud de llamar la atención por donde va. La señora de la articela, comenta:

\_\_Ahí va *El parreño*. Se siente en la gloria; ni siquiera la saluda, Daría.

Daría, ante mi estupor, la corrige, violenta:

\_\_No, señora. Ahí va el señor Lorenzo Sandoval. Y no se siente, está en la gloria.

La clienta sale apresuradamente. Yo veo, por primera vez, a Daría disgustada. Tiene el ceño fruncido y no me atrevo a preguntarle nada. Rato después, ella, con la carita arrugada, dice:

\_\_Discúlpeme, maestro. De Lorenzo, yo puedo decir lo que quiera, pero los demás no deben hablar mal del él.

\_\_\_No se preocupe -Ella me ve inquisitiva, como diciéndome qué mal miente. Usted quiere saber más. Y, en efecto, me lo dice:

\_\_\_Después de la visita de Díaz, Lorenzo se siente en los cuernos de la luna. No se da cuenta que el cuarto de Soledad se está llenando de suspiros jóvenes, *La casa de las águilas* de la curiosidad de Victoria, que ya le engrosó la cintura, le abultó los párpados y le alteró los nervios. Lorenzo sigue buscando los amores fáciles a plena luz del pueblo. Lo apodan *El parreño* desde un día que pasó frente a la notaría del Licenciado Secundino con carro y amor nuevo y Baldomero, opinó: «Este cree que todas las mujeres son *parreñas*.»

\_\_\_¿Qué es *Parreño*?

\_\_\_A de ser puto, ¿no, maestro? -y su carita se enrojece.

Otro año. Es invierno, en serio, y en el pueblo sólo se habla de la llegada de un noble español: Alfonso Verástegui. Creo que exageran. Aquí, en *La bagatela* las ventas han subido en exceso, sobre todo en lo referente a telas, encajes y sombreros. A las muchachas ricas, la mirada se les hizo más brillante y los ojos parece que se les agrandaron.

Lorenzo es aficionado a la música. Justina cree que eso le calma su mal carácter y por eso él, asiduamente, acude al Teatro Lavín. Lo veo y nunca repara en mí ni en Andrés.... Ni en nadie. Ya no está interesado en correrros; no nos hace en este mundo. Se le nota un gusto exagerado por las zarzuelas y las óperas.

Pasa algo inusitado: Lorenzo compró un vagón de ferrocarril y ordenó se lo engancharon al ferrocarril Laredo-México. Va a la Capital a comprar un R.C.A. Victor, y tantos discos como le quepan; la suscripción del catálogo para pedidos y dicen que se fue con una felicidad como de niño con juguete nuevo. En su ausencia, Catorce



no es el mismo. Hay más desorden. Cada quien se muestra tal cual,  
sin afán de engaño. Estos días son los mejores en la vida de  
Andrés, él me lo cuenta.

Las pasiones se repiten.

Mona acude a la primera cita de las muchas que Andrés le había solicitado a través de Primitivo: P.D. *La espero mañana a espaldas de la casa de usted, por la calle Morelos a las 3 P. M. Por favor, ¡tenga piedad de mí!* No le mueve la ilusión, pero siguieron incontrolables y decide conocerlo. Lo ve al otro lado de la reja de su casa protegiéndose del frío con un abrigo tres cuartos sobre la chaqueta de paño y cargando nardos. Se halla más corpulento, pero lo reconoce:

\_\_¡Si es el mismo de la inauguración! -divertida, añade-: No me esperaba, ¿verdad?

Andrés, a través de la reja, le entrega las flores, le retiene las manos, la ve a los ojos y le transmite su apasionamiento:

\_\_La he esperado la vida entera -dice.

Mona ve a los lados. Él asegura que a esa hora nadie pasa. «No me apuran los de la calle, sino los de adentro de mi casa,» le contesta sin desaparecérselo el sobresalto. En cinco minutos, él le enumera sus sufrimientos al saberla cerca y a la vez tan distante, tan inaccesible. Así es, le dice, que la ve en todas partes: soñando, despierto, allí, o en cualquier lugar: «Me arrebató la tranquilidad,» lo pronuncia ronco y sin apartar la mirada de los ojos de Mona, confiesa:

\_\_No comprendo cómo me llegó este amor, pero no encuentro cómo quitármelo.

Asegura que ella sabe mucho de él porque las cartas mandadas podían no ser de una amplia conciencia literaria y hasta comunes,

pero dése cuenta que las he escrito con el corazón, dice y vuelve a tomarle su mano. Cálido, asegura:

\_\_Lo que pasa conmigo es perfectamente simple -suspira-. ¡La amo! Enamórese de mí, Mona. No se arrepentirá.

Mona finge mortificación por ser descubiertos. Pretende ocultar su turbación: encuentra a Andrés atractivo y de ánimo más resuelto. Da una esperanza:

\_\_Paciencia. La prisa suele malograr grandes empresas. Usted no corre, ¡vuela!

\_\_Quisiera volar, pero con usted -Hace ademán resuelto y el pelo le cubre la frente-. La esperaré aquí todos los días a esta hora. El día que volemos juntos, el mundo será nuestro.

Mona se encuentra nerviosa, feliz. Escucha las notas de una melodía y apresurada, acuerda:

\_\_No le aseguré si volveré a salir. Ahora sí, ¡vuélele! Despertaron de la siesta; Lala repasa su lección de piano -Corre a adentrarse en la casa.

Alfonso Verástegui llega con levita corta a la francesa, pantalón protocolario *Príncipe de Gales*, cuello de mariposa, corbata de plastón, sombrero de 'cubeta,' bastón, criado y exceso de equipaje. Lala sabe de él a través de las páginas del *Catarro* y le encanta el rostro de ojos claros y frente despejada de la fotografía. Recorta la reseña y suspira, diciendo, cuándo lo conoceré.

Sucede la noche del estreno de la pieza teatral: *Catorce al día*, revista de actualidad, de don José Guerra García. Obra de un acto, en verso y con personajes abstractos: *La opinión*, *La justicia*, *Las mejoras materiales...* Lorenzo organiza la función y marca una entrada costosa para los dueños de minas, comerciantes, políticos y

profesionales, a quiénes nombra contribuyentes de la *Sociedad mutualista catorce*: la visita de Díaz dejó las arcas públicas vacías.

Lo reconoce al entrar al vestíbulo del Teatro Lavín. Alfonso está junto a José María Zamora. El munícipe lo presenta. Él, escucha a Lorenzo hablar de los antecedentes y el propósito de la distracción caritativa, enviándole frecuentes miradas a Mona que distraída revisa los espejos y candiles. A la tercera llamada:

\_\_¿Nos acompaña, señor Verástegui? -propone Lorenzo.

\_\_Encantado -ofrece su brazo a Victoria-: ¿Me permite, señora?

Al finalizar, las aclamaciones de pie y a gritos, señalan el éxito de la obra. José María Zamora tranquiliza la euforia y anuncia que en un mes se exhibirá el aerolito *La descubridora* y su propietario, Lorenzo Sandoval, dará una plática acerca de la lluvia de meteoritos que cayó en la Sierra de Catorce hacía más de cuatro siglos.

Lala se alegra cuando su papá comenta haber saludado al español en el casino. En la fecha establecida, Alfonso le pone atención a Lala desde el vestíbulo del teatro. Alaba el color claro de su vestido y que le favorece maravillosamente. Lorenzo, en el estrado, dice que fueron cinco los meteoritos caídos, sin contar el robado por Bazaine -Se exhibía como joya en el Museo Natural de París-. Señala su forma triangular y que *La descubridora* fue encontrada en la época de la exploración del actual pueblo de Catorce en medio de un espacio sin árboles ni matorrales. Que Buker la usó de pilón para acuñar y Pascuala, su abuela, se la compró. Les recomienda pasar a observarla porque Catorce la perderá: la había regalado a la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.

Lorenzo concluye y las personas distinguidas, encabezadas por Victoria, se acercan a felicitarlo. A la salida, en la puerta del teatro, Verástegui, solicita:

\_\_Me encantaría visitarla, Lala, si usted está de acuerdo.

\_\_Por mí, sí -ve a Lorenzo-. Dígale a papá.

\_\_Allá lo esperamos -dice Sandoval.

Del comedor estilo Enrique II, lo pasan al salón fumador, moderno, a la usanza norteamericana. Va diciendo qué espléndidos muebles, de fineza incuestionable y que a leguas se nota que son de importación. Victoria le ofrece coñac. Alfonso cae en un sillón y demuestra que llega a *La casa de las águilas* para formar parte de la familia.

\_\_¡Qué día! -dice Lorenzo satisfecho, sentado, cómodamente, en un sillón del casino.

\_\_Catorce está en el pínaculo; sólo le queda descender -opina Santiago y da un sorbo a su copa con coñac.

\_\_¿Qué quieres decir con eso? -Lorenzo levanta los hombros.

\_\_Eso -Santiago ve la copa que sostiene a la altura de sus ojos-. Me voy a Cedral. Compré la hacienda El Encanto. Es tranquila; un buen retablo para poner mis años ya quietos. Ruega-: Vámonos, Lorenzo. Esto ya tuvo lo suyo y volverá a la nada de donde Pascuala lo sacó hace más de un siglo.

\_\_¡Nunca! -habla delirante.

\_\_Déja ir a tu mujer y a tus hijas a visitarme, Lorenzo. Sino, el aburrimiento de Aurora me matará -suplica Santiago.

\_\_Primitivo las llevará los miércoles. -acepta, serio.

Francisco mira a Teódulo de manera impertinente, con una observación directa y en el rostro un signo malicioso. Pregunta:

\_\_¿Usted, tampoco se va, verdad, Teo?

\_\_El día que me acomode renuncio y ya -contesta molesto y sumamente cansado.

\_\_¿Piensas hacerlo, Teo? -pregunta Lorenzo.

\_\_¿Por qué no? Algún día recorreré el mundo.

\_\_Entonces, ¿si piensas dejar Catorce! -insiste Lorenzo.

\_\_Al Real no le queda mucha vida -asegura Teódulo.

\_\_Tiene razón. Ya le anuncié a Gregorio mi retiro.

\_\_¿Usted, también, Francisco? -grita Sandoval.

\_\_Ando mal de salud. Iré a Alemania a un chequeo. Regresaré a México, se lo aseguro.

\_\_¿A Catorce?

\_\_No, quiero vivir. ¿Y usted, Lorenzo?

Se le nublan las ideas. Los ve como a desconocidos:

\_\_Me quedo.

\_\_Valórelo, Lorenzo. Dáles oportunidad de vivir a su mujer y a sus hijas: ¡Catorce es el infierno! -aconseja Francisco De la Maza.

En *El encanto*, Néstor Vázquez conoce a Santiago Irizar de años apilados. Él, goza el aire rítmico, el movimiento de las hojas de los árboles de su finca y pasa los días caminando por los corrales. Cada paso muerde su sombra y las nostalgias no le caben en la piel acanalada. Le gusta hilvanar el tiempo al cuidado de sus palomas y las nueve tazas de café saboreadas diario. Dio en balancearse en una mecedora por las madrugadas esperando al primer vendedor. El día que Néstor pasó por ahí, Santiago, preguntó:

\_\_¿Qué vendes?

\_\_Suertes -Mostró sus utensilios de trabajo: una jaula, un pájaro, un tripie y mucho ingenio.

\_\_Te las compro, pásate a tomar un café -propuso Irizar.

\_\_Bueno.

Esa noche, Néstor durmió frente al Encanto: había realizado un buen negocio. Al otro día, Santiago no tuvo necesidad de sacar la mecedora, lo llamó y paciente, memorizó sus aventuras. Después le dieron habitación, alimento y sueldo. De suertero de feria, pasó a ser escuchante de Santiago quien lo calificó de muchacho prudente, servicial: «Sabe escuchar. Es gente de confianza.»

Mercedes conoce a Néstor Vázquez y le encuentra sentido a su existencia. Jugando, compra su suerte: el canario la saca, temblándole en el pico: *Afortunada en cosas del amor*, lee Néstor. Mercedes se imagina en el hueco de sus brazos y las risas de sus hermanas y primos caen a su alrededor sin escucharlas. Goza los olores. Él huele a sudor y campo. El olor no la ata, es una frase:

\_\_Parece sembradío en invierno: olvidada -le murmura Néstor y la idea que tiene Mercedes de la vida, cambia.

Un día, Mercedes, imprudente, se introduce en la vegetación del Encanto y la sorprende un aguacero. Mandan a Néstor a buscarla. Ella lo ve montado en el caballo, la camisa empapada untándosele al torso, llamándola a gritos y la mirada mortificante y los labios apretados. Y ella, entonces sí, dentro de sus brazos. Él, extiende el pecho. Ella conoce la autoridad del cuerpo y se sujeta obediente: pierde la voluntad y queda a merced del amor de Néstor Vázquez.

Los miércoles sucesivos, el temor y la boca sin saliva y los suspiros y sus manos tocándola arriba, abajo... Arriba, abajo. Y besándola, Néstor hace de su cuerpo lo que él quiere. Mercedes invoca al Espíritu Santo para que aparte al espíritu inmundo que le

trae cosas malas a la imaginación. Pero vuelve al cobertizo y a Néstor y a sus manos. Piensa que es el bufón. El bufón dentro de ella, riéndose en su propio espejo. Ella sin conocerlo.



Descuadre en la lente.

Me estaba acostumbrado a esta vida apacible. Hoy llega Teódulo y Justina quita el candado negro y mohoso de la habitación contigua a la mía. A Teódulo, ahora, le calculo sesenta años.

\_\_Me corrieron del *Perdón* -avisa. Pasa delante de Justina y habla como si estuviera solo-. No supliqué, no me humillé. Salí de la Casa Maza más de hombros caídos, más consciente de la respuesta por contrariar a Sandoval, más la amargura a flote, más derrotado, más diluido y descuadrado en el lente de la cámara fotográfica que ha venido tomando la impresión de mi vida. ¿Por qué no llega la muerte a aliviarme? -grita-: ¿Así pagan mi dedicación? ¡Ingratos! Fue cosa de Sandoval.

Después, silencio absoluto por días. Dice Justina que Teo no administró su vida adecuadamente. El hombre, ligero de carnes, parece basto de pasiones. La mayor parte del día y de la noche está sentado, recarga la cabeza en un cojín forrado de tela raída por el ludimiento. No toma en cuenta mi presencia. Yo procuro no inmiscuirme. Siempre he opinado que cada quien haga lo que quiera, siempre y cuando no afecte a terceras personas.

Me acomodo a un lado del sillón de Teódulo con un jarro de café en la mano. Justina y Daría andan en la cocina. Estoy silencioso. De pronto, él, habla:

\_\_Cerraron *El perdón*, ¿lo sabes?

\_\_Sí -digo-. Todo el pueblo habla de eso.

\_\_Gregorio mandó de Inglaterra un director para sustituirme -Teódulo aprieta una mano contra la otra-. Les exigió a los

barreteros pagar la pólvora, casquillos y mechas utilizadas en el laboreo. Según él, sacan poco metal. Quedó vacía. Unos se fueron a *La providencia* y muchos mejor andan restregando lechuguilla: el hambre es el hambre. Ahora sólo queda la mina de Sandoval.

\_\_Escribiré a Porfirio Díaz. Le exigiré que pare esta explotación -digo.

\_\_No lo hagas. Todavía no salimos de la ruina que nos dejó su visita. Nada más estuvo en serenatas y banquetes.

\_\_Entonces, escribiré a *Regeneración, Colmillo Público, Redención, El Paladín, Aurora Democrática, Progreso Latino* y a cuantos más pueda. Llevan a la República la inconformidad. Los conocerán los mineros.

\_\_Sólo que tú o yo se los leamos. No saben.

\_\_¿Estaría dispuesto...?

\_\_¿Solos?

\_\_Andrés trae esa idea.

él, cavila. Yo insisto:

\_\_Júntelos, Teódulo, cualquier hora es buena. La lectura les abrirá nuevos horizontes. Unidos podrán defenderse. Lo dijo Ricardo Flores Magón: *La unión hace la fuerza.*

\_\_¿Quién? -Teódulo achica los ojos.

\_\_Ya sabrá quién -Alzo el jarro con café y le doy un sorbo. Noto un sabor extraño-. ¿Es de garbanzo?

\_\_No -contesta Daría, asomándose por la puerta-. De frijol.

Teódulo abandona el sillón. Está parado a un lado de su ventana viendo la nieve; cubre árboles, llanos y cerros. Yo lo observo desde mi habitación toda la noche.

Teódulo levanta un tejabán de madera en el patio de la casa y junta a los mineros. Al principio, unos cuantos, al cabo de algunos

meses, suman media centena. Andrés les reparte *Regeneración*, que la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano edita en Norteamérica y les habla de la importancia de mantener correspondencia con ella. Expone:

\_\_Necesitamos formar un club para pedir ejemplares.

Están de acuerdo.

\_\_¿Cuál nombre? -pregunta Andrés.

\_\_Unión Minera de Catorce -propongo.

Están de acuerdo.

\_\_Vamos a elegir presidente -dice Secundino.

\_\_Pues usted, ¿no? -dice un minero.

\_\_Ni Nacho ni yo, podemos. No somos mineros, sólo queremos asesorarlos.

\_\_Entonces, Teódulo -propone otro barretero,

Acepta. Le pedirá trabajo a Sandoval para estar en activo.

Levanto el acta. Andrés toma la protesta y recomienda:

\_\_Inviten a los mineros de la República a constituir la Liga Minera de los Estados Unidos Mexicanos. Juntos, reclamen justicia en el pago de su trabajo. Busquen el cambio de hombres en el poder y de procedimientos gubernativos que garanticen su bienestar. ¡Adhieránse al partido Liberal Mexicano! -Levantándose sobre la punta de los pies y jalándose el chaleco, airado, grita-: ¡Por falta de organización, los mexicanos desempeñan los quehaceres más corrientes y en todo y para todo, hasta en su dignidad personal, están postergados!

Aplausos desbordantes.

\_\_¡Adelante, es tiempo de actuar! -anima Andrés.

Dicen sí, ¡adelante!

Teódulo estampa su nombre en el acta. De paso, me susurra:

\_\_Me da gusto haberme metido en esto, muchacho.

A la hora de silbar el aire y de los coloquios nocturno de los grillos, los mineros suben hacia el Camposanto. Apenas se distinguen veredas estrechas, algunas voces como murmullos y sus pasos. Teódulo los recibe. Andrés, llega. Le informo, entusiasmado:

\_\_Hay mineros que no habían asistido.

\_\_Cada día serán más y más. Creo que el patio de la casa ya es insuficiente.

Me coloco al centro de la rueda y parezco alumno de municipalidad. Escondo mi flacura dentro del chaleco oscuro, la chaqueta de paño con pobre botonadura de venturina y la corbata azul de siempre. Muevo mi cabellera rizada y apasionado, hablo de la tragedia mexicana representada, en primer lugar, por la ignorancia. Digo, la culpa no es de ustedes, al fin y al cabo, nadie les ha hablado de cómo se formó la Patria y sólo han visto en este mineral del carajo, miseria alrededor y puros mitotes atizando odios. Menciono la otra historia: las luchas de Hidalgo, Morelos... Mis ademanes se tornan violentos; la voz, grave:

\_\_Aman a sus padres, a sus abuelos porque son sus raíces, su origen. Así es la Historia de México: una herencia. ¡Conózcanla! ¡Amenlo!» -los invito-: Defiéndanse de los malos gobernantes, una masa de canallas a los que sólo les interesa la ambición de riqueza, sin importarles la suerte del país.

Señalo la tragedia encarnada en el alza constante del precio del maíz y, ¡para colmo!, la necesidad de importarlo de Estados Unidos, que lo vende a como quiere. Hablo de la devaluación de mil novecientos siete: dejó reducido al pobre peso a cincuenta centavos de dólar. Me acaricio un botón de venturina y veo a los barreteros recién incorporados; están diseminados por el grupo y tratan de

distraer a los demás. Pausa de alerta. Luego, critico a los científicos: no han resuelto el problema que lleva más de un siglo. Lo demostró el padre Clavijero: la desigualdad se halla en la mala alimentación del pueblo:

\_\_Esas injusticias desaparecerán. El gobierno del general Díaz está creyendo que al sol se le da cuerda para caminar. ¡Reclamen una vida más justa. ¡Abajo los atropellos! ! ¡Prepárense a defender lo suyo!

Entre los barreteros, Isidoro Melendez, minero y conductor de carro de media tonelada, solicita la palabra. Llega al centro y habla:

\_\_No nos importa ni la Patria, ni el dólar, ni el maíz, ni Hidalgo. Sólo queremos jodernos a Sandoval y a su mina -Da la vuelta, ve a los presentes-: ¿A qué esperar? ¡Estamos listos!

La propuesta del barretero levanta un grito: ¡vámonos chingando la mina! Andrés, alza la voz, les recuerda:

\_\_El Real es nuestra tierra y sólo tenemos el metal. ¿Por qué acabárnoslo?

\_\_Está tierra, nomás nos ha dado mierda -grita Isidoro-. Que se hunda, al cabo nada es nuestro.

\_\_¡Carajo! -intervengo-. No se trata de destruir sino de transformar. Además, ¿cómo pueden destruir la mina?

\_\_Uniéndonos a Prisciliano -habla Melendez-, anda juntando para comprar dinamita. ¿Qué hace Sandoval sin *La providencia*?

Contrariado, termino la reunión:

\_\_¡Vámos a esperar! ¡Olvídense de lo otro!

Los mineros se retiran. Pregunto:

\_\_¿Por qué Isidoro?

\_\_Un hijo se le murió de hambre.

\_\_¿Quién es Prisciliano Godínez?

Secundino comenta que Prisciliano nada más baja de la sierra a realizar fechorías y en el juzgado están las acusaciones de los comercios donde ha cometido violencias de costumbre. Que el coronel Santiago Quintero y su guardia, salieron en su persecución regresando una semana después, bien maltratados y ni siquiera lograron verlo: se vuelve ojo de hormiga.

\_\_¿Hay relación entre Prisciliano y los barreteros? -pregunto.

Andrés se quita los guantes, frota las manos y no puede asegurarlo. Sólo recuerda que su padre, bastantes años atrás, lo mencionó como hombre peligroso.

\_\_¿Conoce bien a Isidoro, Teó?

\_\_Sólo de la mina, Nacho. ¿Por qué?

\_\_Es obvio: lo manda Godínez.

\_\_No creo. Prisciliano sólo es bandolero, pero quién sabe -opina Teódulo.

¿Cuál cambio?

Lorenzo Sandoval, sentado frente al *secretaire* de caoba con incrustaciones de oro, desprende una tabla plegadiza unida al mueble por bisagras de oro y busca en los compartimentos la última carta de Santiago. Su primo le hace falta para equilibrarlo cuando le llega la locura del tedio catorceño. Contesta la misiva. Incluye: *P. D. Descarta tus temores; a Catorce le queda mucha vida. La Providencia, va viento en popa. Ojalá tu hijo Amado te anime a abandonar unos días El Encanto y vengas a comprobarlo. Nada nos parecería más maravilloso que tenerlos unos días en casa.* La firma y, en otro papel, escribe: *Discos que recogerá Primitivo en la Estación de Matehuala: dos de Fleta y Mary Garden, uno de Nellie Melba.*

Irá a la mina a cotejar el cargamento del turno y a la hacienda de beneficio en compañía de Verástegui. En el casino y jugando ajedrez, Alfonso le habló de su interés por conocerla y lo invitó.

Verástegui se acomoda dentro del automóvil sorprendido de encontrar, perdido en estas altitudes, un sitio tan próspero y bien organizado: Ayuntamiento, párroco, escuela, comercio y, ¡hasta teatro! Lorenzo lustra su leontina y festivo, habla del Palenque y la Plaza de Toros. Completamente feliz muestra el último progreso: la iluminación de la Plaza de Hidalgo. Le pide observe lo artístico del barandal y la calzada: acordó con el Cabildo prolongarla hasta unir Catorce con la Cuesta de la dificultad y ponerle por nombre Pascuala Díaz de León.

— ¡Extraordinario!

\_\_¿La calzada?

\_\_Me refiero a la arquitectura y riqueza de las casas, don Lorenzo.

\_\_La mayoría son de propietarios y están vacías. A ellos, sólo les basta una segura utilidad para abandonar las minas a la avidez de los operarios. Las trabajan como les conviene -asegura Lorenzo-: Sin la dirección correcta acabarían en fracaso. En algunas el laboreo ya es raquítico, pero los dueños andan divirtiéndose en la Capital o en Europa.

\_\_¿Falta mucho? -pregunta Verástegui.

\_\_Algo. Le gustará el camino.

\_\_El panorama es poco visto.

Lorenzo alaba lo accidentado del terreno llamándolo incomparable, agreste y menciona que los surcos extendidos sobre las colinas laterales se habían iluminado en la visita de Porfirio Díaz. Alfonso ve cavernas. Se asombra:

\_\_¡Están habitadas!

\_\_Cada mina tiene su población. Los barreteros viven en cuevas labradas en las laderas de los cerros o en los paredones de los arroyos, donde se protegen de la intemperie -explica Lorenzo.

\_\_Pensé que...

\_\_A los barreteros se las paga su jornal y ya.

Llegan a un plano reducido. Lorenzo, grita:

\_\_¡Vienen muy despacio!

Un barretero señala al cielo, le echa la culpa al sol por estar nuevecito y así cala más. Los peones los siguen cargando sus herramientas de laboreo. Se parecen al paisaje: árido.

El reguero de hombres ondulan el lomo del hambre y Verástegui recuerda haberlo experimentado. Después aprendió las mil formas de



apaciguarlo. Comenta estar acostumbrado a los rigores de los viajes difíciles y habla de sus andanzas por el mundo: afortunadas. Lorenzo pregunta, sin pestañear, el motivo de su permanencia en el país. Él habla de su ferviente pasión por la Historia de México:

\_\_¡Y aquí estoy!

\_\_¿Planea quedarse?

\_\_Quiero invertir. Voy a necesitar de sus consejos.

\_\_Cuánto quiere invertir.

\_\_No sé el monto exacto. Será cuantioso, se lo aseguro.

\_\_Avíseme. Es importante la cantidad, aquí puede usted hacer grandes negocios. Cuente conmigo.

\_\_Gracias, don Lorenzo.

Inclinación peligrosa. Escuchan las ruedas del carro moviéndose. Verástegui siente a las mulas precipitarse encima de ellos. Llegan al *Nido de águilas*. A la entrada del Túnel de La Providencia. A Alfonso el ahora qué, le sale en suspiro.

\_\_Esperar los preparativos -dice Lorenzo y se aleja.

La luz de las lámparas iluminan las paredes del túnel. Hay altares. Fueron esculpidos en incómodas situaciones y en la época del principio. Los dedicaron a la Santísima Virgen y a San Francisco -Santo Patrono-, buscando su protección dentro de la mina. Los mineros se santiguán delante de las imágenes, encomendándoles su vida. Vislumbran la luz de la salida. Frente a la entrada de la mina, Verástegui, enmudece.

En el socavón hay veinte carros. Los primeros con elegantes plataformas de madera, nueve asientos cada una. Los ocupan Lorenzo, su invitado, y los operarios. El resto, los trabajadores. Sandoval señala la galería subterránea, espaciosa, ventilada, piso plano, limpio, iluminado con luz incandescente. Orgulloso, dice:

\_\_Le presento *La providencia*, mi obra, Alfonso.

\_\_¡Grandiosa! No esperaba encontrar tamaña obra de ingeniería.

Paredes de mampostería, techos de fierro, lámparas eléctricas, canal para sacar al agua de la mina y tubos conductores el aire comprimido para el movimiento de las perforadoras. Penetran en un salón perfectamente iluminado con sólida techumbre de fierro. En un extremo, el tiro con su castillo, en otro, las bombas de desagüe y las calderas. Verástegui confunde la luz eléctrica con el brillo de las piezas metálicas de la maquinaria.

\_\_¡Asombroso! Nunca imaginé que existieran obras de tanto talento -asegura Verástegui.

\_\_¡Llegó Sandoval, Teódulo. Que no tarden en salir! -el minero da el mandato a gritos.

Teódulo físicamente, ha rejuvenecido.

\_\_¡Está loco! -Mueve la cabeza a los lados, forma con sus manos una bocina y ordena-: Acomoden la carga. ¡Dénse prisa. Sandoval ya llegó! -Las palabras se repiten hacia abajo, hacia el hedor, hacia la respiración dificultada.

\_\_Dice el maestro que en la noche, a las diez, se reúnen y les avises a los demás para seguir planeando lo del cambio, Teódulo -El minero hace una pausa, soba su nariz y pensativo reconoce no entender cuál cambio. Las cosas siguen igual: Catorce está enfermo, sin medicina, sin remedio. La gente está cansada. Que a ratos, cuando Prisciliano baja de la sierra, parece agarrar fuerza y entonces asegura que va a voltear al revés y al derecho a Catorce hasta mandar a la chingada a Sandoval. Luego se les muere la ilusión y no es para menos; Lorenzo había mandado traer otro *Ford* de Estados Unidos. La rabia del hombre se intensifica:

\_\_Vinieron de las europas unos cantantes de ópera. Nada más cantaron para él y su familia. ¿Qué se sentirá tener tanto dinero, Teo?

\_\_Si Sandoval sigue así, la va a pitar por la primera vez en su vida y no le hace que nos váyamos al remate -dice y frente al carro de media tonelada que están cargando con plata, imita a Sandoval-: ¡Rápido! ¡Quiero llegar temprano al Real!

Los demás ríen. Teódulo, pregunta:

\_\_¿En que se parece el carro de Sandoval al morral de un minero?

\_\_¿En qué? -contesta Isidoro Meledez.

\_\_Los dos van siempre cargados de gordas.

Se escucha el jolgorio.

Lorenzo, a distancia y vigilando el cargamento, le comenta al español:

\_\_A estos indios hasta las mulas los divierten.

Verástiegui contesta afirmativamente y recuerda sus inicios de hombre mundano. Batalló por falta de dinero. Mayté le solucionó el problema. La mujer, impositiva, dominante, le llevó la buena fortuna. Cómo lo ayudó aconsejándole: «No menosprecies tu apostura; sácale jugo, déjate guiar por mí. No te arrepentirás.»

Mayté lo aleccionó en modales, en el esmero de su guardarropa y lo hizo aparecer como aristócrata salido de revista de moda masculina. Dada la transformación vino el: «A darle papacito, ponle ganas muñeco, con estilo mi rey, con propiedad.» Y llegaron viudas adineradas, mujeres maduritas, esposas insatisfechas que qué bien pagaron su habilidad en la cama y cómo se divirtió recorriendo Europa. Rebasó la edad requerida y sus demandas menudearon. En esa época Mayté se introdujo a la Colonia Mexicana residente en París que estaban gastando lo que les produjo la República, y volvió a

asesorarlo: «Véte a México a vender bien la bragueta. Son unos manirroto, metecos y rastacueros. Véte a México, mi rey; ahí está la plata.» Y en Catorce se convirtió en el invitado más requerido en las tertulias de los ricos. Las mujeres lo asediaban: «¿Dónde pasó el día este español que vino en busca de solaz tranquilidad?»

«¡Qué mujeres tan cursis!, me dan risa -Verástegui limpia el sudor de la frente-. ¡Y sus casas! En cada una está la basura que tira Europa: muñecas de yeso, figuritas de cristal, escupideras, biombos, tibores... Siguen cambiando oro por baratijas. ¡Qué gente infantil! Cualquiera extranjero los embauca. Hasta este viejo, pese a su riqueza y a lo que habrá trabajado para tener esta magnífica mina, ya me lo eché al bolsillo. Está halagado y pregon, bien satisfecho, que un rico español, de extensa cultura, anda enamorando a su Lala. A quien si no. Le puse los ojos a Mona, no quiso. A Meche qué bueno que no; ahora la veo muy panzona. Viéndolo bien, Lala no está mal. Es cuestión de esperar: me caso y a vivir a gusto. A Mayté me la traigo luego...» Se entretiene viendo a los mineros: fustigan a varazos a las mulas.

\_\_¿Por qué el cargamento no sigue hasta Catorce en las mulas, don Lorenzo?

\_\_Por seguridad. Prisciliano y sus bandoleros continuamente asaltan los caminos.

\_\_¿Qué hacen con el metal?

\_\_Una parte se amoneda en San Luis. Otra, a través de Roberto Douglas, en Zacatecas.

Teódulo, grita:

\_\_Apúrate a llenar la nigua, Isidoro.

\_\_¿Cuál?

\_\_¡A qué Isidoro tan pendejo! Pues el furgon de Sandoval.

\_\_¿Por qué *nigua*, Teo?

\_\_Por jodones -asegura Teódulo Toscano y se carcajea porque ha  
reencuentrado su risa.

El cilindro con púas sigue girando.

Soledad abre la puerta. Agustín contempla los corredores rematados en pilares curvos y el interminable pasillo de macetas. Pregunta:

\_\_¿Están en la capilla?

Soledad no contesta. Él, sabe que allí están. Mona, solicita:

\_\_Me confiesa antes de misa, padre?

Victoria vuelve la cara. Tiene el gesto severo:

\_\_¡Ahora! Hazlo mañana.

\_\_Será ahorita, mamá -responde Mona.

Victoria, contrariada, advierte: ¡aprisa!. Agustín en el cubículo, pronuncia lo de rigor:

\_\_¿Cuáles son tus pecados?

\_\_He pecado de pensamiento y obra, padre.

\_\_Explicate, Mona.

\_\_Andrés me besa y siento cosas. En las noches, en mi cuarto, las evoco y las vuelvo a sentir.

\_\_¿Cuál Andrés?

\_\_Secundino, el hijo del licenciado Baldomero.

Agustín se remolinea dentro del espacio. Carraspeo: «A Victoria le va a dar un patatús. Esa mujer es de las vacas que no dan leche y la que dan se pudre.» No desea enfrentar la ira de Lorenzo:

\_\_Una señorita decente, no debe sostener relaciones clandestinas y andar besuqueándose por ahí. Está mal, muy mal. No puedes...

\_\_Es mi novio. Vamos a casarnos -lo interrumpe.

Ataca por donde considera más vulnerable:

\_\_El demonio te está tentando. Refúgiate en la oración cada que te asalte con sus tentáculos de lujuria, pecado. ¿Me entiendes, Mona? Es el demonio.

\_\_Es el amor, padre -murmura Mona.

\_\_¿Qué dijiste?

\_\_Que sí. Que tiene usted razón.

Agustín recala contra Dios por ponerlo en ese trance. «Esta no se cruza de brazos -piensa-. ¿Qué estará tramando?» Le ordena rezar tres Padres Nuestros y tres Ave Marías.

Victoria reprueba lo ideático de Lorenzo: no las deja salir en el pueblo y sin embargo las suelta en *El encanto* a varios kilómetros de El Real. *Iúdica me Deus, iniquo, et discerne causum meam gente non sancta.* Lala goza la sorpresa de su prima Lucía, hija de Santiago y Aurora, cuando le platique lo de Verástegui: ¡le pidió matrimonio! Pronto se establecerá el compromiso. «Se va a poner verde de la envidia -calcula-. A ella, tan feita, ni las moscas se le paran. En cambio yo, ¡pesqué lo mejor! ¡Ay mi Alfonso! Tan guapo, tan educado y, ¡todo para mí!» *Emitte luces tuam et veritatem tuam.* Mercedes quiere evitar los bostezos: «A qué hora terminará.» *Mise sertur vestri omnipotens Deus.* Mona, casi al pie de las gradas del altar, decide: «Será mi último viaje. El plan no puede fallarme.» *Ite, missa est.*

Santiago Irizar descubre a Mercedes y a Néstor de mirada soñadora. No admitiría el quebradero de cabeza de un amor desequilibrado y menos bajo su techo. La sospecha lo tiene sin sueño. ¿Cómo sostenerle a Lorenzo una suspicacia basada en miradas, gestos, actitudes? Espera a Néstor.

\_\_Ya estuvo, don Chago -Llega Néstor cargando las tinas con el alimento de las palomas.

Santiago, directo, exige:

\_\_¿Qué diablos se traen Mercedes y tú? ¿Se entienden?

\_\_Cómo cree don Chago, ya ni la amuela.

\_\_¡Mucho cuidado, Néstor! -previene y pregunta-: ¿Llegaron las Sandoval?

\_\_No, don Chago.

\_\_Ojalá viniera Lorenzo. Nunca quiere dejar *La providencia*. ¿Conoces la mina, Néstor?

\_\_No, don Chago.

\_\_Sólo le reprocho esa rigidez que emplea con sus hijas.

\_\_Si, don Chago.

\_\_No las dejó pisar el colegio del padre Silvestre De la Cuadra, atendido por un personal de mucha experiencia y literatura. Prefirió traerles maestros de la Capital. Están tan solas...

\_\_Y tan tristes, don Chago.

Néstor, dentro del cubículo alambrado, lanza una paloma al viento. Irizar desea imitarlo. «Cuidado, don Chago. A sus años, una caída lo mata,» previene Néstor. Lo inmoviliza el pánico. Le gusta sentirse lúcido dentro de la pasividad de su cuerpo chambón, pero no inválido. Afirma:

\_\_En el campo me siento verdaderamente millonario. Ahora sí me puedo morir a gusto.

Néstor va a opinar que nadie puede morirse a gusto. Se calla. De seguirle la conversación no acabarían y mientras tanto, en Aurora se están formando las recriminaciones. Se las suelta enfrente de la visita. «Luego no te ordené que te lo trajeras a tiempo, mamarracho de porra -le grita-. Si vas a seguirle el juego a este viejo mal



educado, ahora mismo te vas y me encargo de que no vuelves a poner un pie en esta casa.» Avisa:

\_\_Doña Aurorita le manda recordar lo de la medicina, don Chago y que no se tarde.

Encuentra a las primas en la sala. Ocupa el sillón y Victoria le entrega la carta que le manda Lorenzo. Alaba su semblante.

\_\_La muerte es díscola conmigo, Victoria, ¡ni un coqueteo!

\_\_Si la quiere encontrar, váyase a El Real, por allá nos anda rondando, Santiago.

\_\_Ya llegó -dice, cabizbajo-: Sálganse, se establecen en cualquier parte y ya.

\_\_Lorenzo no quiere.

Aurora comenta el próximo viaje de Amado a San Antonio Texas. Y a ver si a su hijo no lo pesca una gringa, dice.

\_\_Buen muchacho. La mujer que se case con él, se sacará la lotería -opina Victoria.

\_\_Djalá sea una de tus hijas, Vicky. Al fin el parentesco es lejano.

\_\_Que no las oiga Lorenzo -opina Santiago-. Sólo Verástegui le gusta para yerno. A propósito, ¿dónde andan las muchachas?

\_\_En la huerta, recogiendo nueces.

\_\_Alfonso, me ha pedido que nos casemos, Lucía.

\_\_Cómo le hiciste, chula -retira el pelo de su cara.

\_\_Ya ves... Ni trabajo me costó pescarlo.

\_\_Está por verse, chula. Del plato a la boca se cae la sopa.

\_\_¿De qué mueren los quemados? ¡De puro ardor!

\_\_¡Ay, cómo serás, Lala!

El viento no mueve las hojas de los árboles regadas en el suelo. Y la alfombra crujiente entorpece los pasos. A Mercedes le aprieta el corsé; no la deja respirar. Camina al estanque cercano. En la orilla, apoya las manos en el regazo y piensa que llegando a casa, volverá a agrandar su prenda íntima. «No deseo estar sentada aquí. Quiero estar con Néstor y sus manos sientan el movimiento de nuestro hijo formándose. Dónde compararte Néstor, si fuera de ti, no he conocido otro hombre que me hable de amor. Lo que he hecho me tiene atormentada, con un miedo terrible, ¡papá me va a matar cuando se entere! ¿Lo hará? Nada me importa nada. Ojalá me muriera y no darles este dolor. Ay, Néstor.»

Lo ve venir. Avanza erguido y en la mirada dos carbones ardiendo. A Mercedes la aprehende la angustia. Lo acusa, interiormente, de haberle roto la obligación de ser buena para ser aceptada. Néstor, mirándola a los ojos, suplica:

\_\_Vámonos, Mercedes. Si me quiere, sígame. Tengo para pagarle el Registro Civil y la Iglesia. Después, Dios dirá.

Baja la mirada.

\_\_Míreme, Mercedes.

No se atreve.

\_\_No me quite lo que viene. La quiero de verdad. Los necesito. Sígame.

\_\_No puedo, Néstor. Tengo miedo, no lo puedo evitar -Y ve la espalda de él alejándose.

De regreso, en el automóvil y entre brincos, Victoria, habla:

\_\_Has estado muy callada, Mona.

\_\_Estos saltos me dan dolor de estómago y una punzada en la cabeza. Lo sabe y se empeña en que venga. Prefiero quedarme.

\_\_Si comieras bien, no padecieras tanto -Victoria se dirige a Mercedes-: ¿De qué hablaste con el mozo de tu tío? ¡Contéstame!

\_\_Nada importante, mamá -titubeo-. Néstor habló del campo, de los animales.

\_\_¡Qué no se vuelva a repetir!

\_\_Sí, mamá.

\_\_¡Primitivo, detente! Quiero vomitar -Mona se provoca el vómito y se tira al suelo convulsionándose-: ¡Me muero, mamá! Me muero.

Revolqueo babeante. Tratan de asirla de las piernas y de los brazos. Victoria grita, ¡Jesús, María y José! y vuelve la cara a cada extremo del monte buscando ayuda en aquella soledad. La idea de verse sin la proximidad de Lorenzo y que quizá... Le pone en la boca el alarido y en el cuerpo la agitación.

\_\_Córrale, Primitivo, vaya a ver a quién encuentra.

El chófer, azorado, dice a quién, patrona, si aquello está desierto. Le dan lástima las mujeres que elevaban plegarias con los dedos cruzados y prefiere deslizarse al asiento del vehículo.

\_\_Me muero, mamá, me muero.

Mona es la única cuerda en medio de la exaltación. «Buen síntoma: están aterradas.» Tiene repentinas sacudidas. Las mujeres, llorosas, le suplican: ¿Qué tienes? ¿Dónde te duele? Vamos, reacciona. Mona calcula que de no estar tan cansada, le hubiera gustado seguir divirtiéndose. El cuerpo le duele; se agita sin control. La introducen al carro y la acomodan sobre las piernas de su madre y de Mercedes.

El doctor Urista diagnostica anemia. Receta elixir paregórico inglés, láudano, agua de mostaza. Una buena friega de alcohol alcanforado, unguento del soldado y:

\_\_Nada de viajes, reposo y vasta alimentación.

La despierta el dolor hormiguénadole el cuerpo. Desenreda la queja sobre la cama Luis XIV.

\_\_¿Quién anda por ahí? -pregunta Mona.

\_\_Yo. -Mercedes le quita el pelo de la cara y acaricia su frente-. Estás muy débil, duérmete. Aquí me quedaré.

La sorprende el semblante de Mercedes. «Parece más enferma que yo y, sin embargo, va cuidar mi sueño. Sufre. ¡Es tan callada! Sé cuando finge. Ahora su preocupación es verdadera. ¿Qué amargura ocultará? ¿Será también una pena de amor?,» piensa.

\_\_¿Dormirás en el diván, Meche?

\_\_Podrías necesitarme. Nos trajiste de cabeza. Nunca vi a papá tan angustiado. A ti si te quiere.

\_\_¿Deveras? -Trata de incorporarse. No pudo desprender la cabeza del almohadón envuelto en un forro ribeteado de encaje que tiene al centro, en fino entredós, el monograma de los Sandoval: un águila. Un poco de luna entra por la ventana y la mirada le quedó a la altura de niñas aristócratas balanceándose en columpio con el cabello al viento y encerradas en la pintura de la pared. Cierra los ojos y afirma-: Si tu hubieras enfermado, Meche, se mortificaría igual.

\_\_No es cierto, Mona. Lo sabes bien.

Extraño silencio: en esa casa se ocupa el ruido para mantenerla en orden. Mona se incorpora; ha dormido demasiado. Acomoda los cojines y está trezándose el pelo cuando Victoria, aparece:

\_\_¡Qué enferma tan dormilona! -Abre la ventana del balcón y comenta-: Tu papá quiere verte.

\_\_¿No se ha ido?

\_\_No quiso.

Mercedes trae una bandeja entre las manos. Anuncia que ella cuidará a Mona. Victoria confiesa, aliviada, que sus palabras son un bálsamo. La tensión de las últimas horas la tiene con los nervios de punta. Se queja de insoportable dolor de cabeza y avisa:

\_\_Le diré a tu papá que ya despertaste.

Su estado todavía es penoso, pero le sonríe a su padre. Se queja y las lágrimas a propósito, aparecen. Lorenzo, a su lado, exige se cuide, coma bien, duerma mejor y no ande sacando esos sustos:

\_\_Iremos a San Luis a consultar un eminente médico que, según tengo noticia, lo acertado de sus diagnósticos están haciendo época.

\_\_No es para tanto, papá -dice Mona.

Despierta habiéndose apaciguado el atardecer. Mercedes le repite el ritual de los remedios, apaga la lámpara, camina hacia el hueco de la ventana, y triste, comenta:

\_\_Se ocultó el sol, Mona. Así, parecemos enterradas.

\_\_Ven a la la cama, Meche.

Mona, promete:

\_\_Un día, te voy a confiar un secreto, Meche.

\_\_Yo también -Mercedes da la espalda.

Mona deja su lecho de enferma sin abandonar la habitación. El lunes, después de la cena, se planea la salida de ese miércoles. Su padre, rezonga, cómo están pensando irse a Cedral dejándola a ella todavía delicada.

\_\_No es justo robarles la única diversión -asegura Mona, acalorada-. Estoy bien.

El martes, en misa, aparece.

\_\_No debiste venir, aún estás convaleciente.

\_\_Sé hasta dónde darme una desvalagadita, mamá.

En el desayuno, Mercedes, determina:

\_\_Regreso a mi habitación.

¿Irán o no a Cedral? Mona con el sentimiento desordenado, cita a Andrés: por la calle Morelos, la puerta de la habitación de Soledad tendrá el cerrojo corrido. La espere a que su familia salga. Las mujeres a Cedral; su padre a la mina. *Mañana será el día más feliz de nuestras vidas; inventaremos el amor*, le escribe, le da el recado a Primitivo y busca a Soledad. La trata de *Viejita chula* y presta atención a sus recuerdos jóvenes.

\_\_¿Qué quieres? -pregunta Soledad.

\_\_Mañana, temprano, Andrés vendrá aquí, a tu cuarto. Ayúdame, yo llegaré más tarde -suplica.

\_\_Sólo por que se trata de un Secundino. Pero te advierto, si le veo mala intención, lo corro, Mona -Añade-: Arreglame; no tardan en llegar las muchachas. Las traerá el maestro. Pobres, están más acabadas que yo. ¿Verdad?

\_\_¡Claro! -Le quita el bastón, la sienta en un banco y la baña con agua de flor de naranjo. Le cura las úlceras de las piernas con agua de carabañas y Soledad, plácidamente, confiesa:

\_\_Gracias por consentirme el cuerpo, Mona.

A la hora de la siesta, Mona canta y exclama, ¡ay vida no te me vayas!, que apenas la iba a conocer. «¡Ya cállate! ¿Qué mosca te picó, Mona?,» grita Lala del dormitorio. En su cuarto le da cuerda a una cajita de música y gira el cilindro con púas. Oye canciones en francés.

Durante la cena, Lorenzo ordena:

\_\_Veo mejor a Mona, Victoria, pero mañana no la lledes a Cedral. No vaya a tener una recaída.

## Tarjetas de presentación.

Llevo a Daría y a Justina a saludar a Soledad. Naturalmente, las visitas son frecuentes y mentiría si digo que aburridas. Estás mujeres no dejan de sorprenderme. Soledad es formal y de opinión breve aunque repetitiva. Tiene ideas maniáticas sobre su apariencia física y en un movimiento constante se acomoda algún adorno de su cabello blanco: horquilla o peineta. Daría, en cambio, habla sin parar y ríe de todo. En Justina es donde se encuentra equilibrio.

A Soledad le gusta mencionar sus objetos: una alfombra que tiene desde su época en *La diosa pagana*; unas carpetas que se trajo de la casa de Pascuala y un jarrón chino de cuando vivió con Daría y Justina. En su cuarto hay una verdadera colección de muñecas de trapo de un maravilloso colorido. De sus pertenencias, dice:

\_\_Son mis tarjetas de presentación.

En lo que respecta a comida, ninguna es melindrosa si los bocadillos que les llevo son queso fresco con galletas de sal o pan de agua. También les agrada una copa de vermouth y, más tarde, café con leche y pan de dulce. Los días de visita, cerramos *La bagatela* temprano y es curioso cómo nos excita. Lo comentamos. Al principio, lo confieso, yo iba con la ilusión de conocer a las hijas de Sandoval: la gente habla de ellas como si fueran puro misterio. Es lo que menos tienen, si acaso, un poco cohibidas al principio. Yo las ponía nerviosas. Posiblemente nuestra juventud podría congeniar y así fue, pero sólo en el aspecto amistoso. Aunque Mercedes, más de una noche me quitó el sueño. Se trata de una persona sensible e

inspira un sentimiento como de protegerla. Sin embargo, yo había tomado la determinación de seguir perteneciéndome. Mona, efectivamente era hermosa y ¡oh, sorpresa!, inteligente. Lala fue pocas ocasiones a saludar a las tías. Por consiguiente no puedo hablar de ella, salvo un día que me preguntó:

\_\_¿Cómo es la Capital?

\_\_No la conocí bien. Estuve internado.

\_\_Lástima -dijo y suspiró.

Yo, fui muy perseguido por las mujeres jóvenes de Catorce. No creo que por mi galanura, sino por la escasez de «hombres bien,» como dicen. En ese aspecto, mi vida amorosa se limita a mis visitas a *La diosa pagana*, donde, seguido, encuentro a Teódulo. Ambos fingimos no vernos.

Teódulo, últimamente, ha estado nervioso. En las noches lo veo dar vueltas de la cocina a la sala y a su habitación, sobándose la barbilla o pellizcándose una ceja. Estamos en primavera, pienso, una visita al prostíbulo lo soluciona. Le pregunto:

\_\_¿Se siente mal?

\_\_Nada de importancia -asegura.

Yo, lo observo. Luego, se acomoda frente a mí y dice:

\_\_Sandoval nos juntó en la explanada de la mina y rodeado de veinte soldados nos anunció la rebaja del diez por ciento a nuestro salario.

\_\_¿Rebaja? ¿Por qué?

\_\_Va a estrenar tranvía especial para cruzar el Túnel de Ogarrío.

\_\_¿Y eso qué?

él, sumamente enojado, grita:

\_\_¡Se lo previne! ¡No haga eso Sandoval, lo va a lamentar!



\_\_¿Y?

\_\_Desapareció el orden. A la sorpresa de vernos rodeados por militares dispuestos y bien armados, respondimos y corrió la sangre. Tiroteos al viento y los árbitros de la autoridad y de la fuerza, instalaron la calma. Sandoval, ajeno a la consternación, se retiró custodiado por el escuadrón y diciendo que iba a solicitarle más hombres al supremo gobierno -Excesivamente serio, añade-: En el Real todavía no sucede nada a no ser que busque a Isidoro...

Conozco a Isidoro de vista. El minero se ha hecho asiduo asistente a nuestras reuniones nocturnas y siempre insiste en dinamitar *la providencia*. Veo impenetrable a Teódulo y opto:

\_\_Voy a caminar un rato.

Siento desconfianza. ¿Qué está planeando Teódulo? ¿Por qué los mineros no nos han platicado a Andrés y a mí lo sucedido en la mina, si aquí se sabe todo? ¿Por qué tengo la sensación de que en los ojos de Teódulo no hay cordura? Algo me oculta. Con ese sentimiento regreso. Encuentro a Daría y Justina jugando cartas, totalmente absortas.

\_\_¿Y, Teódulo? -pregunto.

\_\_Fue a casa de Isidoro. Que iban con un tal Prisciliano -contesta Daría.

Nada de Teódulo. No aparece en varios días. Daría enferma. Una mañana dijo se sentía flojerosa y no se levantó de la cama. Después, las calenturas tan altas la hacen delirar y el sudor, abundante, empapa su lecho. Cuando llego de *La bagatela* tengo frases de consuelo para ella, le acaricio el pelo y le digo que no se oponga a mis deseos de verla aliviada y oírle su plática. Yo aparento serenidad. Ella me mira quieta, da vueltas por la cama, se

medio incorpora y unas lágrimas, lentamente, bajan de sus mejillas al pecho cubierto por un camisón de franela. No puedo dormir con el pendiente de que algo suceda en la habitación de Daría. Justina me anuncia:

\_\_Está con los estertores.

Siento un impulso muy fuerte de llorar y me contengo oyéndole la respiración agitada. Daría despierta sin ningún signo lamentable: sonriente habla como si continuará una conversación trunca.

Regreso del negocio, Justina, opina:

\_\_Se resiste a dejar este mundo. Todo el día anda hurgando en su baúl. Me confunde con Pascuala, me llama mamá, arrastra una cobija sucia y deshilachada por toda la casa y en la tarde, le suplicó a David que bajara de la montaña, que se iba a caer...

\_\_¿Qué David?

\_\_Nuestro padre, maestro. Se cayó del *Nido de águilas* y murió. No tarda en venir por ella. Es la muerte que se anuncia.

Con la mala salud de Daría y el ajetreo de *La bagatela*, me desentiendo de los mineros y justo, cuando vamos a tener una sesión con ellos, llega Teódulo. Lo veo en la mañana muy temprano. Está en la cocina, recién bañado y friendo unos huevos. Me ve sin detener sus ojos en mi persona y, a manera de saludo, dice:

\_\_Llegué hambriento.

\_\_Daría está enferma.

\_\_Lo sé.

Él habla sin preocupación y se dedica a comer como si en días no lo hubiera hecho. No menciona nada relacionado con su ausencia. Me siento solo y, a esa hora salgo a caminar. El pueblo está despertando y de pronto lo veo totalmente alejado de mí y río a carcajadas: ¿Dónde está mi sitio? Me estremece una verdad. Quiero

borrar, desaparecer el sufrimiento humano y no puedo con el mío propio: la posibilidad de que Daría muera me preocupa más que la vida del pueblo completo... Mi verdad.

Andrés asiste a la reunión dispuesto a contener la inconformidad:

\_\_La culpa es de Frisciliano. Les aseguré que someterán a Sandoval acabándole la mina. Al fin, ¿quién es él sin ella? Sin *La providencia*, se echarán a llorar la vida entera. Ojalá lo entiendan, Nacho -me dice al llegar.

Los mineros, sorprendidos del incontrolable nerviosismo de Andrés, sienten el brillo de su mirada. Viene la realidad. Andrés, de pie, se dirige a ellos. Los llama amigos, con el chaleco desabotonado. Les dice que un mañana inminente le espera a este México, hasta entonces monopolizado por un ayer anquilosante. Que el general Díaz, en su momento de mayor gloria, está solo y de espaldas a un país que desconoce y no puede entender. Un país lleno de injusticias, de riqueza mal distribuida y leyes manejadas a su antojo; protegiendo al rico y al necesitado le niega el derecho de ser hombre. Que su sueño legítimo de aspirar a una vida mejor lo lograrán pero que destruyendo la mina, terminarían con el sostén de Catorce. Recomienda:

\_\_No coman ansias. ¡Esperen!

Teódulo, ante mi sorpresa, interviene:

\_\_No queremos esperar -Dirigiéndose a los demás, los anima:- Vamos pitándole la mina a Sandoval.

Los mineros hablan a un tiempo. Andrés, extrañado, pide:

\_\_Calma. No es *La providencia* lo que debemos destruir. Es el país al que debemos transformar...

\_\_¿Qué país? -interviene un barretero- Si nomás conocemos El Real y esto no es vida para nadie.

\_\_A Sandoval se le obligará...

\_\_¿Quién? -pregunta Teódulo.

\_\_El nuevo gobierno.

\_\_Déjanos, Andrés. Queremos darnos ese gustito.

\_\_¿Qué ganarán, Teo?; de ahí viven. Esperen...

\_\_¿A que nuestros hijos se mueran de hambre y sentir el dolor aquí -Isidoro Melendez todavía le anda suspirando al hijo malogrado. Se golpea el pecho. Por sus mejillas surcadas corren gotas panzonas de dolor. Continúa-: Lo acordamos, Prisciliano fue a San Luis a comprar dinamita.

\_\_¡Qué! Sin la mina, Catorce se hundirá. ¡Entiéndanlo!

\_\_¡No vamos a esperar más! -decide Teódulo.

La impaciencia se abre. La convicción de Andrés y mía se reduce a una mera ilusión. No sabemos reducir el peligro.

\_\_No le encontró sentido a estar ahí. Aspiro a algo trascendente. Ellos están obsecados. ¿Qué vamos a hacer, Nacho?

\_\_Quitarles la venda de los ojos. Si se puede...

\_\_Dios, ayúdanos a contener a esta gente antes de que sus emociones los lleven a la muerte -ruega Andrés los cincuenta pasos que nos separan de la casa. Justina sale con un jarro de café caliente.

\_\_¿Qué pasa? -pregunta- Oí mucho ruido.

\_\_Se unen a Godínez -digo todavía atontado-. Nosotros los despertamos -Me asalta un enorme deseo de llorar.

\_\_¿Y Teódulo? -pregunta Justina.

\_\_Lo convencieron. Van a destruir la mina.

\_\_¡No es posible! -grita alarmada.

Estoy sudando y a la vez tiemblo de frío. Camino alrededor del bracero, remuevo los tizones: producen lluvia centellante. La

observo y percibo demasiado claro el peligro: de los treinta mil habitantes que tenía Catorce cuando llegué, queda la tercera parte. Las minas cerraron por causas diferentes. Porque las nuevas técnicas en el laboreo hicieron incosteable la explotación por los métodos tradicionales, o porque el agua derramada sobre los socavones, o porque la nueva metalúrgica de Matehuala desplazó a la de Catorce, o porque algunos dueños de minas, convertidos en millonarios, prefirieron volver a sus lugares de origen, o porque ciertas minas se emborrascaron, o por lo que haya sido, la única que trabaja en forma es *La providencia*, también sostén del comercio. Veo caer las cenizas en polvadera. Si acaban con la mina, después... ¿qué?

\_\_Mañana te espero, Nacho -Andrés abotona el gabán y pregunta en la puerta-: ¿Cómo sigue Daría?

\_\_Muriéndose -contesta Justina.

Al día siguiente, la señora Secundino me llama desconsiderado:

\_\_Andrés se pasas las noches contigo, y a las diez de la mañana no hay poder humano capaz de levantarlo. Nunca llegó tan tarde como anoche, maestro -me dice.

\_\_Daría se muere -le informo.

Angela compadece a Daría, desnuda la cama para arearla. Le cambia el semblante y asegura: ¡Pobre Darita; con tantos años encima! Tal vez había nacido por los años de la inicial opulencia de Catorce. Y la Mano Divina, que se halla en todas partes, ahora los pone a los dos en agonía:

\_\_A ver quién se muere primero -dice.

Estamos saliendo y Andrés no se escapa del encargó de su madre:

\_\_En *El Templo del comercio*, me compras diez varas de estribilla para hacerme unas enaguas.

En el comercio, propiedad de Roberto Mendizábal, encontramos al municipal escoltando a Verástegui en extremo acicalado, con sombrero de copa, expresión de éxtasis y apenas alza la voz en su discusión con el dueño del *Templo del comercio*, quien manotea al aire. Andrés y yo revisamos artículos en los anaqueles y la curiosidad nos tiente; inclinamos las cabezas saludándonos. Veo al comerciante ponerse rojo al tiempo de descargar un puñetazo sobre el mostrador:

\_\_Ese no fue el convenio, Alfonso -Grita, desaforado.

\_\_Se le explicó, Roberto -intervine José María-. Está por llegar el propio del señor Verástegui. Cumplirá su compromiso, es hombre de palabra.

\_\_Los hechos son los hechos. -Mendizábal enrojece más-. El plazo vence hoy. ¡Ni un día más! ¿Entendido?

\_\_Espéreme. -Alfonso, palidece-. Será cuestión de días.

\_\_¡Ni uno más! Le advierto, no me obligue a ir con Baldomero -El comerciante muestra un papel y conviene-. La única manera de detenerme es su firma.

\_\_Es un ilícito. La cantidad es el doble.

\_\_Usted no se meta, Chema. El asunto es entre el señor y yo. Que él decida.

\_\_¿A qué plazo? -dice Verástegui.

\_\_Un mes.

Alfonso firma el documento. Andrés pide la escamilla, paga. Salimos y me pregunta:

\_\_¿Cuál será la historia de Verástegui?

En la Plaza de Hidalgo hay parejas, pastores de las cercanías guiando ovejas al aprisco y algunos barreteros con la botella de mezcal en la mano; olvidando su descenso al centro de la tierra, a

la oscuridad, a la falta de aire respirable. La pasividad de esa mañana soleada, la rompe un compositor solitario. Canta al ritmo de su guitarra que el Mineral de Catorce es digno de compasión.

*Al pasar por el Potrero,  
me preguntas donde vas  
voy buscando trabajo  
a la mina de Sandoval...*

\_\_Si Prisciliano gana -dice Andrés-, ni en *la providencia* encontrarán trabajo. No sé qué me pasa. Me siento como un insecto que tiran al vacío sin alas. Creí estar convencido y no convencí a nadie. Hay cosas que están más allá de mi alcance.

Justina nos recibe. Le quita el bulto con la escamilla a Andrés, lo depositó sobre la mesa. Luego, discreta, va a la habitación contigua y nos escucha. Rehuímos abordar el tema. Comentamos lo que vimos en *El templo del comercio* y la ceguera de Sandoval. En eso, las campanas de la iglesia tocaron el *Angelus*. Empezamos.

\_\_Anduve pulsando el peligro, Andrés -informo-. Prisciliano se puso a las órdenes del doctor Rafael Cepeda, en el mineral de San Pedro. Allí ya corrió la sangre. Inició la revuelta con doscientos hombres y están sacando una sarta de préstamos de las negociaciones. Cepeda anima cabecillas ofreciéndoles rangos militares. Seguro, Prisciliano regresa, mínimo, de coronel.

\_\_No me hagas reír, Nacho. ¡Es ridículo!

\_\_Rié cuanto quieras, al fin, nos queda mucho tiempo para llorar -golpeo la mesa-: ¿Cómo pudimos apendejarnos? ¡Teódulo nos utilizó!.

\_\_Dirás Prisciliano, Nacho.

\_\_Los dos -aseguro.

\_\_¿Pero, qué quieren? -Andrés camina alrededor de la mesa. Continúa-: ¡A Godínez nadie puede tomarlo en serio!

Le digo que antes de llegar por él, camino a *La bagatela* encontré a Isidoro, venía del expendio de alcohol y llevaba muchos tragos entre pecho y espalda. Subimos a La Cuesta de los Catorce, en una de las sinuosidades de la montaña, en la hondanada baja, lo acompañé en el trago y le hablé de resignación; con eso no iba a revivir a su hijo. «¡Quiá! ¡No, señor! -me había dicho Melendez- No ando en la beberecua porque el muchacho se me fue. Ora es de puritito gusto. Prisciliano nos va a repartir lo de Sandoval y no volveré a acordarme ni de *La providencia*, ni de Catorce.» Lo dejé sin prestar atención a sus apremios de borracho ni a sus súplicas: «Ándele, maestro, no me desaire,» me gritó.

\_\_¿A cuántos mineros convencerían con ese cuento, Andrés?

Entra Justina llevando un periódico amarillento en las manos. Me pide que lea una noticia fechada veintitrés años atrás: A Macedonio Godínez lo encontraron culpable del secuestro, por una nonadilla, del padre Vicario de Matehuala; la extorsión a Saúl Baranda y el asesinato del mozo del padre Dávila. Fue sentenciado a muerte y puesto en capilla en una pieza del juzgado. En confesión, juró ser inocente. A las cinco de la mañana lo llevaron a la Plazuela de la Matanza de Huerta, custodiado por cien soldados del Segundo Batallón. A las cinco y media, antes de ser fusilado, preguntó en un grito colérico: «¿Cuánto pagaste, Lorenzo Sandoval?» Macedonio le dejó a Micaela su viudez de amor y seis huérfanos.

\_\_¿Quiere decir que...?

\_\_Les queda poco tiempo -Entra Teódulo. Avisa-; Godínez aprovechará las festividades de San Francisco para colar a su gente entre los visitantes.



\_\_¿Por qué se unió a Prisciliano, Teo? -pregunta Andrés, colérico.

\_\_En definitiva, a ese Flores Magón no lo conozco, ni jamás ese señor ha venido a darse un paseo por el Real. Entonces, ¿cómo ayudará? Con Prisciliano, sé a qué atenerme.

\_\_No puedes estar en contra de Lorenzo -habla Justina.

\_\_¿Por qué, no? -Teódulo sale y Justina arrastra los pies. Nos deja solos.

\_\_Tres meses tal vez sean suficientes para evitar el hundimiento. Tienes una solución, Andrés. Díla -pido.

\_\_Entrevistarnos con Prisciliano.

\_\_¿Has hablado con él?

\_\_Nunca.

\_\_No sueñes, Andrés. Godínez jamás dará la cara, no lo veremos aquí hasta el cuatro de octubre.

\_\_Iremos a buscarlo a San Pedro.

Basta observarlo. La aventura de ir a San Pedro, además de peligrosa, sale sobrando, pero resultará vano alegarle a Andrés la inutilidad del viaje. Lo conozco: necesita de las comprobaciones. Me detengo a un lado de la ventana. El sol brillanta el piso. Veo a los ojos de Andrés y, acuerdo:

\_\_Bueno -Me disculpo porque Daría me está llamando.

*Moderato, allegretto, allegro, prestissimo...*

A *La casa de las águilas* llega un papelito de lino. Verástegui solicita una entrevista: quiere tratar un asunto relacionado con la dicha futura de la señorita Pascuala y él. Intuyen el motivo de tanta formalidad y Victoria, previene:

\_\_Necesitamos hacer preparativos especiales.

Exige el alquiler del ferrocarril y sale a la Capital a contratar la buena mesa de la *Maison Doreé*, el auxilio de dos cocineras, dos meseros, un afinador de pianos, un arpista y la ayuda de un decorador de florería; iba a regresar cargada de crisantemos. Antes de partir, ordena limpiar cubiertos, el servicio y los candelabros de oro y que saquen los manteles españoles. Toma las medidas anatómicas de sus hijas, le exige a Mercedes una dieta y se va soñando en la cena del martes próximo: será inolvidable.

Verástegui se presenta acompañado de José María Zamora y de Roberto Mendizábal. No parece que esa mañana hubieran discutido en *El templo del comercio*. El municipal, refiriéndose a los crisantemos, la llama su flor preferida:

\_\_Cuando muera, sobre mi tumba los siembran. La tupen. Que no quede un espacio sin lucir este amarillo vivo como un rayo de sol.

Mercedes y Mona, sentadas en un sillón forrado de terciopelo rojo, se muestran indiferentes. Lala con traje de noche, rosa pálido, de amplio escote y bordado en pedrería, deja entrever la abundancia del contenido. Alfonso, piensa, no está mal y goza la expectativa de cómo será hacerle el amor a esta palomita

atolondrada. Lo conmueve un poco el rubor en las mejillas y la forma de bajar el rostro al saludo: «¡Estás bellísima, mi cielo!» Se acomoda a su lado, aprisiona una de sus manos y la aprieta. Nunca había empleado esos términos ni esa actitud de enamorado. En el ánimo de Lala quedan atrás sus noches en vela pensando: ¿Cuánto me querrá, Alfonso?

Victoria llama a los empleados que trajo de la *Maison Doreé* -En esa época es para la ciudad de México, lo que *Del Monico's* en Nueva York y *Lhardy* en Madrid-. Y ponen a la disposición de la visita los vinos: Madere, Haut S. Steph, champán y coñac. José María, se queja: «El siglo inició dominado por la violencia.» Lorenzo ve un prisma sucio del candil y cansado de la exageración de Zamora, cambia el tema. Habla del infame clima de los últimos días.

\_\_El arpista no resistió el frío y se halla con un catarro incontrolable -avisa Victoria.

\_\_Escuchemos discos -propone Lorenzo. Dice que la *gramola* la compró en la Capital y anteriormente a ella tuvo un zonófono; no se comparaba con su *R.C.A. Victor* actual. Acciona la manivela y las voces de sus cantantes favoritos se oyen. Le solicita a Verástegui ayuda en el movimiento de la manija.

\_\_Este vicio no causa estragos al organismo -comenta Lorenzo y pide atención para las tesituras de la voces extraordinarias.

\_\_Le encuentro otra cualidad admirable -asegura, Verástegui, pensando que el estrago es en el bolsillo.

\_\_¿Cuánto le cuesta cada disco, Lorenzo? -interroga Mendizábal, después de algunas copas vacías.

\_\_Cuatro dólares.

\_\_¡Una verdadera fortuna! Cómo una persona que canta lejos, podemos escucharla tan sólo moviendo la manija -Reflexivo, añade-: Llego a pensar que es cosa de brujería.

\_\_¡Ah qué Roberto! -Verástegui, ríe- Todo tiene explicación. Habrá oportunidad de demostrárselo.

Mercedes y Mona bostezan. ¿A qué habría ido Alfonso? Victoria inclina a su derecha las plumas azules prendidas al peinado y con una mirada dura, ordena a la servidumbre prepararse.

\_\_Caballeros, ¿pasamos a cenar?

Los invitados dicen sí, señora, cómo no. Victoria designa los lugares en la mesa de proporciones exageradas. Los candelabros brillan y la anfitriona ordena sirvan el *potage*. Hay un aire denso, incómodo. Llegan los filetes de venado con puré de castañas y continúa el silencio. En el postre: *Glace au chocolat*, lo anuncia Victoria y José María, habla:

\_\_A petición del señor Verástegui, le ruego considere el deseo de nuestro amigo de desposar a la señorita Pascuala, don Lorenzo -respira fuerte.

El municipe disculpa al pretendiente por no presentar familiares. Dadas las condiciones especiales por las que atraviesa, pide comprensión. Dice:

\_\_El señor Mendizábal tiene la palabra.

El comerciante, afina la garganta:

\_\_Usted sabe, don Lorenzo. El aspecto financiero es importante. Me consta, el señor Verástegui es persona de amplia solvencia económica. Si acepta, la señorita Pascuala hará un buen matrimonio.

\_\_Amo a Lala -habla el novio.

\_\_Bien, Lala. ¿Tú, qué dices?

\_\_Que sí, papá.

\_\_¿Para cuándo?

\_\_El veinticinco de agosto, don Lorenzo -El novio enciende su pipa.

\_\_¡Faltan cuatro semanas! -protesta Victoria.

Alfonso menciona esa fecha como significativa porque sus padres, si aún vivieran, festejarían el treinta y cinco aniversario matrimonial. Lala, calcula: «Soy superior a Meche y Mona. ¡Conoceré el mundo! Por favor, papá, di sí.»

\_\_Mañana salen a México a comprar lo necesario -ordena Lorenzo.

Angela, desde su cuarto, pese al sigilo de Andrés para irse, lo siente y se pregunta qué mujer lo hace madrugar los miércoles.

Atrás de *La casa de las águilas*, Andrés atisba la calle, empuja la puerta y sorprendido ve a Mona. Siempre había esperado, en compañía de Soledad, hasta después de la salida familiar a Cedral.

Está sola, sentada encima de un baúl y a un lado del buró donde la luz de una veladora aviva el castaño de su cabello. Queda aprehendido en el espacio habitable por ellos donde sólo caben muñecas de trapo, fotografías de santos en las paredes, repisas con veladoras y una cómoda exhibe el caracol gigante que Mona le trajo a Soledad de Mazatlán para que conociera el mar. Él va a conocer el amor y camina apremiante. Los cuerpos se reconocen. Ella desabrocha la intolerable sensación de calor, la camisa cae sobre el piso y al apretarse las caderas en un impulso rotundo, la entrada vigorosa produce: *moderato, allegretto, allegro, prestissimo, moderato, adagio, presto...* La música danza, galopa. Mona, ligera, volando sin alas, comparte el goce de su pasajero y deja un reguero de espuma. Los compases bajan, suben...

\_\_Te buscaron, Mona -habla Soledad, molesta-. Las mandé a la calle; dije que te vi salir. No cumpliste; tardaste demasiado.

Mona rodea sus hombros, la tranquiliza:

\_\_Andrés no volverá a tu cuarto, nana -Cambia el tema-. Anoche vino Verástegui. Mona se casa en un mes, ¿qué te parece?

\_\_Ese Verástegui, es como tu papá: entripador.

Mona cruza el vestíbulo. Al pie de la escalera, Victoria, grita: «¿Dónde andabas?» Recorre el espacio, acusándola de insolente. Nombra a ¡Jesús, María y José! y les pregunta por qué esa criatura paga así sus desvelos. La toma del brazo, amenaza: «¡Cuándo tu padre sepa que no nos fuimos por tu culpa!

\_\_Se hubieran ido. No pienso acompañarlas -Sube la escalinata- Si papá desea hablar conmigo, le dicen donde me encuentro. ¿Quieren?

Lorenzo no amedrenta a Mona con azotar la puerta de la recámara. Ella lo mira sin variar su desafío. Ningún elemento fuera de lugar: rostro tranquilo, vestido blanco, de cuello alto y el encaje como olas en la falda zurcida. Lo recibe:

\_\_¿Viene por lo de la ida a México, verdad?

Exacto, dice su padre con las piernas separadas, la respiración rota y el rostro distorsionándosele. Grita quién se creía que era, allí mandaba él y se hacía lo que él ordenaba. Sus manoteos, a punto de alcanzarla. La mirada de Mona lo sigue por la habitación.

\_\_¡No voy a tolerarte ningún capricho...!

\_\_No quiero ir. Usted no puede obligarme.

Lorenzo, entonces sí, la levanta en vilo de la mecedora y le descarga dos bofetadas tachándola de haber perdido la razón.

\_\_Esta mañana la perdí completamente. Siempre la pierdo en brazos de Andrés Secundino, papá.

Lorenzo se da cuenta, dentro de su excitación, que la tiene agarrada por el cuello y a punto de cortarle el suspiro. La suelta. Ella recupera el aliento y, a los pies de él, termina la noticia:

\_\_Soy su mujer.

Queda bajo la ira de Lorenzo y el calor de la sangre mojándole el cuerpo. Espera que las piernas de él se fatiguen y su boca se canse de gritarle: ¡Putá!

\_\_¡Mañana vas a la Capital! ¿Oíste? -sale pisando fuerte.

El sol lo sorprende despierto. Mete los pies en las pantuflas y frente a la habitación de Mona. Exige: ¡ábreme! La puerta cede. Mona está desfigurada por los golpes.

Victoria se va a México sólo con Lala y Meche.

Esa tarde, Lorenzo revisa cerrojos de ventanas y puertas: nadie entró ni salió en su casa. Goza el olor a yerbabuena y se va pisando su propia sombra a lo largo y ancho del jardín: «¡No es posible!», repite cuando al cielo le han salido estrellas. Ve cercana la hora de poner a Mona en su sitio y prefiere el calor de su recámara. Alimenta el fuego de la chimenea y en penumbra, bebe coñac acomodado en el sillón: «¡No lo consentiré! -decide-. Voy a desaparecer a Andrés.»

Mona le aclara contundente y todavía hinchada:

\_\_Quítese de la cabeza matar a Andrés, papá. No lo va a hallar, anda con el maestro en San Pedro buscando a Godínez.

\_\_¿Prisciliano? -Arquea las cejas-: No sabía que tenía asuntos con él.

\_\_El asunto es con usted. Prisciliano va a dinamitarle La Providencia.

\_\_¡Estás loca! -suelta una carcajada.

\_\_Si se descuida, le va a fastidiar la existencia.

\_\_No puede.

\_\_Sea sensato. Acuérdesse que los mineros de la *Cananea Copper*, acaban de lanzarse a la huelga. Es en serio.

\_\_¿A quién quieres engañar? Andrés levantó el vuelo para no enfrentarme.

\_\_Piense lo que quiera. Déjeme, papá. Si usted quiere o no, como quiera prefiero a Andrés.

\_\_Eso lo veremos.

El padre Agustín, después del oficio de las doce del día, no se sienta en la Plaza de Hidalgo -como suele hacerlo- a platicar con quien sea oyendo la banda musical. Está intranquilo. Hace tres días que nadie responde en *La casa de las águilas*: «Sé que las mujeres andan en la Capital, pero Chole me pidió que fuera a confesarla. ¿Estará enferma?» Apresura el paso. El cura pulsa el aldabón de acero varias veces. Oye el bastón de Soledad por el pasillo y su voz, quién es.

\_\_Por Dios, mujer, abre. Soy yo.

\_\_No puedo, padre. La puerta tiene llave.

Lorenzo indaga quién toca y apresurado, abre. El cura se asusta del semblante desencajado y ojeroso de Sandoval.

\_\_No pudo llegar en mejor momento, padre.

Lo sigue por el corredor admirado del trato amigable de su anfitrión. En la sala lo invita a sentarse, le ofrece coñac y ruega: «Ayúdeme, padre.»

\_\_No comprendo -balbucea Agustín.

Sandoval acerca la licorera y narra los detalles. El tiempo se evapora. Está oscureciendo y él, medio ebrio y desarmado por los hechos, no esconde su desgarramiento:



\_\_Vociferé, ordené. Ahora le ruego que al menos coma algo.

\_\_Tranquilícese, don Lorenzo. Veamos cómo resolver el problema.

\_\_¡A usted sí le abrirá!

Encuentran la habitación de Mona abierta y vacía. A Sandoval se le van los vapores del coñac y no le encuentra fin a su cólera. Soledad, tranquila, recibe su furia en cada palabra:

\_\_La dejaste ir, ¡vieja alcahueta! ¿Cómo pude traerte a mi casa sabiendo lo que eres? ¡Le enseñaste las mañas de tu profesión pasada! -Está a punto de golpearla. Agustín le previene:

\_\_La puede matar.

\_\_Para qué tanto argüende. Tú y ella son iguales; se han de salir con la suya -dice Soledad.

¿Durará más que Catorce?

A Andrés y a mí nos basta una mirada y notamos el cambio. Teódulo, indiferente, deja a Isidoro alzarase en la victoria. Melendez afectado, ríe por nada, saluda a los barreteros y ordena con una felicidad que la muerte no desgració. Erguido y al centro del círculo, informa:

\_\_Depeda, justamente, nombró General a Prisciliano -eufórico grita-: ¡Arriba mi general Prisciliano Godínez!

Aparecen botellas con mezcal: es noche de celebración. Nos enteramos de cuántas armas tienen -Teódulo invirtió su capital-, y comentamos, ese dinero lo van a necesitar después. Consideramos inútil redundar en el futuro y los dejamos embriagándose. Quedamos de vernos al amanecer para ir al Mineral de San Pedro a buscar a Prisciliano.

Encuentro a Daría sentada frente a su cama.

\_\_Vamos a acostarte -trato de levantarla: no puedo. Dulcifico la voz-: Hace mucho frío. Estás enferma; yo sufro nada más de oírte toser.

\_\_Aquí me voy a quedar. En mi cama está Lorenzo.

\_\_¡Ah! Ven, lo corro, te cobijo y te prometo no separarme de ti.

\_\_Bueno -dice Daría-, sólo si me lo prometes.

Hago ademán solemne. Me recompensa ver su felicidad; se deja llevar sin objeción.

Pobre Darita, pienso. No tengo noción de la hora, quizá sigue siendo jueves o ya es viernes: «Para el caso es lo mismo. Qué

importa un día u otro. Lo verdaderamente importante son ellas. ¿Y si no regreso? ¡Mi pobre Darita! ¿Durarás más que Catorce?» Me duermo oliendo el amole untado a las sábanas.

Tal vez sólo dormí un par de horas. De momento no recordé qué iba a hacer ese día. Con una pesadez angustiosa, pienso por lo menos en cinco posibilidades antes de caer en cuenta que saldremos a buscar a Prisciliano Godínez. No abro los ojos. Duele abandonar a Darita por horas o minutos. Corro el riesgo de no encontrarla viva.

Me voy sin comprender qué iba a hacer. Cómo íbamos a acercarnos a un extraño de quien sólo sabía rumores de su vida singular. No es necesario referir los pormenores, pero dos días fueron suficientes para que Andrés se diera cuenta que jamás lograríamos acercarnos a Godínez. A cada intento, ufanamente, casi con orgullo o con burla, algunos hombres armados nos salieron al paso:

\_\_El General no habla con catrines.

Retornamos a Catorce. Baldomero dormita en un equipal en el patio de su casa y bajo la sombra del Laurel de la India. Angela riega sus jardineras. Andrés confiesa:

\_\_Pensaba llegar como héroe y ni siquiera vimos a Godínez de lejos.

La tranquilidad de los padres de Andrés me dice que ellos ya sabían el resultado de nuestra aventura y sin mucho entusiasmo nos escuchan los detalles. Aparece Mona y la atención se concentra en su palidez. Nadie la esperaba y nos encuentra reunidos.

\_\_Eres la mujer de los miércoles, ¿verdad? -Angela, la abraza.

Sírvase tomar nota.

Victoria muestra su desvarío; lo llevaba escondido atrás de los párpados.

\_\_Vámonos, Lorenzo -lo mueve sobre el lecho- Aquí ya huele feo como a pura desgracia.

\_\_Deja dormir, mujer.

\_\_Estoy cansada de tanta inseguridad -retira el cobertor.

\_\_Tengo sueño, Vicky.

\_\_Las penas me están matando -le golpea el pecho. Exige-:  
¡Vámonos!

\_\_¡No! -Sandoval se incorpora sobre la cama.

\_\_¡Sí! -La mujer tiene los puños cerrados.

\_\_¿Qué pasa, Victoria? Te revisará el doctor Urista. Lo sucedido con Mona, no es para que te pongas así.

Victoria, frente al tocador *Pompadeur*, cepilla su pelo indiferente. Lo ve a través de la luna. Avisa:

\_\_Mercedes está embarazada -sigue peinándose como si estuviera anunciando una nimiedad.

\_\_¡Estás loca! -grita él, desconcertado.

\_\_Mercedes está embarazada -repite la mujer y la mirada se pierde en el espejo.

Lorenzo, exige:

\_\_¿Quién te lo dijo? ¿De quién es? -toma a su mujer por los hombros.

\_\_Fíjate, ¡el niño ya va a nacer! Cuando fuimos a la Capital a comprar lo de la boda de Lala, lo supe: el responsable es Néstor, el empleado de Santiago.

Suelta a su mujer, se agarra la cabeza y camina alterado por la habitación. Censura:

\_\_¿Qué cuidaste? Era lo único que hacías.

Ella regresa al tocador y sin vestigio de sufrimiento. Reclama:

\_\_¿Tú cuidaste bien a Mona? No me culpes, no voy a cargar con calenturas ajenas.

\_\_¡No es posible! ¡No lo puedo creer! -Aprieta sus sienes dolido por la certeza de que ese mal golpe, el que enajena a Victoria, a él, le rompe la integridad.

Ella suspende su actividad maquinal y ligera, dice:

\_\_No te lo dije porque andabas mal con lo de Mona y necesitabas encontrarte ecuánime en la boda de Lala.

Lorenzo se rasca las manos, enronquece la voz:

\_\_Se lo daremos a Roberto Douglas -y empieza a vestirse.

En Zacatecas, alguien sienta a Mercedes en un recibidor austriaco. Su padre y Douglas se encierran en la biblioteca y en una hora deciden su destino. Sólo le permitieron darle nombre a su hija: Daría. Le duele dejarla.

Regresa a Catorce sintiendo en el hueco de sus brazos a su niña.

«Hay tiempo de dar y tiempo de limosnear,» calcula Mercedes al ver a Primitivo, solo, a la vera de la vía del tren. Uniformado y serio le da la bienvenida. Abre la portezuela del carro. El cielo está igual a ella; gris.

Traspasa el zaguán y ve las mismas begonias y los mismos corredores de pilares curvos. Su madre, en el abrazo del saludo, se le escurre.

\_\_Lala -le informa-, anocheció y no amaneció. Alfonso se despachó con la cuchara grande y las propiedades que les regaló tu papá se las vendió a Mendizábal. Sabrá Dios a dónde se llevó a tu hermana.

\_\_\*\*\*

\_\_Evita a su padre. No quiere verte.

\_\_\*\*\*

\_\_Lorenzo tiene bastantes problemas con los barreteros. Acababan de acorralarlo en la mina exigiéndole un préstamo.

\_\_\*\*\*

\_\_Se los dio. Se niegan a trabajar y exigen más. Lorenzo espera a los soldados. Ellos devolverán el orden.

\_\_\*\*\*

\_\_Bueno, acómodate -dice Victoria y se va.

Llega Santiago Irizar a despedirse: se iban a España. Amado, misteriosamente, aparta a Mercedes:

\_\_Necesito hablar a solas contigo.

En la arcada del jardín, a la sombra de las bugambilias, le comunica:

\_\_Néstor quiere llevarte. Afuera te espera.

Se estremece el cuerpo completo. Después, la realidad. «No puedo.» La tribulación sale a través de sus ojos.

\_\_Al menos asómate, Meche. A lo mejor viéndolo cambias de parecer.

Mueve la cabeza, rehusándose.

\_\_Si Néstor tuviera a la niña, ¿cambiarías de parecer?

\_\_¡Estás enterado de...!

Amado, toma su mano confesándole que Néstor anda buscando a su hija. A lo mejor entre los dos, podían encontrarla.

\_\_Decídete -ruega-: Si lo rechazas, se irá con nosotros a España. No volverás a saber de él.

Mercedes repite, no puedo, y entonces Amado, soltándole la mano, dice:

\_\_Ojalá nunca te arrepientas porque el amor de Néstor es de los buenos -La deja llorando bajo la sombra de las bugambilias.

Mercedes busca a Agustín Maldonado.

\_\_Siento avvicinarse el peligro -dice el cura-. Y si le pasa algo a Lorenzo, Victoria no sabrá manejar a la vida.

\_\_La culpa es de papá. Estamos prisioneras. Ni siquiera sabemos bien lo que sucede en Catorce, padre.

\_\_La desgracia, hija.

\_\_Pues a ver si me saca de aquí. Estoy cansadas del olor a claustro.

Cree haber dicho una frase célebre.

Lorenzo Sandoval lleva semanas de ayuno. Desaparece la carne de chivo en adobo, los orejones lampreados, las chuletas de cordero con salsa de almendras y el pastel de hojaldre. También deja de ir al casino a jugar baraja; no toca en el gramófono los discos de Fleta que lo incitan a olvidar los últimos sucesos del mineral: los dueños de minas de Catorce huyeron; Santiago, se va a España preveniniéndole. «Ya hay en el cielo grises nubarrones: vámonos, Lorenzo. Catorce va irremediablemente cuesta abajo.» él, solicita a

Porfirio Díaz un escuadrón protector del orden. Al principio, sigue los acontecimientos de los mineros sin ninguna zozobra pero ese 3 de octubre, acomoda su espalda sobre el diván y lee la advertencia: *José María Zamora, municipe, el señor secretario y al juez primero, se han ido. Prisciliano Godínez y su gente se han instalado en La Providencia, sorprendieron a la guardia y muy probablemente sean más de mil hombres bien armados y aguerridos. Tome medidas y escape a tiempo, como yo. Sírvase tomar nota de todo lo expuesto. Dios guarde a usted muchos años. Por ausencia del Señor Presidente, el Señor Secretario y el Juez Primero. Eduardo Cadena, Síndico.*



TERCERA PARTE

Alistando el orégano.

Las campanada se oyen cadenciosas, papá y yo tiemblo involuntariamente. Dejo el bordado sobre mi regazo y te veo a la expectativa. Ruego, en silencio, que no hayas escuchado esa campanada tan nítida. Sin embargo, reconoces la señal y lento, tembloroso, tomas del perchero el abrigo, la bufanda, los guantes, el sombrero y el bastón de alma de hierro y puño de oro.

\_\_¿Es hora, papá? -pregunto, resignada.

Sí, dices. Yo, suplico:

\_\_No se tarde, por favor. Me deja con pendiente.

Tú, de igual manera te vas arrastrando tus años sin miedo a dejar los rencores en algún hoyanco de las calles. ¿De qué me sirve el tono reprobatorio? Insisto, no salga; olvídense de ir al Correo. Nada mata tu esperanza. Aún así, te recomiendo:

\_\_No vaya a perder la vereda y extraviarse, papá.

\_\_¡Estás loca! El Real me lo sé dormido.

Cerrado el portón, corro a la ventana. Tú, enderezas el pecho. Yo, no te quito la vista de encima hasta que tu figura se sale de mis ojos. Entonces, me aprieto las manos incrédula: ¡Todavía esperas noticias de la mina!

Los mineros emigraron a la sierra. Se alimentaron de nopales y cabuches. El hambre removi6 entrañas. Otra vez, las pisadas en el empedrado. El General Godínez salió acompañado de Melendez y hombres armados.

\_\_Pos quihubo. ¿Qué traín con tanta alharaca? -Acarició la pistola cargada al cinto.

\_\_¿Y los ingenieros? -gritó Teódulo Toscano- Prometiste que vendrían a destapar La Providencia.

\_\_¡Bola de desconfiados! Vienen en camino. En un dos por tres, su mina estará trabajándose. Mientras, rasquénle a las paredes y junten plata. Se las compro pa'ayudarlos.

\_\_¡Se pudiera!

\_\_Entonces, Teódulo, ¡esperen! -Dio media vuelta y desapareció.

Los ingenieros llegaron. Los mineros aprendieron a ser mezcladores, albañiles, puntaleros... No lograron resucitar la mina. Las peroratas de Godínez dejaron de surtir efecto. La fe se transformó en amargura y los ingenieros se retiraron prometiendo el veredicto por Correo. Los barreteros levantaron los brazos al cielo implorando auxilio. Cerraron las manos rugosas, ampolladas y blandieron el puño en el viento: todos se culparon de la muerte de Catorce.

Ruego a Dios que me vea con con ojos de misericordia. ¿Cuándo me perdonará, papá? ¿No ha sido suficiente castigo? Ya estuvo bueno, ¿no crees, Dios? Acuérdate de mí, Señor y pon a papá cuerdo, no te lo lloves así. Hazme la caridad de que viva, aunque sea unos minutos, la locura de estar lúcido en este pueblo y en esta vida sin razón.

¿Y si cae? Y sin quién lo auxilie.

Regreso al bordado calculando que por esta costura, cobraré bien. Quiero ir a San Luis a ver a Mona y contarle lo de mi hija. No me va a creer que tengo una hija de Néstor.

Lorenzo, en la calle desierta, desliza su ineptitud sin esconder la vejez hormigueándole el cuerpo, temblando en las manos y en los

pies, plegándole la piel a sus huesos. Se adentra al viento helado sin sentirlo y elige la calle Lanzagorta por hallarse menos accidentada. Frente a la avenida, acomoda la bufanda, se apoya en el bastón y a pasos menguados, asciende la cuesta empedrada: el pasado le sale de cada oquedad del camino.

Justina entra a la Iglesia de San Francisco enrebozada y de rodillas. La recorre de la puerta al altar y con los brazos en alto, reza:

»Santo Niño Jesús, mándale a mi hijo la muerte y a mi el descanso.

«Su tranquilidad sigue perdida,» opina, Lorenzo y no le presta atención asustado de la vejez de Soledad que le va poniendo frazadas en el piso y Justina no se lastima las rodillas. Le nota la mirada compasiva.

Fide:

»Quiero que me recuerdes joven, Lorenzo.

\_\_¿Cómo eras, Soledad.

»¿No te acuerdas?

\_\_¿Te bautizo, m'hijo?

Irritada, alega una equivocación:

»¡Yo no dije eso!

Rieron hasta saltárseles las lágrimas por el pasado. No porque hubiera sido lo suficientemente grato; simplemente por la nostalgia. Se acordaron de Ramón y su manera de llamarle a Soledad: *exputa*. Como si se pudiera decir *exdoctor* o *exlicenciado*, o *exminero*, o *exsombrio*:

»Eso sería oscuridad -Y Toscano ríe a carcajadas.

»Te recordaba joven, atractivo, fuerte. Tu recuerdo ya no me va a inquietar, ya voy a descansar en paz, Lorenzo  
-Soledad sonrío.

\_\_Tampoco tú eres la mujer que me despertó tanta pasión. A mis dieciséis años, me enamoré de tí, que pudiste ser mi madre.

Soledad va poniéndole frazadas en el piso a Justina.

\_\_¿Por qué, Soledad?

»Es pura lástima, Lorenzo.

\_\_¿La oíste, Justina?

»A ti también te la tiene aunque no la mereces.

A Soledad le hiciste un bien; descubrió que fue puta sin vocación. Sé benevolente, nos llegó la vejez sin avisarnos. Nos tomó desprevenidas en la Iglesia. Por eso no salimos de aquí, Lorenzo. Aquí nos tienes desgastando la tristeza frente a San Francisco.

\_\_¿Ahí se van a quedar?

»Por toda la eternidad, Lorenzo.

De *La abundancia* salen, de los rincones y entre el polvo de mostradores derruidos y anaqueles vacíos, voces:

»Cambie esa camisa de cuello alto y la corbata de moño por vestimenta holgada, cómoda, presentable, Santiago -ordena Santos-. Si Ausencio lo mandó ocupar el escritorio, no lo defraude. Muestre espíritu emprendedor, sea de opinión precisa, amable con los clientes y llegará lejos.

»Necesito un reloj de pared, don Santos.

»¿Para?

»Organizar el tiempo.

»Lo traeré a cuenta de su primer pago.

Frente al negocio pasan mujeres, mineros y bestias que no desvian la mirada de Santiago a la calle. Pone mesa y silla al lado de la ventana, revisa en los libros de registro cantidades de compras, ventas, diferencias y los actualiza. Cuelga al alcance de su vista el reloj y acomoda los tiempos para leer correspondencia, contestarla, recibir mercancía, pagar acreedores y llevarle a Ramón el cuarterón de frijol del día.

»¿Qué me regala el reloj, señor?

»Supo mover el panderero, Santiago, ahora aprenda a pasar la charla -dice el Conde, complacido.

»¿Todavía le guardas rencor, Lorenzo?

\_\_Aún, primo -Ve a Santiago más pálido que de costumbre- Santos fue el que más plata se llevó a España.

\_\_A mí, me dio bastante a ganar y también me la llevé, Lorenzo.

\_\_¿Cómo pudimos salir del mismo cascarón, primo?

»Del mismo salió Daría, Justina, Teódulo...

Sentado en la banqueta, a un costado de la ruinoso Casa de Moneda, Lorenzo no teme ser molestado: los pocos habitantes son arrieros que llevan cabras a pastar al aprisco, mujeres vendiendo comida a la entrada del Túnel de Ogarrío y niños alistando el orégano recolectado en la sierra para ofrecerlo en venta a los escasos

visitantes. Él deposita el bastón en el suelo y fricciona sus manos, morosamente, de la misma manera que reflexiona: «¿De qué sirvió? Santos, sus hermanos, sobrinos, Gregorio y Santiago embarcaron la plata en Tampico para comprarle a Marciala una gran casa en Ultrera y su castillo de Rota y se diera la gran vida y el botarate del hijo la dilapidara entre vida bohemia y versos ridículos. ¡Ah, la muerte! Acaba belleza, poder; ¡todo! Gregorito pidió que lo enterraran en Catorce y allí está en la Capilla del Camposanto. Mejor lo hubieran enterrado aquí -revisa el edificio de dimensiones colosales-, al menos habría alguien removiéndose donde hubo tantas ambiciones. Primero, Santos que no se conformó con el predio autorizado y demandó el doble. Después, Juárez y los suyos, exigiéndonos plata. ¿Y el Conde?, se llevó el susto de su vida cuando Santos Degollado nos cayó por dinero y lo encarceló porque llevaba el control de los negocios. Yo, mexicano entre aquella sarta de hijos de la Madre Patria, aún estando en mi pueblo, me sentí sin nombre y buscándolo, cambié hasta la forma de hablar. El año que abrió la Casa, Santos huyó por temor a más préstamos, pero llevándose lo que se llevó, no hubo qué prestar. ¿De qué valió el esfuerzo? La Casa vivió catorce meses. Maximiliano, el tonto Maximiliano la clausuró; le tuvo miedo a los juaristas. ¡Pobre Catorce! No entienden tu inmortalidad. Cuánta rapiña y cuántos tiros de gracia te han dado. Estás en ruinas y nadie hace algo por ti. El paraíso sigue perdido, Pascuala. Cada auge dejó muertos y por ahí andan, se amontonan, no caben sus gemidos, por eso se los lleva el viento. Si pudiera conmigo, también me llevara. Nada me mueve de aquí, ni la calamidad de haber visto cómo nos despojaron de la plata y cerraron minas, tiendas, negocios... De haberse topado en mi camino Prisciliano, Teódulo, Isidoro, Andrés y el

maestro, para matarme, de que a Victoria se le hubiera ocurrido enloquecer y morir, de que Meche me deshonrara trayendo al mundo un bastardo y a Mona y Lala irse a Dios sabe dónde y allá están, no han regresado. Yo, solo, viendo cómo se acabaron los caballos, los guantes, los mineros, el ferrocarril, los carros, las casas... Nada me llevará hasta el Camposanto antes de saber qué pasará con mi mina.» Lorenzo esconde su obsesión como la leontina de oro que guarda en una bolsa de la camisa: siempre con él aunque nadie la nota.

«Lo reviviré,» murmura.

Lo sorprende Teódulo y su encuentro.

—¿Qué hay, muchacho? —Trata de erguirse. Sus manos aprietan el puño de su bastón y nota cómo le desconcierta a Teódulo su gesto desdentado. A propósito lo pone cuarenta años atrás con la palabra familiar, *muchacho*.

—Nada nuevo, Sandoval y, ¿Mercedes? —pregunta.

—Bordando —dice y reconoces a Ignacio, alejándose—. ¿El maestro vive aquí?

—Nunca se ha ido.

—Vaya. No me digas que Andrés tampoco se fue.

—Él y Mona, se fueron hace años —Lo mira perplejo.

—¿Ah, sí? Mira, tú. ya ni me acuerdo. Oye, ¿y a qué te dedicas?

—Trabajo para Prisciliano en el Mesón de las Águilas.

Lorenzo, avisa: me voy. Y retoma la calle.

Teódulo ve su espalda y el esfuerzo por dignificar su paso y se alegra de haberle dado la cara después de tantos años de andar evadiéndolo. Lo sigue porque vio la muerte; la traía Sandoval cargando. Ruega: «Que se lleve a la eternidad sus rencores y siga condenado allá. Nomás nombré a Prisciliano, Ignacio y Andrés y



tembló.» Teódulo sube las escaleras. En el atrio de la Parroquia, tensa los músculos.

El encuentro inesperado alcanza a azuzarle el odio a Lorenzo. Pasa el descontrol y esparce de nuevo pasos, recogiendo recuerdos. Teódulo se pregunta qué lo motiva a vigilarlo si no guarda buen recuerdo de Sandoval. Sin embargo, acepta épocas buenas: «El viejo sigue desequilibrado. O mucha querencia, o mucho odio -piensa imantado al atrio de la iglesia. El viento lo lastima; el gozo lo sostiene: «Sandoval es pura decrepitud aunque trate de disimularla.»

Lorenzo acomoda su fatiga en una banca de fierro frente al kiosco. En ese sitio, recuerda que Ramón propuso formar *La sociedad patriótica de Catorce*, para alentar a los mineros a no consumir mercancía de procedencia extranjera, no comprar sino en establecimientos mexicanos, no ocupar sino artesanos del país... Llegó el ejército y se lo llevaron a la cárcel. «Sabe en qué acabaría aquella sociedad -acepta-. Yo mandé traer todo de Europa y de Estados Unidos. A la larga, papá tuvo razón: nos acabamos nosotros mismos, nos acabó la desconfianza.» Reanuda el camino acordándose de Díaz. La tos regresa y se encorva más. A una cuadra del Correo y sobre la calle Independencia, está *La casa de las águilas* donde Porfirio Díaz alabó su espléndido fundo y su hermosa familia. El edificio se halla remodelado únicamente en la fachada.

Lo recibe un joven del otro lado del mostrador y anuncia a la mujer casi ciega:

\_\_Don Lorenzo, Fortunata -y rápido solicita-: ¿Puedo salir?

Fortunata, ordena: «Acérquele una silla, Juvenal y váyase.»

\_\_Ahora vino más temprano, don Lorenzo.

\_\_No llegué al curato, Agustín sigue en Zacatecas.

\_\_El padre le hace falta, ¿verdad?

\_\_Mucha.

\_\_Para que no extrañe el chocolatito y las campechanas que él le ofrece, ahora yo se los traje -Fortunata, tentaleando da con un jarro y un envoltorio. Se guía por la voz de Lorenzo-. Lo que va a extrañar es la plática sabrosa del padre.

\_\_¿A qué iría a Zacatecas? Anduvo misterioso.

\_\_Lo van a mandar a otra parroquia. Es mejor que lo sepa; después va a ser más duro para usted.

\_\_¿Llegó, Fortunata?

\_\_De los ingenieros, nada. Llegó carta para Mercedes.

\_\_¿Meche? ¿De dónde? ¿De quién?

\_\_No sé; no le pregunté a Juvenal -la mujer saca el sobre de la bolsa de su saco-: No alcanzó a leer.

\_\_Ni yo -Guarda la misiva-. A de ser de algún comercio de San Luis que le manda pedir costuras.

\_\_No se alegra, don Lorenzo.

\_\_Espero otra cosa, Fortunata. A las cinco regreso a ver si el Correo de las cuatro lo trajo.

\_\_Entiéndalo; no llegará.

\_\_Llegará.

Lorenzo reacomoda el pasado y desciende la cuesta: «Aquí vivió José Blanco, allá Irizar; enfrente del Teatro Lavín, Mendizábal y a la vuelta, Francisco... Pocos vivieran en alguna parte de Europa, pero los más han de estar muertos. Sin embargo, los siento caminar a mi lado como si fueran fotografías con movimiento igual que las vistas *Lumiere* que pasaban en San Luis.»

Teódulo deja el acoso y va a atender el *Mesón de las águilas* pensando si Prisciliano ya regresaría de la Capital.

El ropón está terminado.

Te oigo. Gracias a Dios que ya llegaste, papá. Me encuentras en el mismo sitio y suspendo el bordado. Tu corazón tiene tantas cosas adentro, que le cierras las compuertas para evitarte un probable desbordamiento. Por eso, mis palabras no se meten en tus orejas para aligerarle el peso del corazón y aunque me oyes, susurrándote, que deberías aceptar que yo vaya al Correo, tú, no muestra ninguna emoción. Te conduzco hasta una silla a un lado de la mesa y me reclamas:

\_\_No me preguntas si llegó, Meche.

\_\_Viéndole el semblante, sé que no. ¿Quiere comer?

\_\_No tengo hambre.

\_\_Por favor, papá, coma algo.

\_\_¡No quiero!

Acomodas tus piernas sobre un banco de madera y me avisas:

\_\_Había carta para ti, Meche. Parece de un almacén de San Luis -la depositas sobre la mesa- Aquí te la dejo.

Tu cabeza cae en el respaldo de la silla y yo opino, a de ser un pedido. Luego la leo. Tú, cruzas los brazos sobre el pecho y comentas, vi a Teódulo.

\_\_¿Ah, sí?

\_\_Trabaja en el mesón. *La casa de las águilas* es buen negocio.

\_\_Siquiera alguien la disfruta.

Evidencias mi reproche; el cansancio es mayor que tu disgusto.

\_\_¿Qué dijiste, Meche?

\_\_Que Pilar viene en la tarde por el ropón de bautizo que me mandó hacer, papá. Esa mujer me molesta. No entiendo por qué pregunta tanto por Lala, si ni siquiera la conoció.

\_\_¿Lo sabías, Meche?

\_\_Ya le dije. Estaba en Zacatecas.

\_\_¿Zacatecas? ¿Qué andabas haciendo allá?

\_\_Acuérdese, fui de paseo.

«¡Ah!,» dices y vuelves a recargar tu cabeza. Cierras tus ojos y hablas de la explosión:

\_\_El temblor fue corto, Meche, pero el jubilo de la gente agrandó el ruido. Me tapé los oídos, enloquecido. Hubo un momento quieto. Después, la explosión convulsionó al pueblo y el movimiento de muebles se tornó alarmante -Empiezas a rascarte, desesperanzadamente. Gritas-: ¡Hubiera preferido que me mataran en lugar de destruir la mina!

Estás sentado frente a mi, papá, con los ojos cerrados y los puños apretados porque los dos estamos en el mismo recuerdo. «¡No pude defender lo mío!,» dices abatido y al límite de la fatiga emocional; estás en los hechos, la renuncia, la impotencia. El silencio. Estás bajo aquel sol de mediodía brillando en lo alto y tus piernas entumidas y los comercios cerrados y los hombres durmiendo satisfechos. Y tú, papá, caminando mentalmente, lento, atormentado, por las habitaciones vacías de *La casa de las águilas*. Oyes los ruidos del pasado como si alguien mantuviera ollas en agitación:

\_\_¡No estoy solo! -dices, saturado del recuerdo.

\_\_No papá, yo estoy con usted -te recuerdo y añado-: Le voy a cobrar caro a Pilar. Además de que el trabajo le quedo precioso, ella tiene bastante con qué pagar.

«¡Bah!,» rezongas. Tu posición proporciona descanso a tus piernas. Con la cabeza inclinada revisas los muebles de la habitación: maltratados, de aspecto corriente. No te acostumbras a la escasez del mobiliario ni a lo ajado de tus zapatos, a pesar de que les mandé poner media suela y tapas nuevas en mi última ida a San Luis. Entrecierras los ojos.

\_\_Si va a salir no se duerma, papá. Es tarde -te digo.

Un rayo de sol entra a través de la ventana, choca contra tu leontina que está fuera del bolsillo formándote una estrella luminosa arriba del pecho.

\_\_Si quiere, papá, le preparo té de jazmín -te ofrezco.

No variás tu postura descompuesta. Cruzas las manos encima del vientre y opinas que todavía están en este mundo los causantes de tus desgracias.

\_\_¿Quiere té, papá?

\_\_Por qué Mona se portaría así, Meche?

\_\_Le pregunté si quiere algo, papá.

\_\_Djalá me ofrecieras traerme a Mona. Quiero verla.

Te estás convirtiendo en el sentimental que no te corresponde, papá. Sin embargo, a veces, hurgas tu corazón en busca de los detalles: ¿Cuánto tiempo existe desde la desaparición de Mona? Y el recuerdo confuso, impreciso, de cómo se suscitaron las cosas, hace más ruidosa tu respiración porque la ráfaga del recuerdo golpea tu frente y te reprochas no haber prestado atención al cambio de Mona: después de aliviarse de las calenturas y vómitos, te recibió risueña cada miércoles por la noche. No te extrañó su risa, ni su canción amorosa mientras agitaba la cuchara de oro en el fondo de su taza con café, para luego quedar distante. Nada te hizo sospechar algo inquietante.

\_\_Está pensando en Mona, ¿verdad, papá?

\_\_¿Cómo lo sabes? -No abres los ojos.

\_\_Por su gesto. Es diferente a cuando piensa en la mina.

\_\_¿Lloras, Meche?

No contesto. Estoy bordando las horas. ¡Son tantas! Y sin poder consumirlas a mi gusto. Me imagino el mundo alegre, vivo, donde a Mona y a Andrés no les ajusta el tiempo. Los busque en San Luis cuando fui a vender costuras y me sentí menos sola. Mona y Andrés intentaron acercarse a tí, papá. «¡Sólo tengo una palabra!,» me respondiste a la invitación reconciliatoria. Yo, no les pasé la forma descompuesta del grito: «¿Abrirles las puertas de mi casa? ¡Nunca!» No les enumeré mis padecimientos: los días interminables viéndote el aborrecimiento en los ojos. No esparcí tu tiranía y cómplice en el juego, aseguré, balanceándome rítmicamente en una mecedora: «Formamos una sociedad feliz, Mona. Papá se echa a vagar como niño en busca de aventuras,» dije riente y entusiasta. «Lo que quieras, Meche. Tú nada más di qué. Déjame ayudarte,» me ofreció Andrés. Ay, suspiro y cambio de hilo.

\_\_¿Te conté de Agustín?

\_\_¿Qué, papá?

\_\_Lo trasladan.

\_\_¡No es posible! ¡No puede ser! Habían dicho que aquí lo dejarían.

\_\_Cambiaron de opinión.

\_\_Por qué, papá. ¡Por qué!

\_\_Necesitan un sacerdote joven, dinámico: San Francisco tiene muchos devotos.

Al levantarme, el bordado cae en el piso:

\_\_¿A dónde lo mandan, papá?

\_\_No sé. A sus años va a batallar.

Vuelvo a sentarme, tomo la aguja y el bastidor: no tardará en llegar Pilar Cabrera por el ropón que ya está terminando.

Se derrite el cirio.

Tú y yo, papá, compartimos el despojo. Esa mañana, después de haberse ido Godínez dándote plazo para desalojar la casa, escuchaste ruidos y creíste que algún inconforme se había agazapado. ¡Cómo defenderte si ni siquiera podías contigo mismo! Y titubeando, batiste la puerta de la cocina. No reparaste en mí, sólo en Soledad; estaba frente al fogón, meneando el contenido de una olla, No te sintió. Volvió la cara al escuchar su nombre; lo resoplaste fuerte y sin aliento.

\_\_¿Eres de esta vida, Lorenzo? -te preguntó nana Chole.

\_\_¡Estoy vivo!

Soledad, aflojó el cuerpo, y tortugueando te ofreció su bastón. Se adentraron al desorden. La loza esparcida por el suelo, las sillas desbaratadas y la mesa partida a la mitad. Reconociste, nada escapó a la destrucción:

\_\_Les di todo a cambio de mi vida. De todas maneras se la llevaron -sin darte cuenta, te estabas justificando por encontrarte vivo-. ¿Qué haces aquí? Deberían estar lejos de Catorce.

\_\_No pudimos -Rehuyó mirarte-. Más desgracias te cayeron.

¿De dónde sacaste fuerza, papá? El grito, retumbó:

\_\_¿Qué pasó? ¡Contéstame! ¡Termina de una vez!

Apretándose las manos, dijo que nadie pudo calmar a mamá y que la providencia hizo pasar por allí a Primitivo. Él nos ayudó a llevarla al cuarto de Soledad.

\_\_Primitivo les movió la razón a los hombres de Godínez y no fueron a los cuartos de los criados y allí nos quedamos -dijo, nana



Chole presentándote el revés del descalabro y manoseándose el delantal, aseguró: Victoria está loca.

Calculaste que las angustias pasadas también habían perturbado a Soledad, quien aún estaba contando la desgracia y de imprevisto, avisó, indiferente:

\_\_Preparo una sopa. Después, como pueda, iré a ver Justina. Daría murió anoche a la hora de la explosión. A ver si encuentro a Teódulo, o a Nacho o a ver quién puede traerme.

\_\_¡No los menciones! Usaron el mismo disfraz de reivindicación y mamarruchadas para acabarme -gritaste colérico.

\_\_A ellos no los culpes, Lorenzo -te dijo nana Chole indiferente y como ya estaba acostumbrada a mandar, me pidió salir del rincón en dónde estaba y me ordenó:

\_\_Llévatelo, Mercedes.

Tambaleante, apoyado en mis hombros, atravesamos la capilla familiar. Las valiosas imágenes seguían en su sitio. Dijiste qué absurdo es todo: Catorce, Prisciliano, Teódulo, los mineros...

Llegamos y yo me abracé a tu pecho. Te dije, todavía no, papá y entonces, por la primera y única vez en mi vida, me abrazaste, asegurándome:

\_\_Tu madre se compondrá.

La viste y te atrapó su desequilibrio. Mudo, lento, recorriste la cara inexpresiva, el pelo desparramado por los cojines y la locura revoloteó llena de un dolor pesado, rotundo. ¡Mamá no te reconoció!

Entró Soledad y silenciosa, se sentó en una mecedora y empezó a mecerse y tú, papá a esperar el porvenir desde atrás de la ventana de esta casa contrahecha a la que regresamos solos porque Soledad se quedó de facciones hilvanadas y tuvimos que enterrarla sentada

en la mecedora. Descubrimos su muerte cuando la rigidez la dejó como figura de porcelana.

Tu oído sigue intacto, papá. Tu voz no; tiembla:

\_\_Por la fecha que Mona se fue, Meche, sospeché de Teódulo.

\_\_¿De Lala no se acuerda, papá?

Penosamente, otra vez, te estacionas a un lado de la ventana. Afuera, no hay ruido. Dices:

\_\_Al menos, sé que Mona vive en San Luis, tiene hijos y no le falta nada. ¿Y Lala? Sólo Dios sabe en dónde y en qué pararía. Cuando me asalta el recuerdo y tengo un momento de paz sin escuchar mis voces, Meche, prefiero distraerme viendo la calle. ¿Por qué no empezará la vida al revés?: nacer viejos y morir recién nacidos. ¿O así es? A la mejor Lala era igual a Mona y de todas maneras se hubiera ido con Verástegui. El muy cabrón también perjudicó a Mendizábal, le vendió las propiedades que les regalé. Después no hubo quien le diera cinco centavos por ellas.

\_\_Qué se le antoja merendar, papá?

\_\_Pan y leche.

\_\_Cuando viene el padre, cambia.

\_\_¡Ahora no!

\_\_¿Por qué se enoja? -hablo resentida-. Ande, papá, váyase. Es tarde.

\_\_No debí haberles entregado la plata. Me duele verte siempre bordando para otros.

¿Cuál dolor? Estamos tan enterrados en nosotros mismos. Tú, alentado por el vaticinio de Pascuala que no se equivocó, pero tú seguiste imitando. ¿Qué la historia no te enseñó nada, papá? ¡Volvieron a abrirles las puertas los extranjeros y a enriquecerse

en la mecedora. Descubrimos su muerte cuando la rigidez la dejó como figura de porcelana.

Tu oído sigue intacto, papá. Tu voz no; tiembla:

\_\_Por la fecha que Mona se fue, Meche, sospeché de Teódulo.

\_\_¿De Lala no se acuerda, papá?

Fenosamente, otra vez, te estacionas a un lado de la ventana. Afuera, no hay ruido. Dices:

\_\_Al menos, sé que Mona vive en San Luis, tiene hijos y no le falta nada. ¿Y Lala? Sólo Dios sabe en dónde y en qué pararía. Cuando me asalta el recuerdo y tengo un momento de paz sin escuchar mis voces, Meche, prefiero distraerme viendo la calle. ¿Por qué no empezará la vida al revés?: nacer viejos y morir recién nacidos. ¿O así es? A la mejor Lala era igual a Mona y de todas maneras se hubiera ido con Verástegui. El muy cabrón también perjudicó a Mendizábal, le vendió las propiedades que les regalé. Después no hubo quien le diera cinco centavos por ellas.

\_\_Qué se le antoja merendar, papá?

\_\_Pan y leche.

\_\_Cuando viene el padre, cambia.

\_\_¡Ahora no!

\_\_¿Por qué se enoja? -hablo resentida-. Ande, papá, váyase. Es tarde.

\_\_No debí haberles entregado la plata. Me duele verte siempre bordando para otros.

¿Cuál dolor? Estamos tan enterrados en nosotros mismos. Tú, alentado por el vaticinió de Pascuala que no se equivocó, pero tú seguiste imitando. ¿Qué la historia no te enseñó nada, papá? ¡Volvieron a abrirles las puertas los extranjeros y a enriquecerse

unos cuantos! Realmente, Pascuala apenas está muriendo. Ya casi la agotamos. Nada es nuestro, sólo el trabajo duro, brutal. Nos dejaron los brazos fuertes; el pensamiento, lánguido. ¿Lo vez, papá? ¡Estamos tan muertos!

\_\_Pagan bien por las costuras -digo, cansada.

No hay paz para el recuerdo, papá. El pasado se remueve y te pone del otro lado del desbarajuste:

\_\_No tuve alternativa; me hubieran matado. ¿No lo hicieron? ¿Dónde debo poner este cuerpo decrepito, cansado, achacoso, cuando ya no puedo con él, Meche? ¿Cuando sé mi tiempo acabándoseme y sin saber de *La providencia*? ¡Es desesperante!

¿De dónde me salen lágrimas para llorar la ausencia del padre Agustín que se aproxima? El desfile de los adioses; el de Néstor, Mona, Lala, mamá, no me las han acabado. En realidad, mamá, sólo acabó mi resistencia. Acudí al padre y le confesé cómo percibía los ojos de ella espiarme, acusándome. Y en un arranque desesperado: «Ella me culpa de su enfermedad,» dije. Él aseguró: «El mal de Victoria no está en su cabeza, sino en su comodidad: halló la forma para que tú continúes pendientes de ella.» Se le presentaron los síntomas del deceso inevitable y bebió sus años en silencio: se llevó el dolor de verla postrada, sin conciencia, durante el día y lo penoso de apasentarle sus desvios nocturnos. Nada es interminable. El único boticario que quedó en Catorce, nos dio la noticia: «La señora, murió.» Y papá, con esa costumbre que tiene de estirar el cuello, como tortuga patas para arriba, se apoyó en la pared y su boca se hizo más zurcida para resoplar: «¡Bendito sea Dios!» Después, se sentó en un rincón del cuarto y esperó que yo consiguiera el cajón fúnebre. Regresé a su lado a contemplar cómo se derretía el cirio.

Uno se acostumbra a todo.

Tomas del perchero lo necesario para defenderte del frío y de las pendientes pronunciadas y sales, otra vez, rumbo al Correo. Yo vigilo cómo vas bajando por la calle y pienso que un empujoncito bastaría para desaparecerte. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué gano con brincar si caigo en donde mismo? Ojalá me animara a dejarte, papá, Pero, si el padre Agustín se va y si no dió con mi hija, ¿qué hago sin ti, papá? Te he aguantado muchos años, un poco más, no será nada. Vuelvo a mi hilván sin evadirme en la costura porque tocan en la puerta. Pilar Cabrera -querida de Isidoro Melendez-, llega por el ropón deshilado para el último hijo que bautizarán.

\_\_Pasa, Pilar. Está listo tu trabajo. Modestia aparte; ¡quedó primoroso! -le aseguro.

\_\_Ay, Merceditas, tienes manos de ángel. Hasta un secador bordado por ti, es obra de arte.

\_\_Exagerada. ¿Para cuándo es la fiesta?

\_\_Nomás que llegue Isidoro. Anda con el General en la capital. Tú sabes; negocios.

\_\_Ya. Siéntate, Pilar. Voy por tu trabajo.

\_\_No hay prisa, mujer. Qué, ¿no me invitas un vaso de agua?

La complazco sentándome frente a ella. Pilar se queja: el negocio va bien, pero es extenuante lidiar con Teódulo;

\_\_No dudo ni tantito, que le esté haciendo chapuza a mi Isidoro con el dinero.

\_\_¿El mesón ya es de Isidoro?

\_\_Como si lo fuera, Merceditas; el General casi no viene.

\_\_¿Y eso? No salía de la que fue mi casa.

\_\_Está aburrido de tamaño caserón -Incisiva, opina-: Lo mismo le ha de haber pasado a tu hermana Lala, ¿verdad, Merceditas?

\_\_Seguro, Pilar -No me inmuto.

\_\_¿Es cierto que nunca han vuelto a saber de ella?

\_\_Así es, Pilar.

\_\_¿Creen que viva?

\_\_Quién sabe.

\_\_¿Cuándo se fue?

\_\_No sé. Yo estaba en Zacatecas.

\_\_Dice Isidoro que el español le robó mucho dinero a tu papá.

\_\_Nunca le he preguntado.

\_\_¿La extrañas?

\_\_El deber de Lala era seguir a su esposo.

Pilar habla de la ingratitud de algunas personas. No le presto atención. Calculo la ganancia de la venta; tal vez podré ir a San Luis a visitar a Mona. Eso, me reanima.

\_\_Te estoy hablando, Merceditas. Estás en la luna, mujer -asegura mi clienta.

\_\_No te escuché, ¿qué decías?

\_\_Que qué sientes al ver tu antigua casa convertida en un mesón de lujo.

\_\_A todo se acostumbra uno.

\_\_Resultó buen negocio.

\_\_La casa de las águilas, sigue sosteniendo a Catorce.

\_\_El General anda en tratos con una cadena hotelera gringa, interesada en comprarle el mesón -En un arranque de sinceridad, confiesa-: El negocio va bien porque Teo, sabe de números, de organizar...

\_\_¿Isidoro y el General, no?

\_\_Ya no quieren tanto mitote, mejor el dinero. Yo también. A ver si ahora sí nos vamos de este pueblo muerto.

\_\_A ver...

\_\_¿Cómo le haces para tomar las cosas así, Mercedesitas?

Repito que uno se acostumbraba a todo y entrego el ropón preguntándome porqué Isidoro aborreció a su primer familia y lo que le saca al General sólo es para sus queridas. Pilar se va. Guardo el dinero en la lata de los ahorros y veo la carta que papá dejó sobre la mesa. El remitente trae un domicilio de España. Confundida, rasgo el sobre. La firma dice, *Lala*.

*Querida Meche:*

*Cuando salí de Catorce, cargaba la felicidad que me duró un suspiro. Cuánta razón tuvieron: Alfonso resultó pájaro de siete suelas-¿quién lo recuerda?- Me dejó en un país desconocido, pero le agradezco que me haya sacado de allí. ¡Es maravilloso no estar sometida a nadie! No fue fácil; vagué dando tumbos y levantándome, confundida: quise aborrecerlos, no pude. Quise no pensar en ustedes, no lo logré. Quise creer que no me hacían falta, los extraño. También caí en la discolería de juzgarnos malos y por eso Dios nos daba lo que merecíamos. Pasó la crisis -nunca son malas-. Soy feliz viviendo con, o sin alguien. A veces avanzo tres pasos y retrocedo uno. Pero siempre adelante.*

*¿Por qué te escribo ahora? Primero, por orgullo. Antes sólo pude haberte hablado de derrota. Segundo, no sabía a dónde, dudaba hubieran salido vivos del*

problema con los barreteros. Pero un día -no creo en lo casual-, me encontré a Amado Irizar -trabajo en un agencia de bienes y raíces. Él fue adquirir una finca-, y supe que los dejaron en la calle, que mamá perdió la razón -¿algún día la tuvo?-, que papá se hizo pasivo y renegado. También me enteré de tu hija y ni en sueños lo hubiera imaginado.

Amado y yo nos amamos. No sé si dure, pero por el momento, nos entendemos -eso que ya no somos tan jóvenes-. Por Amado supe que Néstor rescató a tu hija después de que la dejaste en Zacatecas. El día que te buscó la llevaba. ¡Si al menos te hubieras asomado a la ventana! Néstor quería que lo siguieras por él, no por la niña. Aquí, le sirvió a tío Santiago hasta su muerte. Le dejó algún dinero con el que regresó a México y montó un negocio. Está acientado.

Ellos acaban de estar por aquí y conocí a Daría. Tiene el pelo rojo y los ojos azules. Es alegre, cariñosa. Néstor en ningún instante te menciona. Darita me llama tía, igual que a Lucía -ella le ayudó a Néstor a criarla-. Sabe las razones de su orfandad y el no haberte tenido no la hace sentir necesidad de ti. De Néstor, supongo que tendrá sus amoríos, pero nada serio. Ellos acaban de regresar a México, -te anexo su domicilio-.

Yo, por el momento, no pienso regresar. No sé si papá me recuerda, yo a él cada día, más frecuente. Abrázalo de mi parte -si se deja-, y en tu contestación mándame la dirección de Mona.



Bueno, de lo otro, tú sabrás. Será difícil lograr un sitio sin esfuerzo. Si quieres intentarlo, búscalos; esa es tu decisión.

Tu hermana que los recuerda. Lala

Ruinas más ruinosas.

A la Estación del Ferrocarril sigue llegando el tren Vanegas-Real de Catorce. La máquina y los lujosos carros han descendido a una simple plataforma con bancas y sobrevive porque es el único medio de comunicación de Catorce con el mundo exterior. Los particulares lo sostienen cobrando a veinte centavos el boleto. Lorenzo, no repara en que el Real se halla acurrucado en ruinas cada día más ruinosas, más notables. Se niega a verlas. Pasa por La Casa del Diezmo, completamente caída. En la plaza donde se hacía la vendimia, a un costado de Palacio Municipal, un fuerte viento bate las puertas del solitario *Templo del comercio* -Mendizábal abandonó el negocio y el pueblo cuando Catorce se fue, infrenable, cuesta abajo-. Ningún barretero rumbo a alguna mina, ninguna mujer, bolsa en mano, buscando comprar futilerías. Las calles del pueblo fantasma están pobladas de fantasmas, de basura y de la suciedad que los animales defecan cuando los rancheros los conducen al aprisco a pastar. Entre las casas vacías, las ratas pululaban como brújulas desquiciadas.

En una banca de la Plaza de Hidalgo, Ignacio y Teódulo están bajo la frondosidad de un trueno. El maestro y el antiguo minero, acostumbran vagar por el Real. Van al Camposanto o a la Plaza de Gallos o se meten en alguna casa deshabitada. Esa tarde eligen el jardín principal y las fuerzas se reconocen como algo que no pudo

salvarse de la putrefacción, ni huir del abandono. Concentran su atención en los pasos infames de Lorenzo. él, cruza frente a ellos.

Teódulo, levanta el cuello de su abrigo; el frío no ceda. «Es cuestión de la temporada. Esta es la más helada y larga,» piensa.

Era otra época igual de fría. Esperaron a media legua de Catorce a los militares mandados traer por Lorenzo. Venían fatigados y los sorprendieron. Isidoro y Teódulo les negociaron el futuro, repartieron prebendas anticipadas, llevaron a las bestias al aguaje, compartieron el avío y fueron a sacarle a Lorenzo Sandoval el inicial préstamo forzoso. Esperaron a Prisciliano con el explosivo y dinamitaron *La providencia*. «¡Es en memoria de Sombrío!» Dijo Teódulo y no hubo forma de contenerlos. El cuatro de octubre también fue el último amanecer de Daría que, inusitadamente lúcida, pidió la extremaunción asida a una mano de Ignacio:

—«Abran las ventanas quiero irme oyendo el ruido de la fiesta...»

La Empresa del Ferrocarril Eléctrico aumentó las corridas. A las once de la noche llegaron los hombres de Godínez. Los fieles cargaron ofrendas de cera, hubo serenata hasta la una de la mañana y prendieron el castillo: el primer estallido se confundió con el provocado por los barreteros en la mina. Teódulo colocó la dinamita y la gente de Prisciliano desmantelaron la maquinaria sana y se la apropiaron. En la segunda explosión, murió Daría y el llanto desesperado del maestro fue por ella, no por *La providencia*.

Teódulo destruyó las profundidades donde la vida de Sombrío, parte de la de él y la de Lorenzo, habían transcurrido. Arrojó la alegría por encima de la desgracia e intensificó su grito feliz.

Disfrutó los movimientos oscilatorios y se embriagó sobre los escombros.

Vinieron días de fustigar caballos con la carabina en alto, correteando a los soldados que habían ido a defender a Lorenzo. «Coronel Toscano, los difuntos los entierran aquí. Los heridos, llévenlos a *La casa de las águilas*; algunos cuartos los vamos a dejar de hospital,» le ordenó Prisciliano. Cumplió y un resquemor en la boca y un desconsuelo lo ensució frente a Justina y sus ojos empañados de vejez. Ella curó sus heridas exteriores; las profundas, nadie. Ni su ratito de celebridad: entró al pueblo y el mineral desbordó entusiasmo. *La casa de las águilas* ya convertida en Cuartel General, careció de misterio, de prohibición. Los hombres la invadieron y escarbaron buscando dinero o plata, supuestamente, enterrados. Mataron rosales, begonias, bugambilias, dalias, tulipanes...

Teódulo, informó: «Traemos siete heridos. Tres vienen graves. Mandé por el padre. Que se vayan confesados y no como los que dejamos sepultados en el monte como perros.»

Agustín Maldonado vio los heridos desparramados en el suelo sobre cobijas, jorongos, petates. Se quitó la sotana pesada, se arremangó las mangas de su camisa y aplicó torniquetes, desinfectó heridas, vendó miembros dañados. Curó, atendió, consoló y cambió el improvisado hospital: lo hizo alegre, limpio. El General le agarró ley por dedicado y calladito. Lo nombró enfermero del Glorioso Batallón del General Prisciliano Godínez. Ningún herido murió. Justina le dio categoría de santo: «Bullendo para todos lados,» decía. El padre sustituyó la sotana por un pantalón de dril, arriba de los tobillos, y una camisa de manta. Olvidó la rasura y en sus descansos leía sus libros y decía, los voy comprendiendo.

Terminaron los pleitos y Teódulo se fue a la casa de enfrente del Camposanto a cerrarle, para siempre, los ojos a Justina.

Ignacio Adalid oscila un instante. Se siente sombra contra la luz de la tarde. Ve alejarse a Lorenzo Sandoval, dice:

\_\_¡Pobre viejo! Está acabado.

\_\_Quien nos acabó, fue el destino. Nos envainó a todos -asegura Teódulo.

\_\_échele la culpa; no puede defenderse.

\_\_¿Qué hiciste tú para revivir Catorce?

\_\_¿Podía hacer algo, Teo? Usted y Godínez nos asestaron el tiro de gracia y nos dieron tierra para siempre.

\_\_Tú y Andrés empezaron con las palabras de aquel Flores Magón.

\_\_¿Ricardo?

\_\_Ése.

\_\_Murió la semana pasada.

\_\_¿Logró algo?

\_\_¿Qué logró, usted, Teo?

No contesta.

Ignacio recuerda cuando llegó haciendo planes para enseñar a leer a los niños de Catorce, pensando en un lugar de fantasía a casi tres mil metros de altura sobre el nivel del mar y en el espléndido porvenir que le esperaba -Según su tío Rafael Suárez-, en ese mineral en bonanza. Ahora, sólo le dan alientos los visitantes de fin de semana; una vez al año, los veneradores de San Francisco, los huicholes recolectores de peyote y los viciosos que entre cactus, gobernadora y agaves de la sierra, buscan la euforia en el tubérculo. «En realidad, desde la muerte de Daría, parezco drogado sin necesidad del narcótico, sólo así puedo continuar atendiendo La

bagatela y vivir en compañía de los espíritus que no cesan de transitar por Catorce.»

\_\_Aprecia mucho al padre, ¿verdad, Teo?

\_\_ Es más bueno curando enfermos que de cura. Nos pedía confianza. Que después de la tempestad viene la calma.

\_\_Llegó demasiada, Teo.

Observan el entorno. A lo lejos, una persona se acerca.

\_\_Es el padre Agustín -lo reconoce Teódulo.

\_\_Hablando del rey de Roma... -dice el maestro.

\_\_¿Qué hay? -saluda el sacerdote.

\_\_Teníamos rato sin verlo, padre.

\_\_Cuatro días, Teódulo. Andaba en Zacatecas.

\_\_¿Allá lo mandaron? -pregunta Ignacio.

\_\_No. Fui por otro asunto.

\_\_¿Siempre se va?

\_\_La próxima semana lo confirman, Nacho. Qué milagro que los encuentro a esta hora. ¿No trabajaron?

\_\_Cerré *La bagatela*. Hubo pocos visitantes -comentó Ignacio.

\_\_Isidoro y el General no están. Aproveché que Pilar salió. Esa mujer me tiene un pie en el cogote -se queja Teódulo.

\_\_¿Mucho trabajo en el mesón?

\_\_Entre semana, poco, padre -Teódulo, continúa-: Nos estábamos yendo. Pilar ha de estar consultando su bola de cristal a ver dónde ando.

\_\_Bueno -ríe el cura-, los dejo. Voy a casa de Lorenzo.

\_\_No lo va a hallar, padre. Hace rato pasó rumbo al Correo

\_\_Mejor, Teo. Quiero hablar con Meche a solas.

\_\_Entonces -propone el maestro-, hay vámonos caminando.

Nadie se sorprende de ver entrar a Lorenzo Sandoval tan penosamente.

\_\_¿Llegó? -y el suspiro se le rompe.

\_\_No. Quizá mañana, don Lorenzo -dice Juvenal.

\_\_Mañana -Se apoya en el mostrador y siente un mareo.

El empleado, impávido, saca del cajón del escritorio un frasco con alcohol, lo destapa, se lo pasa por la nariz, lo unta en su frente y afable, pregunta:

\_\_¿Mejor, don Lorenzo?

\_\_Sí. Gracias.

\_\_Si me espera, cerrando lo llevo a su casa.

\_\_Estoy bien, Juvenal. Despacio, pero llegó.

\_\_Se lo prometo. Si lo recibimos, personalmente se lo voy a entregar. Ya no debería venir, don Lorenzo. Cada día está peor.

\_\_Mientras viva, aunque sea arrastrándome, pero aquí me verás.

Levanta el pecho y sale erguido. Traspasa la puerta y vuelve a encorvarse. Allí agasajó a Porfirio Díaz cuando fue a apadrinar las obras de su mina. Los esperó Francisco De la Maza con veinte carruajes y fueron a su mina. Lorenzo Sandoval, al lado del señor Presidente y una doble línea de fuego, extendida a ambos lados del camino, los escoltó. Los operarios encendían las mechas mineras y rápido tomaban sus puestos en la procesión. Más de mil quinientos barreteros llevaban a la espalda la herramienta de su oficio y en una mano la mecha encendida. Un resplandor iluminó el camino como si fuera de día. En la terraza, la serenata, las luces eléctricas y de bengala. En la fachada del socavón, el retrato de Lorenzo junto al de Porfirio Díaz. El señor Presidente lo abrazó a su costado y aseguró: «Es un verdadero triunfo del hombre sobre la naturaleza.» Al día siguiente, el desfile de carros alegóricos y Díaz y él

viendo los deslumbrantes fuegos de artificio y oyendo al pueblo gritarles vivas.

Las águilas están deterioradas. Lorenzo establece un simil: el chocar de las rejas del mesón, movidas por el viento, son los aplausos del pasado. «Quizá mañana,» dice.

\_\_Nada, Meche -me avisa el padre Agustín al entrar.

\_\_Nada -repito y le cedo el paso.

él, maquinal, alisa su cabello blanco. Por sus manos no pasó ni siquiera el estigma de la artritis senil: siguen largas y finas. Se acomoda y, cómo me hubiera gustado traerte algún dato a ver si así te cambia esa cara, Meche. Al menos escucharía, por una sola vez, tu risa. Pero que a pesar de no haber desperdiciado un minuto, buscando en el Registro Civil, examinando actas de nacimiento, visitar parroquias, indagar en la calle, preguntar a los barreteros de la mina El Edén por Roberto Douglas, detenerlos en la calle o tocando puertas, no obtuvo resultados:

\_\_Los Douglas no dejaron rastro, Meche.

Yo, camino hasta un lado de la mesa. De espalda a él, aseguro:

\_\_Lo mandé al sitio inadecuado, padre.

\_\_¿Estás enferma? ¿Qué pasa, Mercedes?

Le extiende la carta.

\_\_Lea -Profundamente quieta, tomo asiento. Cruzo las manos sobre mi regazo y observo al padre enterarse de la noticia. Quiero revivir la imagen Lala, pero no retuve sus facciones en la memoria: para recordarla tengo necesidad de ver su fotografía. Escucho las exclamaciones del cura: de entusiasmo, de incredulidad, de alarma, de reprobación. Al final, lo conjuga en una sola: «¡Apareció!»

El padre detiene su mirada líquida en mis ojos.



\_\_¿Qué piensas hacer?

\_\_Por ahora, nada, padre.

\_\_¡Cómo!

Le explico mis reacciones desatadas por la sorpresa. Dudé que Lala hubiera escrito esa carta: la libertad del lenguaje y de pensamiento no le correspondían y lo creí una broma de mal gusto. Después, vi auténtico su desparpajo y por un instante intercambié lugares:

\_\_A la tercera lectura, sentí el pecho oprimido como si me lo apretaran, ahogándome. Quedé suspendida en unas líneas: *Darí a alegre, desenvuelta, cariñosa. En ningún instante te mencionan. El no haberte tenido, no le hace sentir necesidad de ti. Néstor no tiene compromiso serio. Si quieres intentarlo, búscalos; es tu decisión...*

\_\_¿Y? -me apremia.

\_\_Saqué la lata de mis ahorros para irme a San Luis a pedirle ayuda a Andrés para irme a México. Me dije, no estoy sola y viví un sueño: me vi luciendo un vestido de seda y un sombrerito coqueto y un abanico entre mis manos enguantadas y me contemplé con paso ligero, atravesando avenidas y en la mirada de los hombres percibí admiración porque, después de todo, padre, tener cuarenta años, una ilusión es permitida. Canturreé viéndome en el espejo y bailando por la habitación, hasta que me llegó el juicio: ¡No puedo irme!

\_\_¡Por qué!

\_\_No puedo dejar solo a papá.

\_\_¡Estás loca!

El padre camina por la habitación y me califica de tonta y pusilánime:

\_\_A Lorenzo no lo metas en tus soluciones equivocadas -exaltado manotea-. No puedo creer tanto infantilismo; las oportunidades no retoñan en maceta para andarlas desaprovechando. ¿Por qué me mandaste a Zacatecas a buscarla? Reconoce: no te atreves a dar un paso por ti misma. ¡Deja de colocarte al margen de la vida! A lo mejor ni siquiera eres capaz de calentar un nido.

\_\_Cómo abandonar a papá ahora que usted también se va. No viviría tranquila esperando el castigo divino.

\_\_Dios también castiga la necesidad.

\_\_Entiéndame, padre. Ellos, Néstor y Darita no me necesitan. Tienen su mundo...

\_\_Crees que allí no encajas, ¿verdad?

\_\_No es el momento para intentarlo.

\_\_¿Hay algún momento adecuado para ver la luz, Meche?

\_\_Cuando papá ya no me necesite.

\_\_A Lorenzo no le haces falta.

\_\_Mientras viva, sí.

\_\_A lo que veo, va a ser inmortal.

\_\_No se burle, padre.

\_\_No te tomes tan en serio. Lorenzo, contigo o sin ti, seguirá viviendo en el pasado.

\_\_Está cerca el final, trataré de recuperar mi sitio; mañana les mando una carta.

\_\_Ay, Mercedes. En fin, como dice tu hermana, es tu decisión. Ojalá no sea demasiado tarde cuando te decidas a actuar, si algún día lo haces...

Te vemos llegar, papá. Tantos días tragados en esta rueda de la fortuna donde también estuviste arriba y ahora, dependes de mi

hombro para que tu andar no sea tan penoso y puedas disimular tu verdadera edad. Ese sufrido flexionar de tus piernas, papá, te obliga a deslizarte.

\_\_¡Qué cara! -te dice Agustín.

Tu semblante, cambia. Lo abrazas.

\_\_¿Te fue bien, Agustín? -dices.

\_\_Regular.

\_\_Fuiste por lo de tu traslado, ¿verdad? -Estás nervioso. Te tiembla la verruga de tu mejilla izquierda.

\_\_No precisamente, Lorenzo.

\_\_¿A dónde te mandan?

\_\_ No sé. A la mejor ni me mueven -dice el padre, quizá pensando un poco en Yahualica, su pueblo de allá, de Jalisco.

\_\_Bueno fuera.

Tus palabras son dichas sin disimulos, porque los recuerdos te pesan, te fatigan. Prefieres compartirlos con el padre y no tirarlos en la ociosidad del tiempo. Todavía alegre, me ordenas que sirva la merienda. El padre se disculpa:

\_\_Sólo pasé a saludarlos. Lo único que deseo es mi cama, Lorenzo.

Suplicas, no te vayas, Agustín. Quiero platicarte cuando el señor Presidente inauguró el Tiro General de La Providencia. Y tu ruego sin eco va regresándote el rostro antiguo.

\_\_No puedo ni con mi alma -dice el padre y me previene-: Me debes la cena, mañana sí me quedo, Meche.

Dispongo la mesa pequeña, cuadrada. Nos sentamos uno frente al otro y en silencio merendamos. Después, vuelves a la ventana. Yo, recogo la mesa y regreso al bordado. Me falta terminar la venta de mañana; es de plaza en el atrio de la Iglesia de San Francisco.

\_\_Le tengo una noticia, papá.

\_\_¿Quién te escribió? -hablas sin verme.

\_\_Lala.

\_\_¿Lala?

\_\_¿Quiere que le lea la carta?

\_\_No, mañana.

Atardece. En el cielo, las primeras estrellas del anochecer se persiguen.

\_\_¿Me lo prometes, Meche?

\_\_¿Qué, papá?

\_\_Entiérrame en la mina.

\_\_¡Otra vez! -arrojo el bordado sobre la mesa y grito-: Ya le dije que sí, pero por favor, ¡ya basta!

\_\_¿Lo prometes, Meche?

Tomo la lata de mis ahorros y como estoy vestida me encamino a la puerta para alcanzar el *inclinado* de las seis de la tarde. Tú, papá, no notas mi movimiento. Estás frente a tu ventana esperando recuperar *La providencia* porque, además de haber nacido de pies, no te atubiste al pronóstico de Pascuala: también te encalleciste las manos en *El perdón*, se te rompió la espalda en la sierra buscando menas y filones y dejaste en *La providencia* tu trabajo inhumano, tan decidido, tan firme.

Empiezas a platicar con tus muertos. Yo suspiro y regreso la lata a su sitio. Recuerdo las muñecas de trapo que guardo en mi habitación y calculo que a Darita les van a gustar. «Falta poco», susurro. Tomo la costura de encima de la mesa y continúo, lentamente, bordando. En alguna parte ésta cayendo la semilla a la tierra para repetirse.